

Selección RNR



El que
faltaba

Mayte Pascual



Romance Actual

EL QUE FALTABA

Mayte Pascual



1.^a edición: junio, 2016

© 2016 by Mayte Pascual

© Ediciones B, S. A., 2016

Consell de Cent, 425-427 - 08009 Barcelona (España)

www.edicionesb.com

ISBN DIGITAL: 978-84-9069-491-6

Maquetación ebook: Caurina.com

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Para Álvaro
Sí, quiero... Y querré siempre

Contenido

Portadilla
Créditos
Dedicatoria

Prólogo

I

II

III

IV

V

VI

VII

VIII

IX

X

XI

XII

XIII

XIV

XV

XVI

XVII

XVIII

Epílogo

Agradecimientos

Prólogo

La clase entera explotó de risa ante sus narices.

El señor Wright se acercó a la tarima y, tras unos momentos que aprovechó para limpiar sus gafas y crear misterio, la miró sonrió con el desprecio que lo caracterizaba.

—Perfecto, señorita, no dudo que si sigue así, tendremos un futuro premio Nobel entre nosotros. De novela rosa, por supuesto.

La clase al completo volvió a reír. Ella los miró desafiante, y todos disimularon, sin poder evitar alguna sonrisa burlona. Todos menos Caleb, que soltó una carcajada y la examinó con descaro, guiñándole un ojo.

Entonces, y a la tierna edad de doce años, Cloe lo entendió todo. Lo había leído en muchas novelas, e incluso su padre hablaba de ello con su madre en la cocina mientras preparaban la cena. En la vida de toda persona se cruzaba un tonto de remate, un idiota que entorpecía tus planes y al que debías recordar toda tu vida, para aprender a reconocer a los de su especie y no volver a tener la mala suerte de cruzarse con ninguno.

Caleb era un espécimen único en aquel campo. Era el cretino mayor del reino, de esos de libro. Vamos, un completo imbécil.

Y aquél día, como si nada, entendió que lo recordaría siempre.

I

Las siete de la mañana no es buena hora para escribir a nadie, y menos aún aquel tipo de mensaje, lleno de emoticonos histéricos y letras en mayúscula.

ALICE: ¿TIENES TODO PREPARADO? ¡HOY ES EL GRAN DÍA!!!!!!!!!!!!!!

Estoy a punto de contestar una serie de improperios por los que mi madre sin duda me desheredaría, pero por una vez me contengo. El simple hecho de contestar cualquier cosa desembocará en un sinfín de mensajes y en la creación de un grupo llamado Chupi Pandi o algo similar, con miles de *whatsapp* más acerca de una conversación estúpida. Y es más, muchísimo más de lo que puedo soportar a estas horas.

Ya es suficiente con el planazo que me han preparado. Un fin de semana largo. Tres puñeteros días en los que habría podido estar en cualquier parte menos en aquella reunión. Pero ya no hay forma de escapar.

Me estiro, sintiendo como todos los músculos de mi cuerpo se elongan al hacerlo. Cuento hasta diez, intento visualizar una imagen de paz y salgo de la cama, de mi maravilloso y seguro refugio. Solo setenta y dos horas. Bueno, quizás unas pocas más, pero después de eso habré cumplido, podré volver a mi estresante vida y olvidar estos días para siempre. Solo eso. No es para tanto, vamos.

Media hora, tres cafés y cinco cigarros después estoy histérica perdida. Moira me llama para ultimar algunos asuntos de los que se ocupará esa tarde, pero, como temía, también quiere tranquilizarme y darme ánimos.

—*Anímate, mujer. Eres Chloé D’Valliere, ¡¡por favor!! Nos reiremos juntas de todo esto el lunes, ya verás. A lo mejor hasta podrías escribir sobre la experiencia en tu blog.*

No. Rotundamente no. Es Cloe la que irá a este fin de semana, en categoría de amiga de toda la vida. Chloé D’Valliere, sencillamente, no hace algo así. Ella vive en un mundo paralelo, ajena a cosas como aquellas, tan mundanas y pasadas de moda. Cloe no es Ms D’Valliere, y D’Valliere no querría nunca verse en una como la de Cloe.

Alice vuelve a escribir, ignorando mi silencio, esta vez, más en su estilo.

ALICE: ¡¡No se os ocurra llegar tarde!!;YO YA HE SALIDO!

Miro a mi alrededor, sumida en la desesperación más absoluta. Tengo el pelo empapado, la maleta a medio hacer y unas ganas locas de desaparecer del mapa. ¿Qué

se le habrá ocurrido a Alice? Es imposible saberlo.

Sin pensarlo más, meto en la maleta un variado repertorio de camisetas, vaqueros y ropa interior y un vestido de cóctel que, aunque no me haga mucha gracia pensar, sé que necesitaré.

Sofía llama al timbre a las diez y cuarto, cuando yo ya he pasado por la negación, el nerviosismo, el enfado más absoluto y la pena por mí misma.

—¡Cloe! ¡Estás fantástica! —Sofía entra en el piso mirando todo, sorprendida. — Es precioso, en serio... ¡Qué luz!

—Gracias, lo elegí precisamente por eso.

—¡Qué maravilla! Todo tan ordenado, tan limpio, tan minimalista...

La miro consternada, localizando de reojo el montón de papeles que hacen desaparecer la mesa de cristal, el ordenador aún encendido y los cargadores que asoman por todos los enchufes. Sofía me lee el pensamiento y sonríe.

—Entiéndeme, con dos niños y un marido que no hace ni el huevo en casa, las cosas se me van de las manos. Es tranquilizante ver que aún existen pisos de adultos, donde no hay juguetes esparcidos por el suelo y dedos pegajosos en todos los cristales.

—Todo tiene sus inconvenientes. Después de dos días aquí, te aseguro que no podrías soportar mis montañas de papeles. Que sepas que he recogido en tu honor.

Me voy hacia la habitación, haciendo señas a Sofía para que me siga.

—¿Ya tienes todo preparado? —Hace una mueca, mirando la gran maleta—. Lo mismo tienes que meter algún modelito más... —Me empuja cariñosamente, burlándose de mí.

—Pufff... Ya, lo sé, pero es que no tengo ni idea de qué llevar...

—A ver... —Revuelve las prendas de la maleta, contabilizándolas—. Unos vaqueros, dos camisetas, no, perdón, ¡diez!, un pijama, calcetines, un modelito, no, dos, para las noches... ¿Y la ropa interior? Ah, aquí... Vaya, vaya... —Saca un sujetador negro de encaje transparente...—. Pero ¿qué...? —Descubre una caja de preservativos que no me ha dado tiempo a esconder—. ¿Y esto?

De repente me siento como una niña pequeña.

—Soy una mujer soltera, ¿recuerdas? —digo, encogiéndome de hombros. Sofía suspira.

—¿Esto es por Aiden?

Comienzo a meter todo de nuevo en la maleta sin contestarle.

—Venga ya, Cloe, te conozco desde los cuatro años. ¿Me quieres decir qué locura se te ha ocurrido ahora?

Me siento en la cama, manoseando la delicada lencería.

—¿Que qué pasa? Mira a tu alrededor, Sofía: tengo una casa preciosa, con mucha luz, un montón de espacio y un vestidor para mí sola... Y ningún juguete por en medio... ¿tú qué crees?

—¿En serio? —Sofía se agacha y me coge la cara con las manos para asegurarse de que la miro fijamente—. ¿Quieres tener un hijo?

No puedo aguantar la risa y suelto una carcajada ante la mirada atónita de Sofía.

—No, Sofía, no, al menos de momento. Pero no estaría mal poder practicar de vez en cuando. Desde que volví de Londres... No es que me sienta sola, pero imagino que me falta algo. Me acostumbré a Chris, y aunque éramos más amigos que otra cosa, echo de menos acostarme con alguien, salir de vez en cuando... Bueno, ya sabes...

Sofía vuelve a mirar el sujetador.

—¿En serio que no tiene que ver con Aiden?

—Pues no sé, no tengo ni idea. —Cierro la maleta, ignorando el hecho de que seguramente me olvido de algo—. Si te digo que no me importaría... ¿te molestaría mucho?

Sofía va hacia la puerta, mirándome pensativa.

—¿Un polvo? —Sonríe maliciosamente—. No, en absoluto. Algo más haría que te arrancara la cabeza. Recuérdalo.

Una bofetada de calor nos da de lleno en cuanto abrimos las puertas del coche y salimos de nuestro refugio de aire acondicionado. «Demasiado para ser mayo», pensé mientras ayudo a Sofía a sacar las maletas. En cuanto nos queremos dar cuenta, una enloquecida Alice se nos echa encima como un huracán.

—¡Ya estáis aquí, amigas! —Da tres saltitos ridículos, tres risitas infantiles, agita los brazos como si fuese a echarse a volar y nos arrasa con un abrazo de oso—. ¡Cuánto os he echado de menos!

Estrujadas y ya absolutamente bañadas en sudor, miro a Sofía, poniendo los ojos en blanco.

—¿Os gusta? —nos suelta de golpe, propiciando una caída en cadena encima de las maletas—. Dejad que os ayude, venid conmigo.

Alice se marcha como ha llegado, efectuando un gracioso paseíllo, cargando tan solo con el neceser de Sofía.

—¿Decías en serio lo de arrancarme la cabeza? Porque lo mismo me lo pienso si esto sigue así... —comento mientras nos levantamos para seguirla.

Cuando por fin conseguimos encontrar de nuevo a Alice y nos deja solas, Penélope abre la puerta de la habitación cautamente.

—Nel, ya estás aquí... Menos mal... —Corro a abrazarla, seguida de Sofía— Creía que llegabas mañana.

—Pude cerrar todo a tiempo. —Mira a su alrededor, con los ojos como platos—. ¿En serio? ¿¿Vamos a dormir todas aquí??

Sofía suspira, sonriendo cansada.

—Alice ha pensado que sería perfecto. Así nos ponemos al día y todo eso...

—¿Pero esta de qué coño va? Venga ya... ¿Salgo antes del trabajo para irme de campamento? —Tira la bolsa de viaje en una de las camas vacías—. Joder, este sitio es enorme, estoy segura de que podríamos tener cada una habitación individual...

Sonrío satisfecha. Acaba de llegar la pesadilla de Alice.

—De eso nada, guapa. —Alice, que ha escuchado todo, abraza a Nel brevemente—. De hecho, todo el mundo va a dormir así. Cada uno con la gente con la que tenía más relación.

—Venga ya, Alice, no seas ñoña, por Dios. Está muy bien eso de reunirnos y de tener un cuartel general si quieres. De verdad, podemos hacer una fiesta de pijamas cuando queráis... Pero yo necesito intimidad.

Alice se cruza de brazos enfurruñada, y me acuerdo de las pataletas que se pillaba cuando iban al colegio.

—¡¡¡Chicas, ya estoy aquí!!! —Anaïs entra haciendo cabriolas, cargada de bolsas.

—Ya está aquí el circo al completo.... —murmura Nel, dejándose caer en una cama.

Tras todos los saludos correspondientes, la habitación comienza a parecer una jaula de cotorras.

—A ver... ¡¡¡chicas!!! —Nel intenta elevar la voz por encima de las demás. Sofía da unas cuantas palmadas, consiguiendo que todas nos callemos unos segundos—. Vamos a organizarnos en un momento, por favor. —Mira a Alice, intentando medir sus palabras—. Antes de que lleguen todos los demás, Alice, creo que tendríamos que tomar una decisión sobre lo de la habitación. Está claro que aquí vamos a estar muy justas...

Alice nos mira a todas.

—¿Lo decís en serio? —Comienza a hacer pucheros—. Yo creía que era muy buena idea para recordar viejos tiempos... —Abre mucho los ojos, síntoma inequívoco de que si no la cortamos pronto, montará un numerito con lágrimas y todo.

—¿En serio quieres que te conteste? Porque vas a acabar llorando, como siempre... —Sofía le da a Nel un codazo, callándola al instante.

—Alice, es una idea estupenda, y seguro que acabamos todas aquí contándonos los cotilleos de turno, pero después de eso... Si nos quedamos aquí todas a dormir, lo más seguro es que ninguna duerma, y no creo que quieras que estemos zombi los tres días.

—Cariño, tengo una niña de cuatro años que no duerme. Por unos días en mi vida me gustaría descansar un poco. Llevo soñando con una cama para mí sola tanto tiempo que acabaré obsesionada. —Advierto los surcos que luce como ojeras Anaïs y siento pena por ella.

—Supongo que a ti también te haría ilusión eso, ¿no? —Alice increpa a Sofía, algo más tranquila.

—No quería decirlo así para no quitarte la ilusión, pero... Si, por favor. —Sonríe, poniendo los ojos en blanco—. Eso y una ducha caliente sin interrupciones ni enanos quitándome la esponja son los caprichos de mi vida ahora mismo.

Asiento silenciosamente cuando Alice me mira esperando mi reacción.

—Vaaale, de acuerdo, seguidme.

Una a una somos instaladas en diferentes habitaciones de la misma planta, y una a una volvemos a salir en busca del bar. Menos Sofía, que cuando ve el baño de su habitación se emociona y no quiere bajar sin estrenar la ducha.

—¿Cuándo llegan los demás? —suelta Nel distraída mientras escribe como una loca en su teléfono.

—No, no, ¡no!... Nada de móviles. —Alice intenta quitárselo a Nel, y todas nos palpamos los bolsillos alertas.

—¡Venga ya, estáis de coña! Estamos juntas aquí, no creo que los necesitéis a todas horas.

—Tengo que llamar a mi hija dentro de un rato. —Anaïs acuna su móvil, preocupada.

—¿Cómo quieres que cotilleemos sin ellos? —Saco el móvil y le paso a Alice un brazo por los hombros mientras nos hacemos una foto—. Además, esto nos vendrá muy bien para la página. Podríamos hacer una cuantas entradas por día.

Alice se suelta, sonriendo y alisándose el pelo con la mano.

—Estáis más locas... Vamos al bar, rápido, empezarán a llegar en dos horas.

—¿En serio es así?! ¡Puajjj!—Nel, algo más relajada, da sorbitos a *sugin tonic*—. Es del todo asqueroso, repulsivo, retorcido... Ajjj, por favorrr...

Todas estallamos en carcajadas.

—Vale, o estáis como siempre hablando de guarrerías o me he equivocado de chicas.

—¡Robert! —Algo achispada ya, corro a recibir al dueño de aquella voz—. Tíiiiiooo, cuánto tiempo...

—Vale, vale, loca, que me tiras... —Robert deja su bolsa de viaje en una silla y me coge a pulso, levantándose del suelo con su abrazo—. ¿Cómo está la escritora de moda?

Me suelto, sonriente y algo mareada.

—Shhh... Que aquí no me conocen... Esa es lady D'Valliere, yo aquí solo soy Cloe, ¿recuerdas?

Robert me acaricia la cabeza, revolviéndome el pelo.

—Vaya tela, tía... Flipé cuando te vi en la tele... ¿En serio has escrito tú esas guarradas? Con lo tontita que parecías... —Le pego un empujón cariñoso—. Y las demás locas, ¿cómo están?

Robert les da un beso a todas y se sienta a la mesa que compartimos.

—¿Te enseño tu habitación? —Alice se levanta de repente—. Así podrás dejar tus cosas...

—No, ni hablar, antes quiero saber qué os traíais entre mano... Y tomarme una cerveza de paso. —Mira los vasos medio vacíos, y luego escruta nuestras caras—. O habéis hecho trampa y lleváis aquí dos días, o habéis empezado fuerte, ¿no? —Todas lo miramos inocentes—. Bueno, contadme, ¿de qué hablabais?

Da un trago largo a la botella de cerveza, mirándonos interrogante.

—¿Te interesa el maravilloso mundo de los partos? Porque yo te lo puedo contar... —susurra Sofia, acercándose confidente.

Robert carraspea, intentando no atragantarse.

—Y dime, Alice, ¿cuándo llegan los hombres?

Todas reímos divertidas.

—Se supone que algunos ya tendrían que estar aquí. —Alice consulta su móvil, ignorando las miradas asesinas que le lanzamos—. Sandra y Susan vendrán mañana a primera hora, pero los demás tienen que estar aquí instalados dentro de poco. Si no, todo el horario se va a retrasar.

Robert me da una palmadita en la pierna mientras se levanta.

—Entonces voy a la habitación a dejar mis cosas. —Se echa al hombro la bolsa—. ¿Me acompañas, Cloe? Tengo que contarte unos cuantos cotilleos de estas.

Me levanto, siguiéndolo hacia la escalera. Con las indicaciones de Alice, llegamos

enseguida a la habitación asignada a Robert.

—Estás en la misma planta que nosotras —comento, señalándole nuestras habitaciones.

—Es una suerte ser amigos de la organizadora. —Empuja la puerta y pasamos. Robert tira la bolsa encima de la cama y se sienta de golpe, dejándose caer.

—Bueno, niña, cuéntame, ¿cómo va todo?

Suspiro, me tumbo a su lado y miro al techo.

—¿Por dónde quieres que empiece? Porque va para largo...

—En tu última llamada me quedé por lo de Chris. ¿Acabaste bien con él?

—Acabé, que ya es algo. —Suspiro pensativa—. Es la mejor persona que he conocido en el mundo, además de ti, por supuesto, pero no era para mí.

—No es por fastidiar, pero te lo dije.

—Lo sé, lo sé... Pero pensaba que esta vez iba a funcionar.

—Cuando elijas a alguien que de verdad sea para ti, funcionará seguro.

—Ya, muy listo. ¿Me lo puedes presentar?

—Ja. Ja, ja, graciosa. No me gusta esa ironía tuya. No es tan sexy como te crees.

—Graciosillo.

—Listilla.

—¿Cómo está Annie?

—Como siempre, estupenda. —Robert esboza una sonrisa bobalicona.

—¿La tratas como una reina?

—*Sip.*

—Eso espero. ¿Y Garbancita?

—Sale de cuentas el quince de junio, pero están estupendas las dos.

—Deberías haberte quedado con ella.

—¿Y perderme la carnaza? Venga ya, tía... No me habría aguantado todo el fin de semana pegado al móvil cotilleando contigo.

—Robert, tenemos treinta y tres años, hace quince que no estamos juntos, y la mayoría estáis casados o muy comprometidos, con niños, hipotecas y rollos de esos.

—¿Y qué? Quiero ver quién se ha quedado calvo, quién se ha puesto como una foca monje y quién se ha inventado una nueva vida. ¡Qué quieres! Necesito diversión, estoy muy estresado con mi futura paternidad.

—Eres un payaso, ¿lo sabes?

—Y necesito otra cerveza. Vamos, loca.

Cuando volvemos al bar, no hay ni rastro de la reunión relajada que habían dejado. Por todas partes hay maletas, bolsas de viaje y gente dándose besos como locos.

—Pon en marcha tus encantos, muñeca —me susurra Robert al oído—. Luego te pongo al día de los últimos cotilleos —dice, desapareciendo en la multitud. Suspiro y miro alrededor, agotada prematuramente.

—¡Cloooooee! —Anita Lake, la empollona de la clase, me da un efusivo abrazo—. ¿Cómo estás? Me alegro mucho de verte.

Intento no suspirar de nuevo y activo el piloto automático de mi sonrisa encantadora.

—¿Qué te has hecho, Anita? Estás estupenda...

—Si alguien me vuelve a dar un beso, juro que me lío a puñetazos. —Nel, tan delicada como siempre, pide su quinto *gin tonic*—. Joder, qué asco de gente.

Sofía brinda con ella, dando un largo trago casi tirada encima de la barra.

—Alice, cariño, la próxima vez quedamos a cenar. Conozco un italiano encantador...

Alice no escucha a nadie. Desde hace un buen rato, revisa puntiliosamente la lista tachando a los asistentes que ya han llegado.

—Bueno, creo que ya estamos todos... Los demás vendrán mañana. —Tira el listado en una mesa cercana y se alisa el pelo con la mano—. Ya tienen todo preparado para dentro de una hora y media, así que podemos subir a arreglarnos y tomar algo después.

—Yo me pido el comodín de la caña —digo mientras me siento junto a Robert, subiéndole las piernas encima—. Pide una ronda, *please*. —Sofía asiente satisfecha. Los efectos de la ducha han hecho maravillas en su humor.

—Vale, vale, vale, no me digáis más. —Alice pone los brazos en jarras mientras los demás intentamos ignorarla—. No os vais a cambiar de ropa, os da exactamente igual todo lo que diga y vais a llegar a mi discurso de bienvenida con un pedo como una catedral.

—Correcto. —Nel apura su copa, y el camarero corre a rellenarla—. Has acertado en todo, corazón.

—Como queráis. —Alice se da media vuelta en dirección al vestíbulo—. Perc como a alguno se le ocurra vomitar, y os recuerdo que no sería la primera vez, me voy a cagar en la madre que os parió...

—Esa lengua, señorita —la regaña Robert, que ya ha alcanzado el ritmo de los demás.

—Creo que tiene algo de razón. —Miro a mi alrededor—. A lo mejor nos vendría bien cambiarnos de ropa y airearnos un poquito.

—¿Has visto a los demás? Te aseguro que no lo necesitamos.

—Ja, ja, ja, ¿habéis visto a Jackie? Se ha comido a sí misma... Varias veces...

Una carcajada general envuelve al grupo.

—¡Al final habéis venido! —Alice mira satisfecha a sus amigas.

—Después de agotar la batería del móvil con tus *whatsapp* de ¡¡EMERGENCIA PORFI!!!, me sentí en la obligación de hacerlo —apostilla Nel, algo fastidiada.

Después de irse Alice, tras una ronda de chupitos y un accidente con una cerveza, algo en nuestro interior nos advirtió que sería más sencilla nuestra existencia los siguientes dos días si nos arreglábamos un poquito.

—¡¡Es que no voy a ser capaz!! Cuando pienso en cómo me metí en esto... ¿y si no hablo? Tampoco hace falta, ya sabemos todos por lo que estamos aquí.

Sofía suspira, como viene siendo habitual desde que la he vuelto a ver, y abraza a Alice, tranquilizándola.

—Cariño, tienes que hacerlo, lo sabes. Estamos muy orgullosas de ti, y debes leer lo que te has preparado. ¿Sabes lo que has hecho? Nos has juntado a todos de nuevo, has hecho que más de setenta personas manden entusiasmados más de dos mil fotos de hace mil años. ¿No te das cuenta? Todo el éxito que has tenido es poco con el que te va a venir...

—No, esto es de todas, deberíais hablar vosotras también.

—¡No digas tonterías! —Ante la mirada suplicante de Sofía, Nel suaviza el tono—. Venga, Ali, Sofía tiene razón. Las demás te hemos dado ideas y consejos, pero tú has cargado con el peso de todo. Has creado uno de los negocios más importantes de los últimos años. Considéralo un ensayo para el futuro.

Alice la mira sorprendida, y ella sonrío cauta.

—Tenéis razón, ¡qué tontería! Esto es como el discurso de la graduación. Claro que lo puedo hacer, de hecho, los dejaré boquiabiertos.

—Tampoco te pases... —murmura Nel.

Alice sale de la habitación como una rosa, olvidando por completo el bajón que ha tenido solo hace unos segundos.

—¿Cómo lo haces, Sofía? Es alucinante —comenta Anaïs, admirada.

—Dale dos años más a tu hija y un hermanito y lo sabrás, Annie...

—Y una dosis extra de amor por sí misma, como la que tiene Alice, y puedes conquistar el mundo... —gruñe Nel con cara de asco.

II

—Después de cinco meses, dos millones de fotos subidas, quince mil anécdotas, diez millones de visitas y vuestra colaboración, solo puedo decir que el proyecto, que pretendía solo recordar viejos tiempos, no se ha convertido en un negocio rentable: esta página se ha convertido en el mayor logro de mi vida, tanto a nivel profesional, porque me va a dar mucha pasta, y lo sabéis, como a nivel personal, porque os veo a todos juntos y no me lo puedo creer. —La gente se levanta, riendo y aplaudiendo encantada—. Gracias, muchas gracias a todos por venir. ¡Divertíos!

—Nunca pensé que diría esto, pero ha estado increíble —me comenta Nel al oído.

—¿Es eso una lágrima, Nel?

—Te mato si se lo cuentas.

—Tranquila, seré una tumba.

Alice corre a abrazarse a ellas entre las alabanzas de todos los presentes.

—Gracias, chicas, no habría podido sin vosotras.

—Tranquila, somos socias, ¿recuerdas? —Nel, inusualmente cariñosa, abraza a Alice efusivamente—. Ya nos lo cobraremos con los beneficios.

Alice sonrío encantada mientras se sienta a la mesa en la que estábamos todas. Robert, en una mesa cercana, nos lanza un beso.

—Espero que no haya demasiada comida, o como ha adivinado Alice, vomitaré hasta la primera papilla —susurra Anaïs, todavía achispada.

—Pues creo que va a ser todo un banquete —señala Sofía, siguiendo con la mirada a los camareros, que ya han llegado al gran comedor con enormes bandejas y se van distribuyendo entre las mesas.

—Oye, Alice, ¿es verdad que hay piscina?

—Sí, chicas, pero es cubierta. Luego podemos ir a verla si queréis.

—No contéis conmigo. Necesito una siesta. —Sofía bosteza disimuladamente, sir poder evitar que se le nublen los ojos de sueño.

—Pues yo me vuelvo al bar, a seguir por donde lo he dejado. —Nel sonrío satisfecha, guiñándome un ojo. Antes me ha confesado que piensa pedirle al camarero algo más que copas.

—¿Cómo encontraste este sitio? Es verdaderamente increíble.

—Lo sé. Mi padre es muy amigo del dueño, y como este fin de semana no había programada ninguna boda, nos ha hecho un favor. La verdad es que ha sido una suerte, aún no habéis visto el spa.

—Debe de ser increíble celebrar una boda aquí...

—Pues ya sabéis, que alguna se anime.

Soltamos una carcajada al unísono. Los ocupantes de otras mesas se dan la vuelta, curiosos, para ver qué pasa.

—Ya estáis dando la nota de nuevo. —Me incorporo lentamente, intentando no estallar mis vaqueros—. Ufff, voy al baño, no aguanto más.

—Espera, te acompaño. —Nel se levanta ágilmente. Como en los viejos tiempos, sigue siendo un pozo sin fondo, capaz de comerse una vaca sin hincharse ni un milímetro.

Cruzamos el vestíbulo y nos encerramos en los amplios aseos, llorando de la risa.

—Me meo, me meo, me meo...

Corro hacia una de las puertas mientras Nel se retoca tranquilamente frente al espejo.

—En serio, ¿has visto a Sara? Te lo juro, me dicen que tiene cincuenta años y me lo creo totalmente.

—Ya te digo, no hay nada mejor que este tipo de reuniones para subir la moral. —Salgo del baño algo más relajada y me retoco un poco el pelo que, para variar, ya llevo completamente enredado.

—¡¡¡Ahhhh!!!

—¿Qué pasa?

—Se me ha enganchado el pelo con algo que llevo aquí, ayúdame a quitármelo.

Muertas de risa, me doy la vuelta para que Nel me ayude.

—Menudo nudo que te has hecho... Pero... ¿qué cojones...? —Veo como Nel frunce el ceño a través del espejo—. Parece que tengas un nido aquí. ¿Dónde te has metido? Tienes hasta tropezones. —Saca algo pegajoso—. ¿Qué es esto? —Un rollito de papel se escondía entre la masa pringosa. Se lo quito de la mano, entra risas, pero me paro en seco al leerlo.

—Oh, por favor, ya estamos.

—¿Qué pasa? —Nel se acerca para ver mejor. El rollito es en realidad una pequeña hoja cuadriculada, similar a las notitas que nos mandábamos en clase—. ¿Qué pone?

—«Yo también quiero que me lo hagas fuerte».

—¡No me jodas que hay algún perverso en la reunión! Porque a mí se me ocurren unos cuantos... —Nel sigue riendo, ajena a la cara de circunstancias que tengo ahora mismo.

—¿En serio no caes? —Abro el grifo y me froto las manos enérgicamente,

intentando no dar rienda suelta a mi enfado—. Mi próxima novela se titula *Házmelo fuerte* y ni siquiera ha salido aún a la venta.

—¿Y qué? Yo también sabía cómo se llamaba, todas esas cosas se filtran en algún momento.

—¡Es Caleb, tonta! ¿No te das cuenta?

—¿Caleb? —susurra Nel confusa—. No sabía que había llegado ya...

—¡¿Cómo que «llegado ya»?! Alice me dijo que no vendría.

Nel deja de reír de pronto e intenta entretenerse con su pelo.

—¿No te lo dijo Alice? El caso es que llamó a última hora y al parecer sí podía venir al final. Le hacía mucha ilusión vernos a todos, así que pudo cambiar sus planes.

—¿Y por qué nadie me ha avisado de eso? ¿Lo sabíais todas? Qué bien.

—Cloe, no seas dramática, anda. —Nel se ajusta bien el escote y se mira de perfil—. Si te lo hubiésemos dicho, habrías creado el gran dramón de nuestras vidas. ¿En serio habrías venido?

—Eso lo habría decidido yo.

—A ver, por favor, serénate un poco: para empezar, me estás mintiendo, porque no habrías venido ni loca. Primero: no sabes si ha sido él, y segundo: hace doce años que no os veis. ¿En serio vas a seguir con esto toda la vida?

—¡No me vengas con chorradas, Nel! ¿Quién coño va a ser sino? No hay nadie tan tocapelotas como él, y lo sabes.

—A mí no me cae tan mal.

—Porque tú no has sido el blanco de todas sus estúpidas bromas desde los cuatro años, ni te ha jodido toda tu época escolar humillándote delante de todos tus compañeros.

—Cloe, eras la capitana del equipo de natación, la primera de clase, como yo, y nunca te faltaron admiradores. No sé dónde ves tú ese drama que dices haber sufrido.

—¡¿Y él no me hizo nada?! —Tiro la mota al suelo, dando rienda suelta a mi enfado—. Me fui del colegio sintiéndome una estúpida fracasada, y todo por su culpa...

Los móviles de las dos empiezan a sonar. Miro rápidamente los *whatsapp* y echo humo por las orejas.

—Vale, ahora sí que lo sabemos: después de doce años, Caleb sigue siendo el mismo gilipollas.

Sofía, Anaïs y Alice, igual que Robert, no paran de escribir en el grupo que hemos creado. Ahora que van a servir los postres, Caleb se ha levantado de su mesa para saludar.

—Vamos para allá, Cloe.

—Paso de postres y de historias.

—¿Eso es lo que quieres? —Nel se planta delante de mí, con los brazos en jarras —. Un poquito de orgullo, chica. Arréglate un poco y ríete como si te hubiera contado lo más divertido del mundo.

—¿Para qué? Lo que voy a hacer es buscar a ese subnormal y decirle lo que no le dije en su momento.

—¿No dices que te hizo quedar como una estúpida? —Nel me arregla el pelo y baja mi escote un poco más—. No le des el gusto de hacerlo de nuevo, ignóralo.

Por alguna extraña razón, decido hacer caso del consejo de Nel y salgo del baño preparada para ser la estrella de la sobremesa.

—¿En serio? No será verdad... —Pego un empujón cariñoso a Nel, con más fuerza de la que debía—. Ya te contaré yo...

—Hola, chicas —Caleb nos saluda sentado en la silla que he ocupado yo toda la cena—. Perdona, Cloe, te he quitado el sitio, siéntate.

Todo lo que hemos planeado en el baño se viene abajo en el segundo en que Caleb me guiña un ojo, como hacía antiguamente cada vez que me hacía alguna jugada sucia de las suyas. Nel me pisa con descaro mientras intento mantener la compostura y rezo para no estallar delante de todo el mundo.

La nueva versión de Caleb, aunque similar a la de adolescente, no deja lugar a dudas: la vida es injusta. Lo miro detenidamente, intentando encontrar el fallo que naturalmente, como todos, tendrá. ¿En serio? El tío que está delante de mi silla todavía mantiene el tufillo de niño rico, pero ha conseguido, hábilmente, mejorar algunos aspectos. El pelo, antes siempre repeinado, se distribuye ahora por su cabeza con un peinado muy estudiado de «me acabo de levantar». Algunos reflejos dorados sugieren, junto a su ligero y elegante bronceado, que o bien tiene un estilista de prestigio en plantilla, o se ha ido unos días a la playa a disfrutar de algún novedoso deporte acuático. El cuerpo, antes larguirucho y de espaldas demasiado grandes, se ha equilibrado, y aquella camisa blanca arremangada y con el cuello sin abotonar le da un aspecto despreocupado demasiado sexy para ser un cretino de campeonato.

—Gracias. —Agarro la silla del respaldo, esperando que Caleb se aparte, pero no se mueve. Un olor a limpio inunda mi nariz de golpe—. ¿Me dejas?

—¿No me vas a dar un beso? —Caleb no espera mi respuesta y me planta dos besos distraídos—. ¿Cómo estás? He oído hablar mucho de ti. —Lástima que toda aquella mejoría que ha experimentado físicamente se esfume de un plumazo cuando le sale aquella sonrisa de tocapelotas.

—Como siempre. —Me siento a la mesa, echándole una mirada mortal, pero Caleb la ignora.

—¡Nel, tía, no has cambiado nada! —Abraza a Nel como si fuesen íntimos, y me quedo helada. ¿Ese es el juego? Pues muy bien, jugaremos.

ANAIS: ESTÁ PARA HACERLE PADRE CUANDO LE APETEZCA.

ALICE: ¿PADRE? MIRA QUE TENÉIS OBSESIÓN POR LOS HIJOS... E TREMENDO.

Las miro atónita.

CLOE: ME DAIS UN ASCOOO... NO OS LO PERDONO, HABLAREMOS

ROB: ¿¿¿QUÉ HA PASADO??? ¿¿¿Y POR QUÉ PUÑETAS ME H. PUESTO EN OTRA MESA??? NO ME ENTERO DE NADA.

CLOE: ESTAS CABRONAS NO ME DIJERON QUE VENDRIA.

ROB: ¿NO LO SABIAS?

CLOE: ¡¡¡¡¡TÚ TAMBIEN!!!!!! ¡¡¡¡¡IROS A LA MIERDA TODOS!!!!!!

Los comensales de las demás mesas se van levantando poco a poco para ir hacia la terraza, donde se servirán el café y las copas.

—Creo que me voy a saltar esto y me voy directamente a por la siesta. —Sofía se estira discretamente y me mira con atención—. ¿Estás bien? Te juro que yo no sabía nada...

—Tranquila. —Tecleo histérica en mi móvil—. Sé que es cosa de Alice y Nel.

—Si quieres, vamos a la habitación común y te desahogas... —Sofía acaricia suavemente mi hombro. Sonrío y le doy un apretón en la mano.

—No te preocupes, estoy bien. No voy a dejar que las cosas de hace años me fastidien el fin de semana.

—¿Estás segura?

—Segurísima. —Le doy un beso cariñoso e intento sonreír—. Duerme tranquila, lo necesitas.

—Lo haré.

—¡Robert, espera!

—¿Qué pasa, enana? —Su cara cambia en cuanto ve mi expresión—. Eh, espera, no te enfades conmigo. Me enteré a última hora y no quería que te disgustases ni que te echaras atrás porque estaba deseando verte...

—Robert, somos amigos. Me lo tenías que haber contado.

—Lo sé. —Me aprieta la mano, cómplice—. Pero escucha: creo que Caleb ha cambiado. Lo veo más relajado, menos repelente... Parece hasta normal. Puede que no sea tan grave después de todo.

Le cuento, entre susurros, lo ocurrido en el baño.

—¿Crees que ha sido él?

—Dime de otro tan infantil para hacer eso.

Robert me mira pensativo, negando con la cabeza.

—Reconozco que siempre ha tenido obsesión por hacerte la vida imposible, pero ¿en qué te va a afectar eso ahora? Todos los que estamos aquí sabemos cómo es y ahora todos tenemos otra vida. No creo que unos días con él puedan afectarte. Vamos, nena, seamos positivos, creo que con una copita lo verás todo con otros ojos.

Tres daiquiris después, y un café solo con hielo para despejarme un poco más tarde, no es que lo vea todo con otros ojos, es que realmente no veo nada en absoluto. A las 16.30 y con una temperatura de verano hace tiempo que la mayoría de los asistentes se han retirado a descansar un rato para coger fuerzas para la cena.

Robert se ha enzarzado en una estúpida discusión acerca de lo que pasó en el viaje de fin de curso, y que todo el mundo recuerda de otra manera bien distinta.

—Mirad, a mí no me digáis ahora que no pasábamos de habitación en habitación por las terrazas. Era exactamente igual que lo que hacen ahora del *balconing*, solo que antes no tenía nombre.

—Tampoco es que estuviésemos muy interesados en lanzarnos al vacío, la intención era llegar a la habitación de las chicas. —Caleb se acerca sonriente a la mesa.

—Había tantas intenciones... —Miro a Caleb sin demasiado interés.

—Voy a pedir otra, ¿queréis algo?

Me levanto rápidamente para salir de allí cuanto antes.

—No, gracias —dicen al unísono.

Camino despacio hasta la barra, intentando mantener la compostura y no salir huyendo.

—Ahora probaré la *kaipiroska*, ponme una, Rubén, por favor. —A estas alturas del día, ya todas somos íntimas del camarero.

—Y dos tequilas y un JB con limón. —La voz de Caleb resuena a mis espaldas.

—Por favor —lo corrijo.

—Sí, por favor, disculpa, Rubén. —Caleb sonrío amablemente al camarero y en un segundo me acorrala contra la barra—. ¿Se puede saber qué te pasa? No creo que sea muy cómodo ni para ti ni para mí que cada vez que me acerco al grupo tú te vayas.

—Tú sabrás lo que me pasa, Caleb.

—No tengo ni la menor idea.

Rubén coloca los dos chupitos de tequila delante de nosotros.

—Estás de coña, ¿no? No pienso beber contigo.

Lo miro con rabia, pero Caleb me aguanta la mirada sin ningún temor.

—Lo siento, Cloe, en serio. No lo he hecho para molestarte, de verdad. Simplemente pensé que, después de tantos años, un pequeño guiño como ese sería simpático.

—Pues no me ha hecho ninguna gracia.

—Vale, lo entiendo, en algunas cosas sigo siendo un crío. —Por alguna extraña razón comienzo a sentirme un poco culpable—. Acepta mis disculpas, por favor.

—¿En serio tienes que ser siempre tan repelente? ¿No puedes decir simplemente lo siento, o perdóname?

—Perdóname, Cloe, por favor.

—Ni de coña.

—¿Qué tengo que hacer para que me perdones?

—¿Lo dices en serio, Caleb? —lo miro incrédula, pero al ver el remordimiento en sus ojos, decido no pasarme—. Para abreviar, deberíamos nacer de nuevo. Han sido demasiados años de enemistad como para olvidarlo todo ahora.

—¿Por qué no, Cloe? No te digo que lo olvides, pero, por favor, intenta que todo eso no te influya para juzgarme ahora. Míralo de esta manera: vamos a darnos una oportunidad para conocernos de nuevo, porque es obvio que los dos hemos cambiado. Sin compromiso. Si no te convence lo que ves, puedes seguir tu vida como lo has hecho los últimos doce años.

Dudo unos momentos. No me puedo fiar de él en absoluto, pero no voy a estar tres días mosqueada.

—Solo si juras no hacerme ninguna putada mientras estemos aquí.

—¿Y después? Podríamos quedar a cenar y...

—No te hagas el gracioso.

—Vale, vale, perdón. —Caleb empuja uno de los chupitos por la barra, que se desliza hasta mi mano—. ¿Trato?

—¿Sin trucos?

—Lo juro.

—Está bien. —Chocamos los vasos y, solo por un momento, pienso que aquel tío es un completo desconocido—. Por los viejos tiempos.

III

—Vale, y entonces, ¿por qué te fuiste? No acabo de entenderlo.

—Fue así de simple: un día, comiendo una hamburguesa demasiado insulsa, me pregunté por qué no podía comerme un bocadillo de calamares y un botellín. Y por eso volví. La cerveza allí estaba demasiado caliente.

—No me lo creo. —Me río tanto que estoy a punto de caerme del taburete.

—¿En serio! Bueno, eso y que estaba más solo que la una.

—No sabes cuánto te entiendo...

—¿Tú? No me lo puedo creer... Vamos mejorando, ¿no lo ves? —Me guiña un ojo, sonriendo—. Ahora hasta me entiendes...

—No te hagas ilusiones, chaval, es el alcohol.

Los dos nos reímos a carcajadas, intentando no derramar las copas.

—Bueno, bueno, bueno... Lo veo y no lo creo... —Robert se nos une, pasando el brazo por mis hombros con gesto protector—. ¿Llevas aquí todo el tiempo? (¿Con este?) —señala a Caleb de forma cómica.

—Ya, sé que es de lo más raro, pero ha accedido a hacer las paces conmigo.

—He accedido a una tregua, querrás decir. —Miro a Caleb repentinamente seria—. Y no estoy tan convencida como crees, así que no te hagas ilusiones ni lo afirmes tan triunfante.

—Vaale, perdón, perdón, con lo bien que se os veía... —Robert hace aspavientos para disipar el mal rollo—. Sofía y Alice quieren ir a dar un paseo. Parece ser que lo de la entrada a la playa es una incógnita, así que vamos a buscarla y de paso damos una vuelta. ¿Os apuntáis?

—Claro, aunque si es una incógnita, en el estado en el que estamos, al menos yo, creo que va a ser misión imposible. —No sé si soy yo la que está mareada o son mis amigas las que se acercan haciendo eses.

—Y tú, ¿vienes? —Robert mira a Caleb con cautela. Aunque nunca le había caído mal, no acaba de cogerle el punto. Esto, añadido al daño que le había hecho a su mejor amiga toda la vida, no ayuda a que tuviese demasiada buena opinión de él.

—Voy a buscar a los chicos, a ver si quieren venir. —Caleb señala con un gesto de cabeza al grupo del equipo de natación que charla cerca—. ¿Os importa?

—Cuantos más, mejor. —Alice se apoya en mí en un intento de no caerse de cabeza. Cuando puede equilibrarse, tira de mí hacia el sendero que conduce a la playa.

—¿Ya no estás enfadada conmigo? —me pregunta mimosa.

—Ya hablaremos. —Intento mostrarme enfadada, pero estoy demasiado ocupada intentando no caerme.

—Cloe, cariño, sabes que te quiero mucho...

—No seas pelota, Alice, no te voy a perdonar tan fácilmente.

—Ya estamos aquí, chicas. —A nuestra espalda, Caleb nos ha alcanzado, seguido por Julen, Ted y otro chico del que no recuerdo el nombre.

—Hemos traído provisiones. —Julen exhibe un cubo lleno de cervezas.

—Vaya, como han cambiado los deportistas, ¿no? —Alice agarra del brazo a Julen y se adelanta mientras le roba una cerveza.

—Agárrate, te caerás. —Caleb me tiende un brazo solícito.

—Oh, ya veo la opinión que tienes de mí. ¿Me estás llamando pato mareado?

—Cloe, en serio, relájate. —Se acerca sonriendo, tan cerca que casi me caigo de espaldas por evitarlo—. Lo digo por los tacones, no creo que sean el mejor calzado para este camino.

Miro al suelo, avergonzada. Ni me acordaba de lo que me había puesto para la comida, pero era obvio que Caleb tenía razón. Mis carísimos botines de tacón de aguja son ya un peligro para un terreno civilizado, así que no quería ni siquiera imaginar cómo iba a bajar por ese sendero pedregoso y cuesta abajo.

—Tengo una idea. —Caleb me mira sonriente—. Sube.

Caleb se agacha delante de mí y se da golpecitos en la espalda.

—Nooo, ni hablar... ¿Estás loco? No puedes conmigo.

—Subeeee... ¿Me vas a hacer estar mucho tiempo así? Si te llevo, llegaremos hoy, sino no te lo puedo asegurar.

Dudo, más por vergüenza que por otra cosa.

—Considéralo una prueba de que de verdad estoy arrepentido.

Acabo cediendo cuando un pinchazo en el pie me recuerda que no suelo llevar esos taconazos. Caleb comienza a andar con paso ligero, lanzándose por la cuesta mientras hago esfuerzos por mantenerme en mi sitio.

—¡Más despacio, más despacio, que me caigo!

—¿Y por qué coño no te agarras bien? Sujétate a mi cuello, que vamos a coger la peor parte del camino.

Me sujeto fuertemente a su cuello y decido apoyar la cabeza contra su pelo solo un ratito. Aquel olor, mezcla de un perfume discreto y gel, inunda mis fosas nasales. Decido cerrar un momento los ojos mientras llegamos. Me resulta tan extraño sentirme a gusto con Caleb...

—Chiss, marmota, despierta, que ya hemos llegado.

Abro un ojo alertada por Caleb. Al principio me da por pensar que llevo tanto tiempo dormida que se ha hecho de noche, pero enseguida salgo de mi error. Caleb camina por un pasadizo húmedo y lúgubre, y enseguida salimos a la intensa luz de la tarde.

—Joder... Es impresionante.

Ante nosotros hay una de las playas más hermosas y desiertas del mundo.

Bajo lentamente de la espalda de Caleb, un poco reticente a abandonar mi improvisada siesta.

—¡Chicos, estamos aquí!

Seguimos la voz de Alice, que proviene de un montón de rocas algo alejadas de la salida del pasadizo. Allí acaban de organizar un improvisado campamento, rodeando el cubo de cervezas.

—Nos falta la guitarra —comenta Robert sonriente. Me siento a su lado, empujándolo cariñosamente.

—Sí, hombre, menuda lata que dabas tú con la puñetera guitarra, deja, deja.

—Te recuerdo que tú también cantabas de vez en cuando.

—Y bastante bien, por cierto. —Julen, que nunca ha sido santo de su devoción, sonrío.

—Pues mira qué bien, podrás demostrarlo esta noche. —Alice sonrío como una niña pequeña—. ¡Hoy hay noche de karaoke!

—¿Lo dices en serio? —Nel, que se ha recostado contra las rocas, salta como un resorte—. Dime la verdad, Alice, ¿cuántos años mentales tienes?

—Venga, Nel, no fastidies, ¿qué pretendes hacer? ¿Beber a todas horas?

—Por ejemplo. —Ted le guiña un ojo a Nel, que por primera vez aquel día no pone cara de ir a matar a nadie.

—Nel, la idea es que estemos un rato juntos, que recordemos los viejos tiempos y celebremos el reencuentro, ¿no?

—Ya, pero en ninguna parte de la invitación decía que estuviéramos obligados a hacer el ridículo.

—¿Con Alice? No hay nada impensable.

—Bueno, tíos, puede ser divertido, qué sé yo. —Caleb se levanta, sacudiéndose los vaqueros—. ¿Jugamos a algo? Seguro que encontramos alguna cosa que nos pueda servir de pelota y echamos un partido.

Al final, entre unas latas y algunas algas que encuentran en la orilla improvisan algo parecido a una bola con la que jugar un partido de fútbol.

—Es increíble cómo consiguen los tíos que el fútbol sea más importante que nosotras. Da igual que sea el fin del mundo, que ellos se montan una liguilla en donde sea. —Sigo con la mirada a Caleb, que parece haber hecho buenas migas con Robert, al que le pasa la bola en aquel momento.

—Vale, tía, ahora si quieres, hablamos del tiempo —susurra Nel a mi lado, sacándome de mi ensimismamiento—. ¿Nos vas a contar qué te ha pasado? Porque hasta hace un rato habría jurado que nunca vería una estampa similar y, de verdad, aún no me puedo creer que te haya visto hablando con Caleb tranquilamente.

—El tiempo lo cura todo. —Anais sonrío beatíficamente.

—Vale, y el *botox* también —Nel la corta, mirándola como si fuera marciana—. Venga, desembucha.

Suspiro, levantando mi flequillo con un resoplido.

—No ha pasado nada, simplemente he decidido pasar del tema. —Miro a Sofía, sonriéndole—. En el fondo tiene que darme igual. Ha pasado tanto tiempo que no debería ponerme así por las cosas de Caleb.

—Pues quién lo diría hace un rato...

—Además, he decidido hacerte caso, Nel. Debo pensar que soy la persona más maravillosa del mundo y tener seguridad en mí misma... Y un idiota no me va a hacer tener un trauma a estas alturas de mi vida, ¿no?

—Un idiota que está muy bueno, por cierto —suelta Alice, mirándole tranquilamente el culo.

—Bueno, no empecemos...

—Vamos, Cloe, no lo niegues... —Nel mira a Caleb con ojos golosos—, yo creo que parte de la razón por la que lo estás perdonando es porque se ha convertido en el señor *polvazo*.

—No te equivoques, Nel, hay cosas que no le perdonaré nunca, pero si no me olvido de todo lo que me ha hecho, antes de que termine el fin de semana lo habré matado.

—¿Crees de verdad que ha cambiado? Yo lo veo mucho más simpático —comenta Sofía, uniéndose como espectadora del partido.

—¡Pues claro que ha cambiado! ¿No lo has visto? —Me da la impresión de que Alice se relame—. Si hubiera estado así en el colegio, no se me habría escapado...

Carraspeo un poco exagerada.

—Es mi deber recordarte, Alice, que no se te escapó porque, de hecho, recuerdo cierta noche que desapareciste con él y por la que estuve sin hablarte una semana.

—Cloe, por Dios, ¡eso fue una tontería! Apenas me acuerdo, si solo fueron unos besitos de nada...

—Si me dieran dinero por todas las veces que has dicho eso...

—No, en serio, yo entonces estaba con Jonás, ¿no te acuerdas? Pero nos dimos unos besos porque estábamos borrachos, eso es todo.

—Y porque te gustaba.

—Pues... Bueno, Cloe, el chico, aunque ahora esté realmente cañonazo, nunca ha estado mal. Pero como lo odiabas infinitamente, todas decidimos respetarte y no intentar nada con él.

Me quedo ojiplática y no doy crédito. ¿En serio estas son mis amigas?

—¿De verdad os parecía guapo?

—Bueno... —Me esquivan la mirada—. La verdad es que era de lo mejorcito.

Suelto una carcajada que hace que las demás me miren asombradas.

—Joder, tías, vaya tela... Me lo podíais haber dicho, joder, ni que fuese a comeros...

—Nos habrías matado. —Nel se ríe, mirando a Caleb de reojo—. Pero todavía estamos a tiempo, ¿no?

Todas sueltan risitas nerviosas como si fueran adolescentes.

—Me temo que llegamos tarde. Aquí la única que va a tener oportunidades es Cloe —suelta Anaïs, dirigiéndome una mirada cargada de dulzura.

Me atraganto con la cerveza y estoy a punto de escupirla.

—¿De qué hablas? Solo estoy intentando ser adulta con esta situación y no seguir con lo de siempre.

—No lo decía precisamente por ti...

Robert se acerca a nosotras, dando el último sorbo a mi cerveza.

—¿De qué habláis, chicas?

Los demás dan por terminado el partido y se van acercando.

—Vente luego al cuartel general y te lo contamos. —Alice busca su móvil—. ¿Qué hora es?

—Las siete.

—Deberíamos volver al hotel, habría que darse una ducha o algo, ¿no?

—¿Para qué te hace falta una ducha cuando aquí hay tanta agua?

Los chicos se miran cómplices y antes de darnos cuenta, todas hemos sido raptadas como sacos de patatas y echadas al agua.

—¡¡Os mato... de verdad!! —Nel, con los pelos por la cara, intenta salir del agua sin hundirse con sus tacones—. ¡¡Los pantalones son de cuero!!

—¡¡Eran!! —Alice le hace una aguadilla desde atrás para que se calle, y todos terminamos en una batalla campal de agua de la que es imposible escaparse.

—¡¡Mierda, mi lentilla!! —Caleb se da la vuelta, tapándose el ojo derecho. Deje de salpicar y voy hacia él lo más rápido que me permiten los pantalones mojados.

—¿Estás bien? ¿Caleb?? —En cuanto me agacho para poder verlo mejor, Caleb, agarrándome por la cintura, nos sumerge a los dos en el agua.

—Eres un... —Una segunda aguadilla me calla de golpe y me parece verlo sonreír bajo el agua.

—... ¡¡Idiota!!! —Entre las carcajadas y el agua que hemos tragado casi nos ahogamos.

—Uy, mira, Cloe preocupándose por mí... ¿Ves como no me conoces? Tengo vista de lince, yo no necesito lentillas...

Chorreando y empujándonos mutuamente, salimos del agua. Tengo el pelo por la cara y algas enganchadas a los pantalones. Los demás no tienen mejor pinta.

—Creo que ahora sí que vamos a necesitar esa ducha.

—¿Y si vamos al spa? No es muy grande, pero creo que está muy bien... — comenta Alice, intentando deshacer la maraña en la que se ha convertido su pelo.

Vamos a la habitación lo antes posible mientras los pocos que nos encontramos por el camino nos miran con sorna y cuchichean entre ellos.

—¿Nos vemos abajo entonces?

—¿Hay que llevar bañador?

—¿Tú qué crees que es esto? Pues claro...

Una vez vestidos nos vamos todas al cuartel general para revisar nuestros estilismos y bajar todas juntas.

—¿Vas a ir así, en serio? —Alice lleva un modelito perfecto para Las Vegas que da miedo—. Se te saldrán las tetas con las primeras burbujas.

—No seas bestia, Nel. —Alice acaba de desenredarse el pelo y se hace una cola de caballo—. Además, tú tampoco vas muy tapada que digamos. No sé si vas al spa o a buscar a tu camarero.

—No lo descarto, pero antes quiero probar algo. —Todas la miramos interrogantes—. ¿Os acordáis del viaje de fin de curso? Aquella noche, en la hoguera de la playa, cuando Julen y yo nos dimos un pequeño lote... Bueno, recuerdo que no estuvo nada mal... a lo mejor debería animarme y probar de nuevo...

—¿Julen? —Me pongo bizca, y las demás se ríen de mis payasadas—. No sé, nena, no te veo cargando con un recién divorciado y dos niños desarraigados... Además de una ex mujer que a saber por qué lo ha dejado...

—Ha sido de mutuo acuerdo —se defiende Nel, indignada—. Y, además, no te confundas, estoy hablando de estos días, de darme una alegría para el cuerpo, o varias... Luego volveré a la vida real, y todo esto se quedará aquí. Estoy demasiado

ocupada para cualquiera. —Me mira acusadora—. Y tú deberías hacer lo mismo, que nos hace falta a cualquiera. Es muy bueno para la piel...

—Anda, anda, no digas tonterías... ¿Nos vamos?

Cuando llegamos al spa, me siento algo cohibida de repente. Pensando lo mismo que Nel, aunque jamás lo confesaré, me he comprado un par de bikinis minúsculos y ahora ya no estoy tan segura de que haya sido tan buena idea. Aunque aún conservo el pecho firme y el abdomen de nadadora, las partes inferiores de mi cuerpo se han vuelto algo más exuberantes. La poca gente que hay en las instalaciones va vestida con ropa de baño bastante más discreta.

—¡¡Joder!! ¡¡Y decíais de mí!! Cloe no se ha andado con tonterías.

Un silbido nos hace volvernos a todas.

—Vaya, vaya, no os recordaba así, chicas. —Robert se acerca empapado y sonriente—. Os estamos esperando en el jacuzzi.

Una a una vamos entrando, colocándonos todas juntas en un extremo, menos Alice y Nel, que se colocan entre Caleb y Julen, quizá demasiado juntas.

—Bueno, habrá que coger fuerzas para el fiestón que nos ha preparado Alice —murmura Sofía, cerrando los ojos. Todos los demás nos reímos burlones—. ¿A la cena hay que ir muy vestido? Porque estoy por quedarme aquí y llegar directamente.

—Hoy había pensado que fuese algo informal. Mañana, cuando lleguen los que faltan, haremos una cena de semi gala.

—¿Y eso qué significa? ¿Me pongo chaqueta y bermudas? —Caleb ríe, y los demás lo acompañamos.

—Sabes perfectamente lo que significa, cariño —le reprocha Alice melosa—. No será porque no estés acostumbrado porque creo que has asistido a unas cuantas.

—Bah, mi familia... Hace años que no asisto a sus jolgorios —dice, quitándole importancia—. Lo que de verdad me preocupa es qué canción voy a elegir para cantar esta noche.

—Pufffff... Creo que yo voy a hacer un recorrido por el spa y después me voy a vestir y a tomarme unas cuantas cervecitas. —Anaïs, algo más relajada, se estira—. Y vosotros deberíais hacer lo mismo. Si Alice nos obliga a cantar, por lo menos que sea con la dosis de alcohol suficiente.

Alice aprovecha para enfurruñarse otra vez, se levanta prácticamente poniendo el culo en la cara de Caleb muy poco disimuladamente y se va contoneándose hacia las piscinas.

—No se escapará nadie del karaoke, así que utilizad el truco que queráis... Chicos, ¿venís? —dice, mirando solo a Caleb—. Anaïs ha tenido muy buena idea.

Nos vamos levantando hacia el recorrido, y Robert y yo nos quedamos los últimos.

—¿Me lo estoy imaginando o Alice intenta algo con Caleb?

Suspiro, intentando atrapar unos mechones que se han escapado de mi moño.

—Qué se yo, con Alice puede pasar cualquier cosa... Pero la veo muy suelta, sí.

—Hombre, el chico la verdad es que ha mejorado bastante, y eso que a mí no me gusta. —Me guiña un ojo mientras me ayuda a levantarme—. Pero creo sinceramente que por más que haga es invisible para él.

—Pues no sé cómo puede hacer eso, a no ser que esté enamorado de alguien... Alice siempre ha conseguido a todos los tíos que ha querido.

—Qué quieres que te diga, es guapa y eso, pero nunca fue mi tipo, la verdad. —Lo miro extrañada, y él se encoge de hombros—. ¡¿Qué?! No me mires así, los tíos también pensamos esas cosas, no nos gustan todas.

—Vale, lo que tú digas.

Empiezo a andar hacia las otras piscinas.

—Además —me dice Robert al oído cuando ya estamos cerca de los demás—, a Caleb le gusta otra.

—¿Quién?

—Ah, listilla, adivínalo tú. Me voy a sumergirme en la piscina de aromaterapia.

Me paso todo el recorrido hablando con Nel, poniéndonos al día, aunque no puedo dejar de echar miraditas de reojo de vez en cuando para ver cómo Alice despliega todas sus artimañas de viuda negra junto a Caleb. Se ríe demasiado alto, agitando su coleta coqueta e incluso deja que uno de sus tirantes se deslice por su hombro, con el riesgo de quedarse en pelotas en cualquier momento.

—Me parece increíble, con los años ha empeorado. —Nel entorna los ojos, mirando con mala cara a Alice—. Hace años me sentaba fatal, pero ahora simplemente me da vergüenza ajena. Ya no tiene edad para hacer de esa manera el ridículo.

—Bueno, Nel, déjala, tampoco es para tanto. —En el fondo, aunque no lo reconozca, siempre he odiado cuando Alice se ponía así con los chicos—. Ya sabes cómo es.

—Es que si no tiene todo el protagonismo, se pilla una depresión o algo así. —La mira con cara de desprecio mientras ella suelta otra carcajada—. No me extraña que esté sola. Un hombre normal se harta de esas cosas en poco tiempo.

—Bueno, desgraciadamente también nosotras estamos solas. —Por un momento me acuerdo de Chris—. Me imagino que eso es cuestión de suerte.

—Qué quieres que te diga. —Nel se mete debajo de un chorro de agua de colorterapia—. Es una cuestión de carácter. No te voy a decir que yo haya elegido expresamente estar sola, pero sí le he dado un peso a mi profesión en la vida que no

es compatible con una relación estable.

—¿No te sientes sola?

—Claro... A veces. Pero la mayoría del tiempo estoy tan ocupada y rodeada de tanta genta que me emociono cuando llego a casa y puedo hacer lo que me dé la gana, sin preocuparme por los sentimientos de otra persona.

Nel advierte mi gesto de incompreensión.

—No te voy a mentir. Por supuesto que me gustaría estar con alguien que tuviese detalles conmigo y me preguntase qué tal me ha ido el día, e incluso supongo que dentro de unos años me daré cuenta de que he pasado la mayor parte de mi vida fértil y estoy sola, pero creo que hay gente que no está hecha para esto, y yo soy una de ellas.

En mi interior se crea la duda de si seré yo también una de ellas.

—Y tú, ¿qué me cuentas? No me digas que estás preocupada por esas cosas...

—No es que esté desesperada, Nel, pero sí que me está empezando a preocupar. Viendo cómo han marchado mis relaciones hasta ahora, no sé si encontraré a alguien que esté hecho para mí.

—¿Y Chris?

—La vida que tuve con Chris se quedó en Londres. Nel, no me podía casar con él. Desde el momento que me lo pidió y yo acepté, sentí el peso de una losa sobre mi cabeza. —Suspiro, recordando aquel día—. El momento en que me di cuenta de que no lo quería lo suficiente como para tener hijos con él fue definitivo.

—Con lo que tú eres no te costará encontrar a alguien...

—No te creas, y, de todas formas, ese no es el problema. He salido con alguno después de lo de Chris, y he empezado a pensar que tengo un problema con los hombres: la mayoría me aburren soberanamente, y otros me sacan de quicio, e incluso me ha pasado lo de llegar a odiarlos antes de llegar a los postres.

—Te entiendo, aunque para mí eso ya no es un problema. —Nel se coloca el bikini y me mira sonriente—. Cuando te convences de que no quieres un lío sentimental, te vuelves tan superficial que solo te fijas en uno si está realmente bueno. —Mira el culo de Julen descaradamente y me sonrío de nuevo—. No te comas el coco y disfruta.

Me deja colgada en medio de la piscina y va directa hacia su víctima.

—¿Te vienes a la sauna? —Robert aparece a mi lado de la nada.

—Uff, creo que paso. Me voy a subir a la habitación a darme una ducha normalita.

—Quédate, ahora nos subiremos todos. —Robert se fija en lo que estoy mirando—. ¿Crees que Nel y Julen...?

—A saber... Cosas más raras se han visto en reuniones como estas... —Sonrío a Robert, pasándole un brazo sobre los hombros—. ¿Quieres que apostemos...?

Robert se rasca la barbilla, dudando.

—Creo recordar que siempre me ganabas, pero si les damos un poco más de alcohol, yo me apuesto a que antes de que acabe el día están juntos. ¿Tú qué crees...?

—Lo mismo, pero así la apuesta no tiene gracia.

—Bien, te propongo otra. Te apuesto una cena a que Alice, por más que lo intente, no se liará con Caleb.

—¿Una cena? ¿Tú, señor tacaño? —Lo miro frunciendo el ceño—. ¿Tienes alguna información que yo no tenga?

Miro a Alice, que habla como un loro con Caleb, que solo asiente con una sonrisa algo forzada.

—Trato hecho, iré pensando el sitio en el que te vas a gastar la pasta.

IV

Dos horas después estudio dudosa el contenido de mi maleta. Me arrepiento de no haber metido algún modelito más para la noche, pero ahora ya no lo puedo solucionar. Descarto el vestido de cóctel que me pondré para la cena de mañana y rebusco hasta sacar una blusa con un hombro al aire y los pantalones de vinilo. Sé que Alice puntuará negativamente el conjunto, pero aquel *look*, con botas altas de tacón y un cinturón con cierto aire *punk* son totalmente mi estilo.

Cuando estoy pensando qué hacer con mi pelo, llaman a la puerta.

—S.O.S., necesito que me ayudes. —Nel entra como una flecha, perfectamente arreglada, pero con los pelos de punta.

—¿Qué pasa?

—Es la maldita agua de mar. —Nel se señala el pelo, aunque es obvio cuál es su problema—. Cuando hice la puñetera maleta, no pensé en ningún momento que acabaría ahogada en el mar. No tengo plancha, ni tenacillas, ni siquiera un cepillo decente. ¡Que me gasté una pasta en la peluquería ayer mismo, joder!

—Vale, vale, tranquila. —Le indico que se siente en la cama—. Por suerte para ti, y mira que no suelo llevarlo, yo tengo todo el kit de peluquería que necesitas. Ha sido el destino que saliese con el pelo hecho un desastre de casa.

Me siento tras ella y comienzo a separar mechones.

—Bueno, cuéntame, ¿qué tal con Julen? ¿Has sido lo suficientemente superficial con él o aún te lo estás pensando?

—La verdad es que me da un poco igual. A la salida del spa me he encontrado con Rubén y hemos estado hablando. —Puso cara de dolor por un tirón de pelo—. El casc es que antes estaba muy animado y me ha comentado que cuando acabe su turno se va a una fiesta y que estaría bien que lo acompañara. ¿Qué te parece? Al final voy a tener suerte...

—Alice te va a matar si te largas.

—No se va a enterar porque todas me vais a ayudar. —Gira la cabeza para mirarme y el aire del secador le da de lleno en los ojos—. ¡Cloe! ¡Ten cuidado!

—¡No te muevas! —Vuelvo a coger el mechón que estaba alisando—. ¿Y cómo exactamente quieres que te ayudemos?

—Aún no lo sé, pero fingiré un dolor de cabeza o algo así. Se me da muy bien. Alice no es la única actriz del grupo.

Recuerdo como Nel, dos o tres veces al mes, fingía un dolor de menstruación

tremendo y se libraba de la clase de educación física.

—Creo que ya está. —Nel se va hacia el espejo y sonrío satisfecha.

—Estás muy guapa.

—Ey, tú sí que estás sexy... Y esas botas... ¿dónde te las has comprado?

—En Londres.

—Ufff, vale ya de Londres. ¿Quieres que te ayude a peinarte?

—No me vendría mal, la verdad...

—Eso está hecho.

Cuando Nel termina con mi pelo, quedo gratamente sorprendida. No solo me lo ha secado y alisado para que quede extremadamente brillante, sino que además me ha elaborado una versión mucho más moderna de lo que fue mi peinado fetiche durante la época escolar: una trenza de espiga, estudiadamente deshecha, que cae sobre mi hombro derecho, dejando el izquierdo elegantemente desnudo.

—¡Es increíble! ¿Dónde aprendiste a hacer todo esto?

—Ja, ja, ja. —Nel me retoca algún mechón rebelde y me sonrío a través del espejo—. Me he pasado años intentando copiar ese peinado tuyo, pero nunca he tenido la suficiente paciencia como para dejarme el pelo tan largo. No sé cómo lo haces, pero lo sigues teniendo igual.

Sonrío agradecida. Mi melena fue objeto de discusión continua con mi madre durante todos los años de mi adolescencia. Ella, siempre atenta a los detalles, habría preferido que llevase un corte de pelo algo más arreglado en lugar de esa melena leonina.

—Gracias, Nel, es precioso. Hacía tiempo que no me sentía tan guapa.

—Anda ya... No te creo... —Me da un beso en la mejilla—. Déjate de rollos sentimentales y vamos a divertirnos. Me debes una.

Julen se une a nosotras en el ascensor, de camino al bar.

—Estáis preciosas, chicas.

—Tú tampoco estás nada mal. —Julen, con vaqueros y un fino jersey arremangado, luce un aspecto relajado y juvenil. Veo como Nel tontea con él con descarro y me pregunto si al final se irá con el camarero o alguien la retendrá.

—Hola, chicos, ¡ya era hora!

Alice espera en la puerta del bar del brazo de Caleb, que mantiene una conversación ininteligible a través del móvil.

—Cenaremos en el jardín, así en el salón van preparando todo para el karaoke.

Asentimos sin mucho ánimo y nos vamos directos hacia la barra, donde ya nos esperan Anaïs y Robert.

—¿Qué pasa, chicos?

—¡Qué guapas! —Robert nos abraza, dejándonos sitio junto a ellos—. ¿Qué queréis?

—Cervecita —decimos las dos al unísono, riendo como tontas adolescentes.

—¿De qué habláis?

—De Alice.

—Cómo no.

—De cómo retiene a Caleb contra su voluntad. —Robert les echa una mirada y pone los ojos en blanco.

—No me extraña nada, después de lo que se lo ha currado para que viniese... —comenta Julen, tomando uno de los botellines que nos acaban de poner en la barra.

—¿Qué dices?

—Lo que oís. —Da un trago largo y nos mira cómplice—. Caleb me llamó hace un par de semanas para saber de qué iba todo esto. Al parecer, Alice le había dejado mil mensajes en la oficina y tenía loca a su secretaria. Quería proponerle que organizase todo con ella, pero no pudo pasar todos los filtros para conseguir hablar con él directamente porque su secretaria la debió de calar desde el principio. Él pidió expresamente que se le mandase un mensaje de disculpa porque le era imposible encargarse de esto e incluso venir, pero cuando habló conmigo y se enteró de que estaríamos todos, decidió cambiar sus planes y venir a vernos.

Los miro a todos, estupefacta por lo que he oído.

—De verdad, cariño, no teníamos ni idea de todo esto...

—Alice es increíble. —Todos me miran en silencio—. Así que es ella la que ha liado todo esto y no me dice nada... —Nel le echa a Julen una mirada mortal—. Sigue siendo igual de lianta que siempre... Rubén, ¿me pones otra cerveza?

Rubén me sirve una cerveza bien fría con limón y le doy un largo trago.

—Bueno... ¿qué creéis que cantará esta noche?? Porque conociéndola, creo que elegirá de Madonna para arriba...

Todos me miran confusos.

—A ver, a ver... ¿y ya está? —Robert, en plan teatrero, me toca la frente con falsa preocupación—. ¿Estás enferma?

—No... ¿por qué?

—Porque ya estábamos pensando que la cerveza la pedías para estrellársela en la cabeza.

Me río con ganas ante sus miradas confusas.

—¿Por qué iba a hacer eso? He pactado una tregua con Caleb y cumplo mi palabra.

Además, creo que ahora tendrá su merecido. No conozco peor castigo que tener a Alice pegada cada segundo.

—Bueno, cariño, en eso tienes mucha razón... —Todos seguimos la mirada de Sofía. Caleb tiene pinta de estar ahogándose con su propia lengua mientras Alice parlotea a su alrededor, colgada aún de su brazo.

Todos estallamos en carcajadas.

—Vaya, vaya, vas a tener razón y todo... —Julen consulta su móvil—. Caleb me está mandando mensajes de S.O.S.

—¿Y qué podemos hacer para evitarlo? —Me cuelgo de su brazo, poniendo cara de inocente.

—¿A qué te refieres?

—Verás... Había pensado que quizá deberías dejarlo un ratito más con ella... Te invito a una copa a cambio.

—Pero si hay barra libre...

—¡Échale imaginación, Julen, anda! —Mira inseguro hacia Caleb—. Solo un rato... Será divertido, luego podrás salvarlo.

Miro a Nel, y ella le hace ojitos.

—Está bien, pero si me pregunta, luego serás tú la que le dé explicaciones...

—Hecho.

Pasamos la siguiente media hora riéndonos abiertamente de los esfuerzos de Caleb por salir huyendo de Alice al precio que sea.

Mi móvil suena varias veces seguidas y no puedo evitar mirarlo.

CALEB: ¡¡¡¿¿¿SE PUEDE SABER QUÉ HACÉIS???!!!

CLOE: ¿¿QUIÉN ERES??

CALEB: SABES PERFECTAMENTE QUIEN SOY.

CLOE: NI IDEA.

CALEB: JULEN ME LO HA CONTADO.

CLOE: ¡¡BOCAZAS!! ¿TE HA DADO ÉL MI N°?

CALEB: TENGO MIS CONTACTOS. ¿QUÉ ES ESTO, UNA VENGANZA?

CLOE: NO SÉ DE QUÉ ME HABLAS.

CALEB: SABES QUE ME VOY A VENGAR. ¡¡Y TE VAS A ARREPENTIR LUEGO NO LLORES...

Miro hacia Caleb, que está absorto en la pantalla de su móvil.

CLOE: NO TE PONGAS TAN SERIO... ES PARA RECORDAR LOS VIEJOS TIEMPOS...

Caleb levanta la vista y me hace una señal inequívoca con el dedo, como si fuese

un cuchillo rebanando su cuello, antes de que Alice lo arrastre tirando de aquel brazo del que parece haberse quedado pegada.

La cena, informal y en el jardín, consiste en un buffet enorme y de lo más variado. Robert y yo damos vueltas alrededor de la mesa de marisco, intentando decidirnos.

—Creo que me voy a ir a la mesa de la carne a por unos pinchos morunos, por si luego se los tengo que clavar a alguien...

Caleb aparece tras nosotros, sorprendentemente solo.

—Hombre, Caleb, cuánto tiempo...

—No ha tenido ninguna gracia.

Robert se aleja sigilosamente, dejándonos solo.

—Venga, Caleb, tampoco ha sido para tanto...

—¿Conoces a Alice?

Me río a carcajadas ante su pregunta.

—Desde hace mucho tiempo.

—Pues piensa que la venganza será impresionante —susurra Caleb en mi oído.

—Caleb, por favor, recuerda que hemos hecho una tregua... —Lo miro con toda la cara de inocente de la que soy capaz.

—De eso nada, bonita. Has roto el pacto, me parece a mí.

—¡Chicos! —La cara de Caleb es impagable cuando oye la voz de Alice a sus espaldas. Aparece como un huracán, separándonos y poniéndose entre nosotros, agarrándonos el brazo—. ¿Qué hacéis aquí tan solitos? Se me hace muy raro veros hablar tan tranquilos... —comenta cantarina.

—De eso estábamos hablando precisamente.

—¿Está todo bien? ¿Qué os parece la comida? —Hábilmente se suelta de mi brazo y me da la espalda, arrinconando a Caleb. Él es más rápido y se lanza hacia los platos, dándonos uno a cada una.

—Ahora mismo te daré mi veredicto, a ver si puedo coger un buen trozo de carne... —Antes de terminar la frase, Caleb ya se está alejando de nosotras.

Alice lo mira marcharse, frunciendo ligeramente el ceño, aunque al ver que me he percatado de su expresión, vuelve a poner su sonrisa de Barbie.

—¿Tú sabías que Caleb era tan tímido?

—¿Cómo dices?

—Es tan reservado... Creo que le da un poco de corte estar conmigo.

—Si tú lo dices...

Cojo varias gambas y unos pinchos con frutas. Nel y las demás, seguidas de Robert y un plato lleno de comida hasta los topes, vienen en mi auxilio.

—¿Habéis probado el pastel de puerro? Es maravilloso... —Robert me mete un trozo bastante grande en la boca.

—Alice, la comida es un éxito, de verdad. Está buenísima.

—Gracias, chicos, me alegro de que os guste. —Alice toma una gamba minúscula y deja su plato abandonado—. Voy a ver cómo van con lo de la sala. Ahora os veo.

—¿Ya se ha dado cuenta de que Caleb pasa de ella o hay que escribirle un anónimo para explicárselo? —Nel la sigue con la mirada—. Se le ha quedado una sonrisa de cartón piedra.

—Dice que es muy tímido.

Robert se atraganta ruidosamente.

—¿En serio? Tiene más moral que el alcoyano.

—¿Por qué le habrá dado tan fuerte con Caleb? Se supone que estaba decidida a intentarlo con Jonás... —murmura Anaïs pensativa.

—Lo mismo cuando lo ha visto se le han quitado las ganas. —Sofía devora las gambas tan contenta—. La verdad es que con la pinta que tiene ahora mismo no la culpo. —Todos miran hacia Jonás, que come con la boca abierta mientras habla con un grupo cercano.

—La verdad es que cuando veo a tíos así, me doy cuenta de que mi marido es un Adonis. —Ríe Sofía, a quien habíamos tenido que apoyar psicológicamente el invierno pasado, cuando su marido comenzó a perder pelo a una velocidad alarmante.

Julen, Caleb y los demás del grupo de natación se unen a nosotros junto a la barra de las bebidas.

—¿En serio hay que ir obligatoriamente a lo del karaoke? —Ted se inclina hacia nosotros, hablando muy bajo—. ¿No hay ninguna forma de escaparse?

—Si tenéis alguna idea, somos todo oídos.

—No puede ser tan difícil. Esto es muy grande. —Caleb recorre el jardín con la mirada.

—Hagamos un grupo independiente de chat. —Anaïs, animada por los planes de escape, va apuntando los móviles que le faltan—. Tenemos que estar comunicados para estudiar la estrategia.

—A ver, chicas, creo que estáis exagerando. —Sofía, tan pacifista como siempre, quiere aportar su opinión—. ¿Qué creéis, que nos va a vigilar? Ya somos todos mayorcitos, no nos van a poner falta, ni que estuviéramos en el cole.

Todos nos miramos, jocosos.

—Vale, Sofía, tú sigue creyendo en Santa Claus. Por mi parte, pensaré en un plan para escapar. En cuanto se me ocurra algo, os cuento.

—¿Qué os parece la playa? Está lo suficientemente lejos para que no se anime a

buscarnos allí...

—Me parece buen plan, pero ahora deberíamos separarnos. —Robert deja de comer un segundo—. Si nos ve constantemente juntos, empezará a sospechar.

—Vale, estaremos en contacto.

Ted y Julen se marchan con los chicos del equipo de baloncesto.

—Lo que sí que os voy a pedir —Caleb me mira significativamente—, es que, por favor, no dejéis que se me pegue como antes... Si vuelve a estar así conmigo, será imposible que escapemos.

—Habla por ti. —Le pego un empujón cariñoso—. Vale, de acuerdo, pero creo que deberías estar todo el rato con los chicos. Hablad de guarrerías, así si se acerca, le dará corte quedarse con vosotros.

—Vale, eso se me da bien.

Caleb también se marcha con los demás.

—Y tú, ¿qué vas a hacer? —Miro a Nel, que estaba muy entretenida mirando a Julen—. ¿Al final te vas?

—No lo sé. Tengo curiosidad con Julen, pero Rubén está cañón. —Miran al camarero, que las saluda y les hace señas para que se acerquen—. Veremos qué tal va la noche.

—Vale, pero avísame por si huyes y no te encuentro.

—Ok, estarás informada. ¿Una copita para aguantar lo que nos espera?

El karaoke, como habíamos vaticinado, estaba siendo un verdadero horror. Nadie estaba lo suficientemente borracho para atreverse a cantar, y Alice, para salir del apuro, estaba sacando papelitos con los nombres de todos para obligarnos sutilmente a que la actividad siguiese su curso.

ANAIS: ¿HABÉIS PENSADO ALGO?

SOFIA: SÍ... LARGARME A LA HABITACIÓN A VER LA TELE, HA SIGLOS QUE NO VEO UNA PELICULA ENTERA.

CLOE: ¡VENGA YA, ANIMAOS! Y SI VAMOS DESAPARECIENDO UNO UNO?

ROB: ME PARECE ARRIESGADO. SEGURO QUE QUIERE CANTEMOS

JULIEN: ¿Y SI SALIMOS A CANTAR? ASÍ SE OLVIDA DE NOSOTROS RATO.

CLOE: ME PARECE BUENA IDEA, PERO DEBERIAMOS SALIR GRUPOS

ANAIS: ¡ESO ES UN CORTE!

NEL: TRANQUI, YO SALDRÉ CONTIGO. ¿HACE UNA DE ACE OF BASE?

JULIEN: ME PIDO QUEEN. ¡LOS TÍOS JUNTOS!

ROB: OLVIDAROS DE MÍ. NI DE COÑA.

En ese momento, Alice comienza su actuación estelar. Las primeras notas de *Like a virgin* suenan por los altavoces.

NEL: POR DIOS, NO ME DIGAS QUE TAMBIÉN VA A HACER COREOGRAFÍA.

CLOE: JA, JA, JA... ESTO ES SURREALISTA.

NEL: PERO ¡iiiiiiiiQUÉ...???!!!! OH, X DIOOOOSSS... ¡iiiiQUÉ COÑO HA TOMADO???

CLOE: NO LO SÉ, PERO YO TB QUIERO DE ESO.

Alice bota por todo el escenario, imagino que sintiéndose en su interior como la verdadera *Madonna*. La gente a nuestro alrededor había comenzado a jalearla, porque no hay nada más entretenido que ver a otra persona hacer el ridículo.

Julen se levanta para dejar el papel con la canción elegida, y Nel hace lo mismo a continuación.

NEL: VENGA, CLOE, TÚ TB TIENES QUE HACERLO. AL MEI CANTAS BIEN.

CLOE: NI DE COÑA.

Cuando le llega el turno a Julen, él y los chicos escenifican una versión desastrosa de *Show must go on*. La gente los aplaude fervorosamente.

JULIEN: ANIMADOS, CHICAS, AHORA EMPIEZA A SUBIR LA BEBI SERÁN MÁS AMABLES Y MAÑANA NO SE ACORDARÁN.

Sofía, Nel y Anaïs se manejan mejor con la canción de Ace of Base, y todos la tarareamos desde nuestros sitios. Veo que Alice se acerca a mí algo achispada.

—Cariño, ¿no te animas? Si cantas increíble. ¿Te apetece que cantemos juntas?

—¡¡CLOE, SAL AL ESCENARIO!!

Las dos miramos hacia el lugar de donde proviene la voz. Caleb ha subido al escenario y me tiende un micrófono.

—¡iiiiNooooo!!!! Ni de coña, me niego.

Las primeras notas de la canción más famosa de la banda sonora de *Grease* comienzan a sonar.

—¡Vamos, Cloe, es obligatorio! Tienes que ir, te está esperando! —Alice, con la sonrisa demasiado forzada, me empuja hacia la escalera del escenario.

Caleb me tiende una mano para acercarme a él y coger el micrófono. Me sonrío de

oreja a oreja, y lo miro con furia, incapaz de decir nada.

—I GOT CHILLS, THEY'RE MULTIPLYN...

Miro a las chicas, que me animan a seguir, vitoreándome. Así que esta es la venganza de Caleb... Muy bien, no le voy a dar el gusto de coger una pataleta.

—YOU BETER SHAPE UP, CAUSE I NEED A MAN...

Me lanzo y me olvido del público, empujando a Caleb con una mano contra su pecho. Olivia Newton John a mi lado es una aficionada. Caleb sonrío ante mi repentino ánimo y me coge la mano, sonriente. Seguimos cantando la canción, y en el estribillo, la gente se levanta y corea con nosotros. Hasta ahora está siendo la actuación más animada de toda la noche. Algunos sacan sus móviles y comienzan a hacer fotos y vídeos para la posteridad. Perfecto. Esto se recordará durante años.

Cuando terminamos la actuación, con baile completo incluido, la gente se vuelve loca aplaudiendo. Caleb me toma de la mano y hacemos una exagerada reverencia, agradeciendo los aplausos.

—¿Te ha gustado mi venganza, *Sandy*? —Caleb no puede parar de reír—. Ya sabes desde hace mucho tiempo que conmigo no se juega...

—Ya hablaremos, listillo. —En el fondo, aunque intento poner mi mejor cara de borde, no estoy enfadada. Hace mucho tiempo que no cantaba de esa manera y tengo que reconocer que me he divertido.

Me voy al baño a refrescarme un poco, y Nel me sigue.

—Guau, tía, habéis estado increíbles. —El alcohol que hemos ido tomando durante todo el día ya ha hecho efecto en Nel, que está eufórica y algo tambaleante—. Parecía que Alice se iba a comer su propia cabeza. Como siga sonriendo así, le va a dar un aire.

—Ja, ja, ja, no era mi intención, desde luego, pero qué quieres que te diga, de vez en cuando no le viene mal que no le salgan las cosas como ella quiere.

—No te iba a decir esto, pero no me puedo aguantar. —Nel se pone seria y me coge las manos—. ¿Te has dado cuenta de la buena pareja que haces con Caleb?

La miro estupefacta.

—¿Estás de coña? Venga ya... Ha sido solo una venganza por no haberlo salvado antes de Alice.

—Y cómo baila... —Nel me ignora completamente, risueña—. No quiero insistir, chica, pero como se mueva igual en la cama que en el escenario... Ufff... Deberías probarlo por si acaso.

—No digas tonterías, Nel...

—Si no quieres tú, a lo mejor hasta me animo yo...

Nuestros móviles empiezan a sonar al mismo tiempo.

CALEB: CHICAS, ES HORA DE LA HUIDA.

CLOE: ¿QUÉ PROPONES?

CALEB: SALID AL JARDÍN.

Salimos al jardín como nos ha pedido Caleb, caminando sigilosamente para no ser vistas, mientras nuestros niveles de adrenalina suben como un rayo. Cuando cruzamos la explanada, oímos un silbido que procede de los setos que hay en un lateral.

—Shhh, chicas, aquí. —Julen y Ted están escondidos detrás de las plantas.

—¿Cuándo habéis salido?

—Durante la actuación de estos dos. Era la mejor oportunidad. —Nel se fija en todas las bolsas que tienen junto a ellos.

—¿Qué es todo esto? Guuuu... —Se asoma a una de las bolsas y sonríe encantada —. Sí que lo tenéis todo controlado.

Nel me abre un poco la bolsa para que vea el contenido. Allí hay toda clase de bebidas y refrescos, e incluso algunas bandejas de canapés que han sobrado de la cena.

—Menudo botellón en condiciones que nos vamos a marcar...

CALEB: SOFÍA SALDRÁ EN UNOS SEGUNDOS. ESTAD ATENTOS.

NEL: OK.

En efecto, Sofia sale junto a Samuel, y más tarde les siguen Anaïs y Caleb. El escondite se queda pequeño para tanta gente.

—Falta Robert.

—Ha salido el primero, me ha dicho que nos espera en la playa.

Conseguimos salir del jardín sin ningún incidente, entre risas y los tintineos de las botellas que llevamos en las bolsas. Ted y Samuel cogen las que más pesan y se adelantan con Sofia y Anaïs, que van más rápido que nosotras porque no llevan tacón.

—Señoritas, sus carrozas. —Caleb y Julen se agachan delante de nosotras indicándonos a Nel y a mí que nos subamos a caballito. Nel lo hace de un salto y se ponen en marcha, con las carcajadas de los dos de fondo y Nel jaleándole para que corra más.

—¿Qué pasa, no subes? —Caleb se da la vuelta, mirándome interrogante.

—Espera, estoy intentando arremangarme un poco los pantalones. —Los pantalones de simil cuero, que tan mal he elegido para la ocasión, no han sido buena idea para esta noche. Con la humedad del ambiente se me han quedado pegados y no hay forma de que se muevan.

—Espera, te ayudaré.

—¡¿Cómo?!

Se ríe a carcajadas viendo mi cara.

—Tranquila, tranquila... —Caleb se acerca despacio en la penumbra. Pone una mano detrás de mis rodillas y el otro brazo bajo mi cuello y me coge sin esfuerzo.

—No, no, no, ni de coña, te vas a hacer daño, no puedes conmigo.

—¿Perdona? ¿Estás dudando de mi fuerza? Estoy totalmente en forma.

Me río ante su falsa indignación.

—¿Es que no sabes tratar a una mujer? Se supone que deberías decir que no peso apenas, no que eres como Hulk.

—¿Necesitas que te suba la moral?

—En absoluto. ¿Alguna vez me ha hecho falta?

Caleb me mira de arriba abajo, analizando mi cuerpo.

—Si alguna vez te hizo falta, debo decirte que ahora mismo no. —Me mira a los ojos, acercando su rostro al mío—. No estabas muy abierta a comentarios míos cuando he llegado, pero debo decirte que estás preciosa.

—Anda, anda, deja de decir tonterías.

—¿Tonterías? —Caleb se acerca aún más a mí, y las pulsaciones me suben repentinamente—. Siempre has sido muy guapa, Cloe, y bastante insoportable también, pero los años han jugado a tu favor.

Me mira sin nada de sarcasmo en sus ojos, y me siento confundida.

—Gracias.

—¿Gracias? —dice risueño—. ¿Ni un «tú también estás genial»? ¿Es que no sabes tratar a los hombres?

—Ja, ja, ja, gracioso. —Me fijo nerviosa en el camino. Aún queda un buen tramo para llegar a la playa.

—¿Y...? ¿Qué tienes que decir?

—Vaaale... —Estoy comenzando a marearme. El alcohol, combinado con esta situación tan surrealista y tan íntima, no está siendo la mejor idea que he tenido en la noche—. Estás guapo.

Caleb se ríe con ganas.

—Te lo puedes currar más. —Se acerca aún más a mí mientras sus brazos me estrechan con más fuerza.

—Está bieeen... Has mejorado un montón. Estás increíble.

—Mmmmm... Mucho mejor... ¿Algo más?

—¿A qué te refieres?

—¿Te pongo... —los labios de Caleb están ya tan solo a unos milímetros de los míos— cachonda?

—¡¡¡Caleb!!! —Le doy un puñetazo en el hombro mientras intento liberarme.

—Bueno, bueno... —Empieza a correr sin soltarme—. A lo mejor eso es pasarse, lo siento. —Sigue corriendo mientras ríe como un loco. Noto las mejillas ardiendo de la vergüenza que estoy pasando. Aún no me imagino cómo me he podido meter en esta situación ni cómo voy a salir de ella como no llegemos pronto a la playa.

Cuando por fin cruzamos el túnel que da acceso a la playa, Caleb me aprieta contra su cuerpo.

—¿Pues sabes qué? A mí sí. —Me deposita en el suelo suavemente, y me quedo de pie frente a él, demasiado cerca—. Me pones un montón, Cloe —susurra a mi oído, justo antes de salir corriendo hacia la playa.

V

Intento recuperar mi respiración normal y recomponerme un poco. No sé si es cosa del alcohol o de la huida, pero en este momento estoy alucinando. Jamás se me ha pasado por la cabeza vivir una situación semejante con Caleb. El tío que me ha hecho la vida imposible durante años... ¿y ahora lo pongo cachondo? Hace mucho tiempo que no siento esos cosquilleos en el estómago, pero... No, por favor, con Caleb no. No puede ser. No sé con seguridad si él ha cambiado tanto como parece, pero yo no lo he hecho, no lo suficiente. O no he olvidado del todo. Nunca lo reconoceré delante de las chicas, pero no estoy tonta. Por supuesto que me he fijado en lo atractivo que está ahora, y es posible que antes no me fijase por el odio que nos procesábamos, pero esto es una locura.

—¿Qué haces? —Nel se adentra en el túnel, desabrochándose los pantalones.

—¿Y tú?

—¿Tú qué crees? Me meoooo....

Me río mientras Nel se sumerge en la oscuridad del rincón.

—¿Y tú qué haces aquí como un pasmarote? ¿Te encuentras mal?

Aunque sé que me voy a arrepentir, estoy deseando contárselo.

—No te lo vas a creer, Nel, Caleb me ha dicho que...

—¿Qué? ¿Que le gustas?

—No exactamente. Que lo pongo cachondo, o eso es lo que me ha parecido entender.

—Vaya novedad. —Nel se sube los pantalones rápidamente.

—¿Qué dices?

—Cloe, en serio, los años te han dejado un poco oxidada. —Me peina el pelo con los dedos, con cara burlona—. Es obvio que le gustas, se le nota mucho.

—¿Tú crees?

Nel estudia mi rostro, ladeando la cabeza.

—La cuestión no es lo que yo crea, es lo que creas tú. ¿A ti te gusta?

Pienso la respuesta ante su atenta mirada. Nel se impacienta.

—Mira, cariño, no voy a ser pesada con el tema, así que te lo voy a decir solo una vez: tú le gustas, o lo pones, o como quieras llamarlo, y por alguna extraña razón, o no tan extraña, porque el chico está que cruje, a ti te está empezando a gustar. —Intento hablar, pero Nel me hace un gesto para que la escuche—. Sé perfectamente que si accediste a venir fue porque en el fondo querías volver a ver a Aiden, cosa que me

parece la peor idea que has tenido en años. Pero, por ahora, Aiden no ha aparecido. Te propongo que dejes la mente en blanco y no te comas el coco. Diviértete y deja que pase lo que tenga que pasar, porque hay veces que el destino tiene planes para ti que nunca imaginarías. —Me baja un poco más el escote de la blusa y saca un brillo de labios—. En serio, Cloe, creo que te mereces una noche loca.

Ante mi dudosa mirada, me da un beso en la mejilla, se retoca los labios y me coge de la mano.

—Y ahora, nena, nos esperan dos copas de champagne bien fresquitas.

—Sí, mamá.

—No te pases, bonita, pero espero que me hagas caso. —Tira de mi mano, riendo—. Andando.

Tres botellas de champagne después, ni me acuerdo de lo que ha pasado unas horas antes. Me embarga una sensación de libertad que hace mucho tiempo que no sentía. Sin trabajo, sin llamadas estresantes, sin ninguna reunión de última hora... Es realmente fantástico.

—Bueno, y tú, ¿qué te cuentas? —Julen se dirige a mí, completamente borracho—. ¿Cómo has llegado a escribir todos esos libros? Porque son bien calientes, bonita...

Lo miro confusa mientras los demás se ríen a carcajadas.

—No me digas que los has leído, Julen.

No puede evitar ponerse rojo de repente.

—Verás, cuando me divorcié, me volví durante un tiempo a casa de mis padres, hasta que pude organizar mi vida de nuevo. Mi madre está absolutamente enganchada con tus libros, y un día no pude evitar echarles una ojeada. —Carraspea, intentando disimular la vergüenza que está sintiendo con esa confesión—. Me quedé loco cuando vi tu foto en la contraportada, así que, aunque no es mi estilo, decidí leer alguno. Simple curiosidad.

—¿Y cuántos has leído exactamente?

—Ehm, pues ahora mismo no sabría decirte...

—Venga, Julen, no mientas. Te has leído todos. —Ted se burla de él, dándole un empujón cariñoso que casi lo hace volcar de lado.

—¿Tú también, chaval?

—Mi mujer es súper fan. La verdad es que desde que los lee... Digamos que está mucho más animada por las noches. Así que he tenido que leerlos para informarme del tema.

—Pues yo no los he leído. —Caleb me mira de forma extraña—. ¿De qué van?

—¿Básicamente? De mujeres fuertes e independientes que de vez en cuando no

dudan en dar rienda suelta a su deseo y se buscan a tíos con los que llevar a cabo todas sus fantasías —tercia Nel como si estuviese dando un discurso.

—En el fondo es la clásica búsqueda del amor... Con mucho sexo, mucho morbo y muy, muy explícito —añade Sofía, que me ha confesado que devora todos los libros que publico.

—¿Y de dónde sacas la inspiración? —Caleb me mira de forma extraña—. ¿O sale todo de tu imaginación?

—Obviamente, Amanda es clavadita a mí. —Nel levanta la cabeza con orgullo.

—¿Tú haces todas esas guarradas? —La cara de Julen se ilumina con lo que se le está pasando por la cabeza.

—Estoy tan buena como ella.

—¿Pero haces todo eso?

—Eh, chicos, no os compliquéis... —Intento que esa conversación no vaya a más, o Nel acabará diciendo alguna guarrada—. Los personajes y las situaciones no están basados en nadie en concreto.

—Pues sí que tienes una imaginación calenturienta, tía... —Julen me saca la lengua, burlón—. No te olvides de darme un autógrafo para mi madre, o me quedaré sin sus taper semanales.

—¿Y tú, qué es exactamente lo que haces? —Miro a Caleb, a ver si hay suerte y consigo desviar la conversación.

—Organización de eventos. —Caleb se encoje de hombros, sonriente—. Manager, ayudante de cocina cuando no llegamos en fecha, mejor amigo del que paga el sarao... Chico para todo, diría yo.

—No seas humilde, tío, te has forrado y lo sabes.

—Una cosa no está reñida con la otra.

—¿Manager? Podrías intentarlo con Cloe. No le dura ningún representante ni le que tarda en escribir un libro...

—¡Eh! Eso no es verdad. —Intento defenderme como puedo, pero Nel le hace señas a Caleb para que le haga caso a ella.

—¿Sigues siendo tan insoportablemente perfeccionista? —Caleb se ríe y me observa con curiosidad.

—Nel no sabe de lo que habla. —Le lanzo una mirada acusadora, pero ella pasa de mí—. El caso es que he tenido problemas con alguno últimamente, pero es porque no los necesito. —Caleb me mira interrogante—. Lo que necesito es un agente literario de los buenos, que negocie bien mis contratos y las promociones, no un listillo que lo único que pretende es que me pavonee de fiesta en fiesta y vaya a todas las inauguraciones absurdas que se le ocurra.

—Los negocios son más fáciles en esos ambientes, te lo digo por experiencia.

—Lo sé, pero la gracia de escribir con pseudónimo es no salir en público más de lo necesario. No lo necesito, ni tampoco mis lectores.

—Créeme, si te puede venir bien. —Caleb adopta un tono profesional, y Nel me mira, levantando una ceja—. La mayoría de las autoras que escriben ese tipo de novelas son de mediana edad y bastante del montón, por no ofender. Está bien que vean que eres una tía joven y moderna, la imagen vende mucho... ¿Por qué no nos reunimos un día? Estoy seguro de que podremos encontrar buenas ideas para promocionarte, tengo un montón de contactos que estarían encantados de oír alguna propuesta.

—Me lo pensaré, pero no te prometo nada.

Sofía bosteza sin ninguna discreción.

—Perdonadme, chicos, pero yo me voy a la habitación. No puedo ni con mi alma.

—Espera, me voy contigo. —Anaïs se levanta y le tiende una mano a Sofía para ayudarla—. Estoy deseando quitarme toda esta arena.

Samuel y Ted se ofrecen a acompañarlas.

NEL: TIENES QUE AYUDARME.

CLOE: ¡¡¿¿CÓMO??!!

NEL: CON JULEN, TONTA.

CLOE: ¿PERO TÚ NO TE IBAS CON RUBÉN? NO TE ACLARAS.

—¿Qué hacéis, chicas? —Julen intenta leer la pantalla del móvil de Nel, pero ella lo aparta a tiempo—. No seas cotilla.

—¿La última, chicas? —Caleb levanta la última botella de champagne—. Prometemos escoltaros hasta vuestras habitaciones.

—Palabra de *boy scout*.

Nel y yo nos miramos y nos echamos a reír.

—De perdidos al río. —Le tiendo la copa a Caleb, que la llena hasta el borde.

Los cuatro brindamos entre risas. Nel se la bebe de un trago y mira a Julen con los ojos entornados.

—¿Hasta dónde me escoltarás, *boy scout*?

—Hasta su puerta, señorita, por supuesto.

—¿Y si te digo que me acompañes hasta un poquito más adentro? —Julen, que está bebiendo en ese momento, casi se ahoga de la impresión—. ¡¿Qué?! No me mires así, lo digo para que te asegures de que llego bien a la cama.

Julen no se lo piensa ni un momento. Sin mediar una palabra más, entre otras cosas porque le está empezando a costar un gran esfuerzo, tira al suelo la copa y se levanta

de un salto, cogiendo a Nel y llevándosela como un saco de patatas. Oímos como, mientras se alejan, Nel se ríe encantada.

—A eso lo llamo yo ser sutil.

Me río a carcajadas, con demasiado champagne en el cuerpo como para contenerme.

—Nel es un *crack*. De mayor quiero ser como ella.

—Y eso, ¿por qué?

—Buah, porque... Es genial... Me encantaría poder decir las cosas como ella, sin filtros, sin dar vueltas a las cosas.

—Pues eso es solo coger práctica.

—No es tan fácil... —Me tumbo en la arena, mirando las estrellas.

—Prueba. —Caleb se coloca a mi lado—. Si quieres practicar, dime lo que piensas de mí.

—Nooo, Caleb, no empecemos otra vez.

—Dime al menos lo que pensabas de mí cuando éramos adolescentes.

Me río con ganas ante su propuesta.

—¿Estás seguro? No quiero que te pilles un trauma...

—Considéralo parte de la terapia para perdonarme y olvidar. Adelante.

—Vale, tú lo has querido. —Me incorporo sobre los codos, intentando decidirme por dónde empezar—. Veamos: además de un tío repelente y muy, muy amanerado, me parecías el estúpido más grande que había conocido nunca. Te creías don Perfecto, y me dabas bastante grima. Además de tus bromas crueles, que no hacían gracia más que a ti y a los que se reían contigo para no tenerte en su contra. El hecho de que tus padres sean tremendamente ricos era un añadido más para que resultases tremendamente vomitivo. Y encima el mejor de la clase, pelota con los profesores, capitán del equipo de natación...

—Vamos, una versión tuya pero masculina...

—¡Qué dices! Nada que ver.

—¿Y eso de amanerado? ¡¿En serio?!

No puedo evitar reírme como una loca.

—Sí, estoy siendo totalmente sincera. Nunca te ibas con ninguna chica, no tuviste novia...

—¡Estaba demasiado ocupado con mi vida académica!

—Vale, perdona, pero no parecía que te gustase ninguna, siempre estabas con los chicos del equipo...

—Eh, eso no es verdad, claro que me gustaban las chicas.

—¿Quién?

—¿¿Quién??

—Sí, quién. —Lo miro intentando enfocar la vista con toda la penumbra de la playa—. Si me has pedido que sea sincera, tú también tendrás que serlo.

—Pues... Venga, vale, me gustaba bastante Elsa.

—¿La hermana de Sofía?

—Sí, era mayor, más madura y me trataba como un tío adulto.

—Vaaale... Acepto tu respuesta. —Dudo un momento de lo que le voy a decir a continuación, pero decido arriesgarme—: ¿Y por qué me odiabas?

—¿¿Qué?!

—Ya lo has oído. —Me vuelvo a tumbar, porque la cabeza me está empezando a dar vueltas—. Si estamos siendo sinceros, creo que es el momento ideal para saberlo. —Lo miro expectante—. Considéralo parte de mi terapia.

—Bien, vale. —Caleb se vuelve a dejar caer en la arena y suspira—. Sé que esto va a ser una decepción para ti, pero en realidad no te odiaba.

—¿¿Qué?! Venga ya, Caleb...

—No, en serio. —Se apoya con el codo izquierdo en la arena y me mira—. Nunca te he odiado, aunque a veces resultases bastante irritante.

—Entonces... ¿Por qué siempre tratabas de ponerme en ridículo?

Caleb suspira de nuevo.

—¿Tú sabes eso de cuando un niño pequeño tira de las trenzas a la chica más guapa de su clase? Pues eso, era una forma de llamar tu atención.

Prefiero no mirarlo. Sé que mis mejillas están completamente rojas y estoy segura de que incluso en medio de esta penumbra me lo notará.

—Cloe... Siento que pensaras eso de mí, pero imagino que me lo merezco.

Permanecemos en silencio unos minutos mientras observamos las estrellas.

—¿Caleb?

—¿Mmmm?

—Tengo que reconocer que durante todos estos años, en algunos momentos, he pensado que a lo mejor distorsioné la realidad y exageré un poco las cosas —intento explicarme, pero no sé cómo—. Incluso las chicas me dicen ahora que no eras como yo me imaginaba y que resultabas bastante simpático.

—¿Y te lo dicen ahora? Pero si yo era majísimo...

—Tampoco te pases...

El ambiente entre los dos se relaja al instante.

—¿Te acuerdas cuando me pegaste una nota en el pelo diciéndome que no ganaría

el campeonato? —Me incorporo para mirarlo, y él se hace el distraído—. Tuve que cortarme varios mechones de pelo para poder quitármelo.

—Pues la verdad es que no me acordaba, pero ahora que lo dices...

—Yo sí que me acuerdo, créeme. ¿Y cuando me cambiaste el forro del bañador? Casi me muero de vergüenza...

—Reconoce que fue un trabajo muy fino...

—Muy fino el espectáculo que di saliendo de la piscina con aquel bañador que era casi transparente...

—Vale, vale, a lo mejor me pasé un poquito...

—¿Un poquito? ¡¿En serio?! —Me acuerdo de una cosa de repente—. Hay algo que siempre he querido saber y creo que tú me lo puedes aclarar, porque alguien me dijo que te había visto por allí... Pero ¿qué pasó con mi medalla del campeonato? Nadie pudo encontrarla nunca...

—Pues... —Caleb pone cara de inocente—. Es posible que esté en casa de mis padres, junto con el montón de medallas que gané yo por esos tiempos.

—Serás... —Le pego un puñetazo en el brazo—. Me habría hecho ilusión tenerla.

—Entonces prometo buscarla. ¿Y tú, qué me hiciste...? Espera, que no me acuerdo de todas... ¿El agujero en el bañador?

—No era un agujero, eso te lo hiciste tú solito, yo simplemente dejé las costuras algo más sueltas...

—¿Y la pintura permanente de los pies?

—Te decoré las chanclas, fue solo un detalle por mi parte...

—¿El cero en el trabajo de lengua?

—Bueno, en eso tengo que decir que yo también me tuve que sacrificar, porque estaba contigo en el equipo...

Caleb se ríe encantado.

—Vale, vale, reconozco que yo también hice lo posible por crear una guerra entre nosotros, pero de verdad que lo siento.

—Oye... ¿Y qué pasó con eso de estudiar arte? Pensé que trabajarías en un museo...

—Ya. Otra cosa de la que ya no me acordaba... —Me tumbo de lado, mirándolo—. ¿Sabes? Me imaginaba que ser arqueóloga consistiría en una aventura constante, recorriendo el mundo en busca de tesoros perdidos... Pero cuando empecé la carrera y vi la cruda realidad... Al saber que en una excavación normal se tardaban años en encontrar algo y que lo único que se hacía era cribar arena todo el día, se me quitaron las ganas de seguir adelante. En el fondo quería ser como Indiana Jones y...

—¿Cloe?

—¿Qué?

—No pienses que me aburro ni nada de eso con lo que dices, pero cuando creas que has terminado de contármelo, avísame.

—¿Por? ¿Te vas a echar un sueñecito?

—No, nada de eso. Solo te voy a besar.

Me quedo completamente muda, con la mirada fija en los ojos de Caleb, que estudia mi reacción.

—Joder, perdona, Cloe, pero es que lo estoy deseando...

Caleb se pega a mí y junta sus labios con los míos, sin darme tiempo a reaccionar. Lentamente, consigue abrir mi boca y muerde con suavidad mi labio inferior. Siento que me mareo y el suelo va desapareciendo poco a poco.

—Caleb... —consigo susurrar—. No creo...

—Por favor... —Caleb pone suavemente un dedo sobre mis labios—. Déjame probarte, Cloe.

Se tumba sobre mí, cogiendo mi rostro entre sus manos. No puedo evitar abrir instintivamente mis labios ni resistirme a sus caricias. Su lengua explora todos los espacios de mi boca mientras su cuerpo intenta abrirse paso entre mis piernas. Mis músculos ceden al instante. Me encuentro en un estado de relajación en el que no puedo imponerme ante nadie, y menos aún frente a él.

Caleb enreda sus dedos entre mi pelo, tocando todos mis puntos sensibles. Jadeo sin poder evitarlo, abriéndome más a él, agarrándolo y acariciando su cuello bronceado. Él comienza a frotarse suavemente contra mí, provocando escalofríos por mi espina dorsal. Me zafo de él y lo tumbo de espaldas contra la arena.

—Pero...

—Shhh, quiero verte...

Recorro con las yemas de mis dedos su rostro, su mandíbula, sus labios, sus cejas... Aquel rostro que conozco tan bien y a la vez me resulta tan desconocido. Caleb abre los labios, besando mis dedos, y me atrae hacia él, acariciando mi espalda mientras volvemos a besarnos, cada vez con más intensidad.

—Shhh... Escucha. —Unas voces se acercan por el túnel—. Vienen hacia aquí.

—Vamos a escondernos.

Corremos hacia las rocas cercanas mientras las sombras de dos personas se perfilan por el túnel.

—Joder, si es Alice...

—Shhh... —Caleb vuelve a besarme, haciendo que me calle al instante.

Alice pasa junto a las botellas abandonadas, aunque ni se percata de que están allí.

Está muy ocupada intentando desnudarse mientras va hacia la orilla.

—¿Ese es Jonás? —Caleb mira al acompañante de Alice, intentando enfocar—. Joder, se van a bañar...

—¿Y ahora qué hacemos?

Caleb mira alrededor, buscando otra salida. Señala a la derecha, hacia unas rocas cercanas.

—Si nos vamos por allí, seguro que en algún momento podremos trepar hacia el camino.

—Ni lo sueñes.

—¿Qué quieres, que nos vean? A mí me da igual...

—No, es mejor que no. Si se entera Alice, no tardará ni un segundo en contárselo a todo el mundo y mañana somos portada de la página web.

—Hombre, no creo, teniendo en cuenta con quien está ella...

Miro hacia la playa. Alice está prácticamente desnuda, ayudando a Jonás a quitarse la ropa mientras baila sensualmente alrededor de él.

—Es increíble lo que se ha echado a perder ese tío. Antes era bastante majo... —comento, sin apartar la vista de ellos—. Tienes razón, intentemos pasar desapercibidos, pero si nos pillan, probablemente será ella la avergonzada.

Esperamos a que vayan hacia la orilla y, aprovechando que están de espaldas, corremos hacia el túnel de acceso. Caleb espera a que estemos fuera de su campo visual y me aplasta contra una de las paredes, besándome intensamente. Me apoyo en el muro y abrazo su cadera con mis piernas, sintiendo la enorme erección de Caleb contra mí. Al segundo ya estoy completamente húmeda. Caleb mete la mano bajo mi blusa y roza el encaje de mi sujetador, haciendo que mis pezones se endurezcan al instante. Comienza de nuevo a friccionarse contra mí, y jadeo en su boca.

—No llegaré a la habitación...

—Yo tampoco...

Sin pensarlo dos veces, me desabrocho el pantalón y milagrosamente baja sin esfuerzo de un tirón. Caleb mete los dedos bajo mi minúsculo tanga, apartándolo a un lado.

—Oh, Cloe, estás empapada...

De una sola embestida lo tengo dentro, sintiendo como su erección va en aumento, aunque eso sea casi imposible. Caleb comienza a moverse con fuerza, levantándome la blusa y bajándome el sujetador, hasta que mis pechos quedan libres frente a él. Juega con mis pezones con la punta de su lengua, arrancando gemidos cada vez más fuertes de mi garganta, que hacen eco en el túnel. Me tapa la boca con la mano.

—Shhh, nos oirán —susurra entre jadeos.

Aquello me pone aún más a tono. Caleb utiliza la mano libre para masajear mi clítoris, y me tenso contra la piedra irregular de la pared, que se me clava en la espalda. Cierro los ojos y un espasmo me recorre todo el cuerpo. Caleb nota la sacudida y aumenta el ritmo, besándome de nuevo de forma salvaje.

—No puedo más, Cloe... —Caleb me mira a los ojos, y siento que me hipnotiza, llegando los dos juntos al orgasmo. Caleb apoya la cabeza en mi hombro, besando mi piel, y lentamente, con mucho cuidado, sale de mí.

—Joder, tía... —susurra, besándome de nuevo, esta vez dulcemente. Un escalofrío recorre mi piel.

De repente me siento absurdamente desnuda ante él, como si después de tantos años me hubiese descubierto. Recojo la ropa y, aún bastante turbada, comienzo a vestirme lo más rápido de lo que soy capaz. Caleb me mira sorprendido, pero comienza a hacer lo mismo con su ropa.

Cuando termina de vestirse, se queda observándome mientras me coloco la blusa.

—¿Te pasa algo?

Intento rehuir su mirada disimuladamente.

—No, nada, pero será mejor que nos vayamos.

Comenzamos a andar en silencio, concentrados en el oscuro camino. Caleb me tiende la mano.

—Sube.

—No sé si...

—Cloe, si no subes, tardaremos siglos en llegar.

Sin dejarme tiempo a réplica, me coge sin ningún esfuerzo y me coloca en su espalda.

—En serio, si peso demasiado...

—Shhh, no digas tonterías.

VI

Me relajo sin pensármelo, abrazándome al cuello de Caleb. Aún no puedo creer lo que acabo de hacer, pero aquí estoy yo, unas horas antes pensando que era mi eterno enemigo y ahora protagonizando una escena de sexo de lo más tórrido... Y lo peor de todo es que no estuvo nada mal.

Caleb no me suelta hasta que no llegamos al ascensor del hotel.

—Estoy en el tercer piso.

Sin hacerme ni caso, pulsa el botón del cuarto piso. Cuando voy a darle al tercero, me agarra la mano, empotrándome contra el espejo del ascensor.

—No te vas a escapar.

Al llegar al cuarto piso, Caleb tira de mí hacia la última puerta del pasillo, abriendo hábilmente y cerrando tras él.

—¿No compartes la habitación?

—No, pero voy a compartir mi cama contigo.

Pasa un dedo por mi cuello, erizando mi piel al segundo. Poco a poco aparta mi pelo hacia atrás suavemente mientras su dedo sigue por el borde de la blusa. Un escalofrío recorre mi cuerpo, y él esboza una sonrisa de confianza. Sin dejar de mirarme a los ojos, baja su boca hacia la clavícula y empieza a besarme suavemente mientras me abraza la cintura y me guía suavemente hacia el interior de la habitación. Siento como todo da vueltas a mi alrededor a medida que la boca de Caleb va bajando por mi cuerpo.

—Quítatela —me dice, casi ordenándome, mientras me mira a los ojos fijamente.

Me saco la blusa por la cabeza y la tiro al suelo, esperando nuevas órdenes. Caleb hace lo mismo con la suya y vuelve a besarme, dándome la vuelta y pegando su cuerpo en mi espalda para que sienta su calor. Desabrocha mis vaqueros y mete sus pulgares bajo el encaje de mis bragas mientras me besa los hombros. Me guía poco a poco hacia la cama, tumbándome boca arriba y me cubre con su cuerpo.

—Bésame —me ordena.

Lo beso intensamente, abriendo sus labios con mi lengua, abrazándome fuerte a su cuello y tirando de su cuerpo contra mí. Intento aprovechar la situación para cambiar las posiciones y subirme encima de él, pero Caleb me agarra las muñecas y me lleva los brazos por encima de la cabeza, aprisionándome entre la cama y su cuerpo.

—Ni hablar. Quiero tenerte así.

Sonríe de medio lado, como lo he visto hacerlo durante tantos años, pero a

diferencia de todas esas veces, ahora no siento ganas de matarlo. Mientras forcejeo intentando soltarme las manos, mete una de sus rodillas entre mis piernas, y al momento siento la fricción de su erección en mi entrepierna. Se me escapa un jadeo de puro placer.

—Así me gusta...

Baja su boca hacia el sujetador de encaje que aún llevo puesto. Siento el calor de su aliento sobre mis pezones, que al segundo se endurecen. Cierro los ojos, intentando contenerme, mientras noto como sus dientes rozan el suave tejido. Me libera las manos y me quita de un tirón los pantalones, dejándome solo con mi carísima lencería. Pero al ver la expresión de Caleb, sé que ha valido la pena hasta el último euro que ha costado.

—Dios... Cloe... —Entorna los ojos, mirándome con deseo. Se desabrocha los pantalones, bajándolos y tirándolos al suelo. Sonríe, y no puedo evitar intentar cerrar un poco las piernas, turbada.

Trepa de nuevo por encima de mi cuerpo, acariciando lentamente mis piernas. Cuando llega al vientre, se detiene, mirándome de nuevo. Intento no moverme ni jadear, mordiendo mi labio inferior, con los ojos cerrados. Quiero que me arranque las bragas ahora mismo y se hunda en mí hasta hacerme gritar, pero Caleb está jugando a un juego que me va a volver loca. Baja su boca hacia mi vientre mientras mi piel se eriza a su paso. Muerde el borde de mis bragas, soltándolas con fuerza, y aquel pequeño latigazo en mi piel deja escapar el gemido que tano intentaba contener.

Baja mis bragas lentamente por mis piernas mientras su respiración cada vez está más agitada. Sé que con esa lentitud está intentando alargar el momento y controlarse para hacerlo más intenso, pero yo no puedo más. Lo miro con deseo mientras comienza a besarme el pie izquierdo y va subiendo por mi pierna, con pequeños mordiscos que me producen escalofríos. Cuando llega a la altura del muslo, vuelvo a gemir descontrolada mientras mi corazón se pone a mil. Sube un poco más, e inconscientemente me abro a él, abandonada a su boca.

En ese momento, Caleb cambia radicalmente su ritmo contenido. En cuanto su lengua entra en contacto con mi clítoris, comienzo a jadear sin control, agarrándolo y tirando suavemente de su pelo. Se vuelve loco y chupa, lame y mordisquea hasta que mis gemidos retumban por toda la habitación.

—Caleb... Ven...

Tiro de él como puedo hasta situarlo encima de mí. Estoy al borde del orgasmo y necesito sentirlo dentro de mí ahora mismo. Caleb pasa sus brazos por debajo de mis rodillas y comienza a embestirme sin compasión, jadeando conmigo. Comienzo a sentir espasmos de placer, y Caleb enseguida aumenta el ritmo, jadeando conmigo.

Me agarro al cabecero de la cama y cierro los ojos con fuerza.

—Dios... Cloe...

Nos corremos juntos, sintiendo como la humedad brota entre el calor de los dos, pero Caleb no se detiene. Continúa embistiéndome hasta un rato después cuando, desfallecido, se derrumba agotado.

Acaricio su espalda, rozándolo con mis uñas, mientras escondo mi cara en el hueco de su cuello. Ha sido, con diferencia, el mejor sexo que he tenido en años, sin contar con el arrebató que hemos tenido un rato antes en la playa. Con Chris, las cosas eran tan diferentes, tan correctamente británicas, que no se acordaba de lo que era dejarse llevar, gritar como una loca cuando llegaba esa deliciosa oleada de deseo y caer desfallecida después de tanto placer.

Caleb aún no ha salido de mí, y vuelvo a notar como vuelve a tener una erección. Comienza a mover la cadera en círculos lentamente, y noto unos nuevos cosquilleos allí abajo, aunque me parece casi imposible comenzar de nuevo. Me mira a los ojos y me besa en la boca, acompasando los movimientos de su lengua con los de su cadera. Siento de nuevo mis pezones ardiendo mientras se rozan levemente con su pecho en cada embestida. Como si adivinase mis pensamientos, Caleb deja de besarme y concentra su boca en mi pecho, succionando cada pezón y pellizcando mientras acelera el ritmo. Vuelvo a tener otro orgasmo, que Caleb corresponde, cayendo al rato a mi lado sobre la cama, exhausto.

Cierro los ojos, estirando mi cuerpo sobre la cama, junto a él, aunque apenas nos rozamos. Aún intentando normalizar la respiración, Caleb busca mi mano y comienza a jugar con mis dedos, llevándosela a los labios y besándola suavemente.

—¿Estás... quieres algo?

—Mmmm... Agua.

Se levanta y va hasta el mini bar, cogiendo dos botellines de agua. Observo su cuerpo en todo su esplendor mientras tensa sus músculos. Vuelve de nuevo a la cama, tendiéndome el agua.

—Gracias.

Me bebo toda la botella sin parar hasta que llego a la última gota. Caleb hace lo propio con la suya, sin dejar de mirarme. Levanto una ceja, interrogante, y él sonrío, tira la botella en la papelera y se tumba de nuevo en la cama junto a mí.

Suspiro, cerrando los ojos. Odio este tipo de situaciones, que se vuelven tensas por no saber si decir algo o alargar este silencio opresivo.

—Tú tampoco sabes qué decir, ¿no? —suelto de repente, sin poder aguantar más.

Oigo la risa de Caleb a mi lado.

—Podría decir muchas cosas, pero seguro que pensarías que soy un perverso.

Sonrío, aún con los ojos cerrados, y me doy la vuelta de lado.

—Creo que debería irme...

—Quédate, por favor...

—Necesito dormir, Caleb.

—¿Y? —Pone un brazo sobre mi cintura, acariciando mi piel—. Puedes hacerlo aquí.

—No sé...

—Mira, Cloe... —Entreabro los ojos. Caleb está incorporado sobre un codo mirándome—. Sé que esto es un poco raro, pero me gustaría que te quedaras. Prometo portarme bien y no tocarte ni un pelo.

¿Ah, no? ¿Ya no hay más? Me sacudo esa idea de la cabeza. Me está empezando a doler todo el cuerpo y la verdad es que, además del mareo que tengo encima, no me apetece volver a vestirme, aunque me siento muy vulnerable completamente desnuda.

—Vaaale... —cedo mientras los ojos se me vuelven a cerrar. Caleb me besa suavemente en los labios y se levanta de la cama. Oigo como trastea por la habitación hasta que siento algo suave en mis manos.

—Toma, pónitela, o no podré cumplir mi promesa.

Me pongo la camiseta que me ha prestado y al segundo todo mi cuerpo queda impregnado de su olor. Sin pensármelo, me meto entre las sábanas y me abrazo a la almohada, cerrando los ojos al segundo, disfrutando de lo a gusto que estoy allí metida, tan calentita. Siento el peso de Caleb tumbándose en la cama. Poco a poco se acerca a mí y se adapta a mi cuerpo, enterrando su cara en mi pelo y pasando su brazo por encima de mi cintura, en actitud protectora. Siento esa situación tan extraña y tan familiar que me pongo tensa al instante. Caleb, adivinando mi incomodidad, busca mi mano y la aprieta fuerte, al tiempo que pasa una de sus piernas por encima de las mías, acercándose un poco más a mí. Noto el latido de su corazón y su respiración tranquila, y mientras besa mi pelo, comienzo a quedarme dormida y, sorprendentemente, muy relajada.

Me despierto como si una alarma imaginaria retumbase en mi cabeza. Sigo dormida en la misma posición, con las manos de Caleb entrelazadas entre las mías. Intento separarme de él lentamente, sin despertarlo, cojo el móvil y me voy descalza hasta el baño, cerrando suavemente la puerta.

Cuando por fin consigo echar el pestillo, me desplomo en el borde de la bañera. Aún no entiendo que pudo haber pasado anoche. Está claro que el alcohol ha jugado un papel importante, pero... ¡Caleb! Si me hubiesen contado todo esto dos días antes, me habría cortado un brazo para evitar que pasase. Y, sin embargo, ahora estoy aquí, encerrada en un baño de una habitación que no es la mía, con un tío en la cama que

espera al menos un «hasta luego» antes de marcharme.

Echo un vistazo al móvil. Son las ocho de la mañana, así que aún estoy a tiempo de volver a mi habitación sin que nadie se percate de mi ausencia. No tengo ningún mensaje, y es muy posible que los demás estén en un estado comatoso muy similar al mío, a saber en qué cama.

Me peino con los dedos lo mejor que puedo, lavándome la cara con agua fría y robando un poco de enjuague bucal de Caleb. Así estoy mucho más presentable. No es que esté en mi mejor momento, pero al menos mis pestañas ya no tienen pegotes de rímel. Me estiro la camiseta de Caleb contra los muslos. Apenas me baja de la cadera y si levanto los brazos, se puede apreciar claramente que no llevo bragas, pero no las he visto por la habitación.

Abro la puerta del baño y me asomo sigilosa. Caleb sigue en la misma postura en que lo he dejado y por la expresión de su cara, está plácidamente dormido. Recojo mi ropa del suelo y me siento en el borde de la cama, quitándome la camiseta y poniéndome el sujetador. Cuando estoy abrochando el cierre, unos brazos me rodean la cintura.

—Buenos días... —susurra mientras tira de mí hacia atrás.

—Caleb... Me tengo que ir...

—No, ni hablar... —Comienza a besarme suavemente la espalda.

Me doy la vuelta y lo miro. Caleb, con los ojos entornados y el pelo revuelto, me mira sonriente, sin dejar de acariciarme.

A la mierda... La verdad es que no tengo ninguna gana de irme, y por un ratito más tampoco van a cambiar tanto las cosas.

Acaricio el torso de Caleb, quitándole la sábana de un tirón. Puedo notar su erección matutina en cuanto me pongo a horcajadas sobre él. Lo beso con deseo en la boca. Él deja escapar un jadeo, y lo inserto en mí de un solo movimiento, quedándome quieta mientras lo noto ocupando todo mi espacio. Lentamente comienzo a galopar sobre él. Caleb se incorpora y me lame los pezones suavemente, acariciando mi clítoris con su pulgar, hasta que noto que estoy al borde del orgasmo. Los movimientos se hacen cada vez más rápidos, y caemos juntos en la cama mientras llegamos a la vez al éxtasis. Caleb me besa ardientemente, jugando con mi lengua mientras vuelve a empalmarse y se mueve dentro de mí en círculos. Gimo agotada, sintiendo un escozor que hacía mucho tiempo que no sentía.

—Caleb... No puedo más...

Él sonríe, mordiéndome el labio inferior.

—Solo un poquito más, ahora no puedo parar...

Sigue con sus movimientos circulares mientras me dilato y noto la humedad

cayendo por mis muslos.

—Dios, Caleb...

Comienzo a moverme de nuevo sobre él, echándome hacia atrás, con los ojos cerrados. Caleb me masajea con sus pulgares el clítoris, aumentando la sensación de humedad dentro de mí. Comienzo de nuevo a jadear, y Caleb aumenta el ritmo de sus movimientos hasta que me desplomo sobre él.

—Lo siento... No aguantaba más.

Coge mi rostro entre sus manos y me besa de nuevo.

—Ha sido perfecto —dice con voz entrecortada mientras intenta normalizar su respiración.

Me tumbo junto a él, siguiendo su ejemplo e intentando serenarme.

—Ahora sí que debería irme.

Caleb coge el móvil de la mesilla.

—Solo son las nueve, Cloe. ¿Tienes prisa? —susurra, rodeándome con sus brazos.

—Debería volver a mi habitación antes de que salgan los demás, ya sabes.

Caleb me echa una mirada indescifrable.

—¿Sería tan horrible que te vieses conmigo?

—No es eso... Pero no quiero que empiecen a cotillear.

—Ya.

Lo miro sorprendida.

—Espera, Caleb... No sé qué pensar de todo esto, en serio, y me gustaría darme una ducha y ponerme algo limpio. —Le sonrío, dudando, y me coge la mano.

—Si es por eso, lo entiendo, pero déjame que te acompañe.

—No, de verdad, prefiero ir sola.

No soy capaz de mirarlo de nuevo. Si me vuelvo, seguramente me quedaré en aquella habitación encerrada todo el día, y necesito aclarar las ideas.

Me visto, intentando no hacerlo demasiado deprisa, mientras noto la mirada de Caleb taladrándome la espalda. Después de estar con él toda la noche, quizás es este el momento en el que más turbada me siento. Caleb me está viendo en todo mi esplendor, a la luz del día, y me siento totalmente desprotegida.

Cuando ya me voy hacia la puerta, siento como se acerca, y no puedo evitar sonreír.

—Nos vemos luego, supongo.

—Qué remedio. —Sonríe burlón, acariciándome el pelo—. Lo he pasado muy bien, Cloe.

Sin dejarlo decir una palabra más, le doy un casto beso en los labios y agarro el

picaporte.

—Bueno, pues... Hasta luego.

Abro un poco la puerta y cuando compruebo que no hay nadie en el pasillo, corro hacia la escalera. No quiero mirar hacia atrás porque sé que Caleb me sigue observando desde la puerta.

Consigo llegar hasta mi habitación sin cruzarme con nadie y suspiro aliviada. Ahora todo es cuestión de encontrar la maldita tarjeta de entrada y esconderme bajo las sábanas el mayor tiempo posible. Justo cuando la luz verde se digna a aparecer en la cerradura magnética, la puerta de al lado se abre sigilosamente.

—Ehhh... Hola. —Julen sonrío torpemente, corriendo hacia las escaleras como he hecho yo hace unos segundos.

Sonrío ante la situación, y mi cabeza se llena de pequeños pinchazos. Vamos, que, literalmente, veo las estrellas.

Aquel va a ser un día muy muy largo.

VII

El sonido repetitivo de mi móvil me despierta tres horas después. Tanteo la mesilla en su búsqueda, intentando no abrir los ojos ante la claridad de la habitación. Pero allí no está y si no lo encuentro pronto, tengo la sensación de que ese sonido me producirá una embolia. Al abrir los ojos, trato de no espantarme ante el estado de la habitación: en cuanto cerré la puerta esta mañana me he desnudado, dejando la ropa tirada de cualquier manera, y me he escondido bajo las mantas y un edredón que en ese momento me ha parecido muy buena idea. Ahora, con el pelo chorreando y sudando como si saliese de la sauna, me parece que ha sido un pelín excesivo. Localizo el bolso y saco el puñetero móvil, quitándole el sonido con la mayor rapidez de la que soy capaz.

Alice parece haberse levantado de muy buen humor y solo cuarenta *whatsapp* más tarde ha empezado a perder la paciencia. Su último mensaje no da lugar a error.

ALICE: EN 20 MIN OS QUIERO ABAJO A TODAS.

Al parecer, o Robert está excluido de la orden, a pesar de estar dentro del grupo, o lo ha incluido maliciosamente en el entre las chicas.

Miro el reloj. En veinte minutos va a ser realmente imposible volver a ser persona. Y por las respuestas de las demás (es decir, ninguna), parece que nadie ha amanecido aún. Abro los grifos de la bañera y espero hasta que el vapor inunde el baño. Aunque ya hace demasiado calor, un baño de espuma me vendrá de maravilla. Echo todos los potingues que encuentro y me recuesto en el agua, resbalando por la pared y sumergiéndome completamente. Cuando los únicos sonidos que capto son los del agua, me siento por fin en paz. Desde pequeña es lo único que produce en mí ese efecto. El agua es mi elemento y si hubiese sido posible, habría vivido como una sirena, como cuando jugaba de pequeña en el mar.

Cuando saco de nuevo la cabeza, me siento mucho mejor. A pesar de la resaca que amenaza con venirse encima, me siento muy bien de momento, como hace tiempo. Tengo que reconocer que la locura que he hecho la noche anterior parece haber revivido mi cuerpo como si hubiese rejuvenecido diez años. El problema va a ser ahora encontrarme con Caleb. No seré capaz de mirarlo como si nada si por una sola décima de segundo se me ocurre recordar cómo me ha tocado, como hemos encajado por fin en algo. Con sorpresa, me percató de que me estoy excitando. Hasta hace unos días, mi vida sexual era absolutamente inexistente, y ayer... Tanto sexo en unas horas es recuperar los años perdidos en un tiempo récord.

Suspiro al oír la vibración del móvil. Si no me pongo en marcha pronto, vendrán a buscarme, y es algo que no me apetece lo más mínimo. Mientras la bañera se vacía, me doy una refrescante ducha rápida y sopeso las opciones de vestuario. No tengo ni idea de lo que ha organizado Alice para esta mañana, pero quiero estar guapa. Elijo unos vaqueros ajustados y una camiseta blanca con un escote bastante sugerente, que aún no he estrenado. Cuando estoy abrochándome las sandalias, alguien llama a la puerta.

—Buenos días... —Nel entra como un vendaval, con el pelo empapado y los ojos inyectados en sangre—. ¿Qué pasa?

—Por favor... —susurra Nel—. No grites.

—Veo que estás perfectamente.

Nel se masajea las sienes, cerrando los ojos con fuerza.

—Creo que me voy a marear.

—Siéntate, anda. —Nel se sienta en la cama aún con los ojos cerrados—. ¿Qué tal anoche?

—Mmmm... Nada del otro mundo.

Me río, y los ojos de Nel se crispan de dolor.

—¿Nada del otro mundo? Pues me pareció ver a Julen saliendo de tu habitación esta mañana, pero han debido de ser cosas más...

Nel abre los ojos lentamente, escrutándome.

—¿Cómo sabes tú eso? ¿Me estabas espiando?

—No, yo... —Me doy cuenta demasiado tarde del error que he cometido por querer reírme de ella.

—¿Tú?

Intento no mirarla mientras me sigue observando fijamente.

—Yo volvía a la habitación.

Nel me mira de arriba abajo, incrédula.

—Y me imagino que no de dar un paseo matutino.

Niego con la cabeza y no puedo evitar sonreír.

—¿En serio? ¿Caleb? —Olvidándose de sus dolores, suelta un chillido desgarrador.

—Shhh... Te van a oír en todo el hotel.

—Joder... —musita, negando con la cabeza—. Es increíble.

—Te hice caso.

—No pensé que fueses capaz de hacerlo de verdad.

Nel me vuelve a mirar de arriba abajo y comienza a reírse a carcajadas.

—¿Qué te pasa ahora?

—No me lo puedo creer... —Tarda aún un rato en calmarse y volver a hablar—. Te gusta...

—Vale, vamos a dejar el tema...

Siento que mi cara arde de vergüenza.

—No solo te gusta, te gusta mucho. —Vuelve a reírse como una loca—. Por lo que deduzco que ha sido genial.

—Vale ya, no voy a contarte nada.

Nel deja de reírse al segundo.

—Vale, entonces se lo contaré a todas y al menos me reiré en compañía.

—¡No! —Corro a coger a Nel, que ya va hacia la puerta.

—Me lo imaginaba. —Se acerca a la cama, sentándose entre toda la ropa tirada—. Soy toda oídos.

Suspiro derrotada.

—No sé qué quieres que te cuente.

—Detalles.

Mi cuerpo entra en calor solo de pensar en aquellos detalles.

—Bueno, cuando te fuiste, nos quedamos un rato más en la playa, nos acabamos la botella que quedaba y... Bueno, que una cosa llevó a la otra y nos besamos y...

—¿Y?

—Y eso, que lo hicimos.

—¿En la playa?

—Bueno, no exactamente. Alice llegó con Jonás, y nos escondimos, así que cuando nos íbamos, en el pasadizo...

—¿Alice con Jonás? Esa sí que es buena... —Nel comienza a reírse de nuevo.

Sonrío y noto de nuevo los pinchazos en mi cabeza.

—No tengo ni idea de cómo pudo acabar con él, pero allí estaban los dos en pelotas, metiéndose en el agua. Te digo en serio que esa escena es difícil de olvidar. Yo creo que a las bebidas de aquí les han echado algo.

—Bueno, bueno, no me cambies de tema. Imagino que no estaríais allí toda la noche...

Me rindo y le cuento a Nel la noche con pelos y señales. A Nel le faltan solo las palomitas de lo interesada que está en el tema.

—Joder, Cloe, vaya novecita la tuya. ¿Y en qué habéis quedado?

—¿Cómo?

—Sí... ¿Qué sois ahora exactamente?

—Venga ya, Nel, no somos nada. Esto no ha significado nada.

Comienzo a peinarme ante la mirada anonadada de Nel.

—Mira, bonita, a mí no me engañes. Odias a ese tío desde que tienes uso de razón, y el tío en un día te convence de que siempre le has gustado y te hace pasar la mejor noche que has tenido en muchos años. ¿Y ya está?

—¿Qué pensabas, que iba a pedir mi mano?

—No, pero... No creo que esto termine aquí.

—Me parece mentira que me lo digas tú, Nel, con lo que eres para los compromisos... ¿Y tú y Julen, cuando vais a tener la segunda cita?

—No es lo mismo, Cloe, yo tengo las cosas muy claras, pero tú no.

—¿Y Julen?

—Creo que en eso piensa igual que yo, pero no descarto relajarme con él algún ratillo más de este fin de semana... Los he visto mejores, pero la verdad es que el chico se esfuerza. Pero si ya no quieres más a Caleb, pásamelo a mí, que no está para desperdiciarlo.

Los móviles de las dos suenan al mismo tiempo.

—Júrame que no dirás nada.

—Sabes que tienes mi palabra, pero ¿no se lo vas a decir a las demás?

—A Anaïs y a Sofía seguro, pero no lo tengo tan claro como Alice.

—Se pondrá furiosa.

—¿Por qué dices eso?

Nel suelta una carcajada.

—Vamos, Cloe, no seas ilusa: si ayer se hubiese podido liar con Caleb, no lo habría dudado ni un momento, ya viste como tonteaba, y cuando se entere de que te has liado con él, le sentará como un tiro y tratará por todos los medios de quedar por encima de ti.

—No creo que Alice hiciera eso.

—¿En serio? ¿Quieres que probemos?

De repente, una terrorífica idea pasa por mi mente al imaginar a Alice con Caleb.

—Creo que no se lo diré.

Nel sonrío beatífica.

—Eso mismo pensaba yo.

—¡Amigas, ya era hora!

Aunque Nel y yo hemos intentado pasar desapercibidas a nuestra llegada a la cafetería del hotel, Alice salta sobre nosotras.

—¿Dónde están las demás?

—Ni idea...

Alice suspira, moviendo su melena.

—Apenas ha bajado nadie al desayuno. Tengo unas sendas preparadas por la playa...

—Conmigo no cuentes, tengo una resaca espantosa —la corta Nel.

—Ídem —contesto, soñando con llegar a una mesa y poder pedir un café.

—¡Venga ya, chicas, por favor! Será divertido.

—Mira, Alice, deja de gritar y vamos a desayunar, luego lo hablamos tranquilamente.

—¡Desayunar, dice! Si es casi la hora del aperitivo... —Alice mira impaciente el reloj. Al ver el gesto de Nel, relaja su cara un poco.

—Bueno, tomaros algo rapidito mientras localizo a todo el mundo. En diez minutos os espero en el jardín.

Alice nos deja allí plantadas mientras se aleja repiqueteando sus tacones.

—Dios... La mataría... —Nel cierra los ojos mientras se masajea las sienes—. Vamos a tomar un café, a ver si nos deja un ratito en paz.

Nos vamos a la terraza de la cafetería, y Nel pide un succulento desayuno, a pesar de mis protestas. Tengo ganas de vomitar mientras observo cómo devora las tortitas con chocolate y nata. Me pongo las gafas de sol y enciendo un cigarro, aspirando la primera calada con miedo a una nueva náusea.

—Hola, chicas. —Robert aparece de la nada y se desploma en una silla—. ¿Tenéis tanta resaca como yo o es que ya estoy hecho un abuelo?

Nel gruñe a modo de contestación.

—¿Has hablado con Annie?

—Sí, y le he hecho jurar que no tendrá ni una contracción hasta que vuelva.

Me quita mi zumo de naranja y se lo bebe de un trago.

—Así me gusta, papá. —Apago el cigarro y miro el cielo—. ¿Cómo puede hacer tanto calor ya?

Además de los sudores que tengo por la resaca, hace un calor increíble. Recojo mi pelo en una cola de caballo, y Nel me pasa una goma que lleva en la muñeca.

Robert me trae otro café solo con hielo mientras la terraza comienza a llenarse de gente.

—Vaya, veo que Alice no a ha parado hasta conseguir lo que quería. ¿Cuál es el plan para hoy?

—Qué sé yo... —Cojo la carta de cafés para utilizarla de abanico improvisado—. Ha dicho algo de unas rutas por la playa o algo así, pero yo creo que paso...

A pesar del abanico estoy asfixiada de calor. Me ahueco la camiseta, que ya tengo pegada al cuerpo, mientras suspiro acalorada. Nel me hace un gesto discreto hacia la puerta y adivino al segundo quién viene.

Oigo a Caleb pedir un café al camarero. Al momento comienzo a sudar como si estuviésemos a cuarenta grados. Me bebo el resto del café y enciendo otro cigarro. Nel me lo quita y le da una calada profunda.

—¡Joder! ¿Ya estáis fumando?

Robert se queja, agitando la mano para alejar el humo.

—No seas tocapelotas, cariño. —Nel se queda con el cigarro, y yo enciendo otro.

—Y ahora la otra... —Se levanta, refunfuñando—. Voy a pedir una botella de agua.

—Que sea grande.

—Ok.

Al segundo de dejarnos solas, Nel me da un patadón por debajo de la mesa.

—¡Auuu! No seas bestia...

—Está en la barra —susurra, mirando hacia allí.

—Lo sé, y haz el favor de dejar de mirar.

—Llevo gafas de sol, bonita, y que sepas que no me ve porque está de espaldas. — Se las levanta un poco, sonriendo pícaramente—. ¿Estás nerviosa?

—¿Yo? —Me va a dar una taquicardia, pero antes muerta que reconocerlo—. ¿Por qué tendría que estarlo?

Estoy histérica. Y sudada. Y seguro que llevo unos pelos de loca para verme. Y me estoy poniendo mala porque estoy de espaldas a la barra y estoy deseando darme la vuelta.

«Vienen», articula Nel con los labios mientras se coloca las gafas.

—Hola, chicas. —Caleb coge una silla de otra mesa y se sienta junto a mí—. ¿Qué tal?

—Bien.

Intento no mirarlo siquiera y bebo un poco del agua que me acaba de servir Robert. Bendigo las maravillosas gafas de sol que me tapan casi toda la cara, porque lo más seguro es que esté roja como un tomate. Sigo abanicándome compulsivamente y le doy la última calada al cigarro, expulsando el humo hacia el otro lado.

—Perdona.

—No os preocupéis, no me molesta. Yo también fumo a veces.

Lo miro extrañada y me sonrío, y yo... Me derrito. Decir que está buenísimo es poco. Con esos vaqueros oscuros y ese polo blanco está tan tremendo que me falta un

pelo para tirarme encima de él y comérmelo enterito.

La voz de Alice se acerca por mi espalda.

—De hecho creo que ahora te voy a robar uno. ¿Puedo? —Me señala el paquete, sonriente.

—Eh, sí, claro.

Lo miro de reajo mientras se lo enciende. Lleva el pelo alborotado y no se ha afeitado, pero huele a jabón y a *aftershave*. Suspiro y me vuelvo a abanicar, pero no hay forma de quitarme el calor de encima que, desde luego, no es por el sol. Y me sonrío.

—Ahora vuelvo, chicos. —Me levanto como si tuviese un resorte en el culo y salgo volando hacia el baño.

—¿Estás bien?

—Sí, sí, ahora vengo.

Me encierro en el baño y suspiro, cerrando los ojos. La cabeza me da vueltas y no es solo por el resacón que llevo encima. ¿Qué he hecho? No sé cómo voy a poder sobrevivir el resto del fin de semana sin que se me note lo de Caleb. ¿Cada vez que hable con él voy a mirar para otro lado? Y no puedo llevar gafas de sol todo el tiempo... Salgo del cubículo y me lavo la cara, refrescándome el cuello y el escote. Sigo teniendo una cara de tonta que me delata totalmente. Caleb entra en el baño y atranca la puerta.

—Hola.

—¿Qué haces aquí?

—Esto... —Se acerca y me planta un beso en la boca. Cuando se separa, me roza la piel del escote con las yemas de sus dedos.

—Estás empapada...

—Es que tengo mucho calor... —susurro mientras mis rodillas flaquean.

—¿Dónde?

Me mira de arriba abajo mientras siento que todo mi cuerpo entra en erupción. Abre el grifo y se moja las manos, pasándolas por mi cuello. Un escalofrío me recorre el cuerpo cuando se acerca y comienza a soplar suavemente. La piel se me pone de gallina y veo como sonrío.

—Así estarás mejor —me susurra al oído antes de desaparecer por la puerta.

Me quedo atontada viéndolo marchar. Bueno, algo más que eso. Siento mi piel ardiendo bajo la ropa y aún me tiemblan las piernas. Me apoyo en el baño y me miro fijamente. Cualquiera diría que acabo de volver de una carrera, porque estoy absolutamente sonrojada. Mi blusa ligera deja entrever que mis pezones están duros y erectos.

Mierda. No sé de qué va esta historia. Bastante tenía ya con los nervios de volver a verlo después de lo que ha pasado, pero para nada me imaginaba que la historia continuaría, al menos no completamente sobria y a la luz del día. Intento recomponerme y salir cuanto antes. Solo me falta que Caleb piense cualquier cosa... Por ejemplo, que me estoy volviendo completamente loca.

Cuando vuelvo a la mesa, algo más tranquila, veo que el panorama ha cambiado desde que me fui. Anaïs y Sofía han llegado, y mi silla la ocupa Alice, que está vuelta hacia Caleb y lo tiene completamente monopolizado, desplegando todos sus encantos. Me paro tras ellos y me fijo que tiene su mano puesta en el muslo de Caleb, la muy...

—Hola, Alice.

—Ah, Cloe, ¿dónde te habías metido? —me dice sonriente, sin moverse un milímetro.

—Toma, siéntate aquí. —Caleb se levanta rápidamente y me ofrece su silla, sin mirarme, mientras va hacia otra mesa a buscar otra. Inteligente maniobra. Alice intenta disimular su disgusto. ¡Ja!

—Sí, sí, siéntate. Estábamos hablando del programa de esta mañana, ¿verdad, chicos? Había pensado que podíamos dar un paseo por la playa hasta el pueblo, y después, antes de volver, pararnos en el puerto y... ¡Oh, Dios mío, qué alegría verte!

Alice sale corriendo hacia alguien que está a mi espalda. Todos miramos hacia allí.

Aiden ha llegado.

Aquella mañana podía ser más extraña aún de lo que lo estaba siendo.

VIII

Sería poco decir que la tensión se palpaba en el ambiente. Cuando Aiden puede descolgarse a Alice del cuello, se acerca a la mesa a saludarnos. Mientras nos levantamos por turnos, Nel me mira, arqueando una ceja.

—Hola, Cloe.

Le doy los dos besos de rigor mientras siento la mirada de todos los demás. A mí me encantan los culebrones como la que más, pero ser observada por todos me pone de una mala leche que probablemente me durará todo el día. Cuando le da la mano a Caleb, nuestras miradas se cruzan, y él frunce el ceño.

—Bueno, vale ya de estar aquí apalancados. ¡Hace un día precioso! Creo que deberíais ir yendo hacia la playa. Yo reuniré a los demás y nos veremos allí. ¿Me ayudas, Anaïs?

Anaïs pone cara de pocos amigos, pero la sigue. Los demás comenzamos a andar por el camino de tierra, pero esta vez voy mejor equipada y a pesar que las cuñas de esparto son de vértigo, puedo bajar mejor la cuesta. Nel se agarra a mi brazo, retrasándonos deliberadamente del resto.

—¿Y...?

—¿Y qué?

Se levanta las gafas y me mira incrédula.

—¿Que qué pasa con Aiden?

—Chiss, te va a oír.

—En serio... La cosa se está poniendo interesante contigo, cariño.

—Vale, vamos a dejar ya el tema.

—¿Pero has sentido algo?

No sé qué contestar a eso. Puedo decirle que no, en absoluto, pero la estaría engañando y de paso me estaría engañando a mí misma. No puedo decir que mi corazón se haya salido del pecho al verlo, pero no he dejado de pensar en él durante todos estos años, con lo que no puedo estar tranquila teniéndolo cerca.

—La verdad es que no lo tengo claro, pero no he sentido nada especial.

—Ya.

¿Cómo le digo a Nel que no puedo sentir nada especial, ni aunque hubiese aparecido Brad Pitt, después de lo del baño? Pero me callo, claro.

—Pues mejor, la verdad, ya sabes que no es santo de mi devoción.

—¿Y tu amiguito Julen? ¿Qué tal con él?

Nel sonríe mientras prestamos atención a la parte más empinada del camino.

—Pues como siempre, cariño. ¿Qué más quieres? Sabes que paso de líos.

—Ya, pero no sé si a él le pasa igual.

—Ese es su problema, no el mío.

Robert nos espera un poco más allá y nos ayuda a bajar por unos pedruscos. Mientras me quejo de la dificultad del camino, me pregunto si en el hotel se quedaron sin presupuesto para hacer un camino de verdad, o algún paisajista alternativo pensó que sería pintoresco. Desde luego, nunca hizo este camino con una mujer, porque solo por no oír sus quejas lo habría asfaltado.

—¿Y ahora qué?

Robert pone cara de atontado y me mira con cautela.

—Nada, ¿por...?

—Venga, hombre, te he visto hablando con Aiden...

—No me gusta.

—Me alegro, a Annie le daría un ataque si se entera.

—Ja, ja, graciosa.

—Bueno, en serio, ¿qué te ha contado?

Nel nos corta nuestra absurda conversación, poniendo los ojos en blanco.

—Pues prácticamente nada, lo único que hace es preguntar cosas de Cloe. — Robert me lanza una mirada acusatoria—. Ni se te ocurra enrollarte con él, Cloe, te lo digo en serio.

—Pero bueno, ¿quién te crees que soy?

Si él supiera...

Robert suspira y me coge de la mano.

—Cloe, te quiero, eres mi mejor amiga y quiero lo mejor para ti. Pero además te conozco como si te hubiese parido y sé que estás de bajón después de lo de Chris. — Busca la mirada de Nel para conseguir su aprobación, pero ella está rebuscando en su bolso y sé que lo hace para no descojonarse—. Va a llegar este con todas sus historias, que ya sabes cómo es, y te vas a ablandar, y luego mira lo que pasó...

—Déjate de memeces, Robby. Si la chica se lo quiere tirar, que lo haga...

—¡¡¡No!!!

—¿Qué?! Es normal que quiera volver a acostarse con el tío que la desvirgó...

Casi me atraganto con mi propia lengua.

—Nel, por favor, me gustaría que mi vida personal siga siendo eso, personal.

—No es ningún secreto, y toda la gente del hotel es del colegio, así que me dirás qué misterio tiene lo que te he contado.

—En realidad... —Noto que me pongo como un tomate. Que a mi edad me tengar que pasar estas cosas—... Él no fue el primero.

—¡¿Qué?! —Nel casi se cae de la impresión—. ¿Qué me estás contando?

—Bueno... —Dios, me he metido en un jardín...—. ¿Te acuerdas del verano que me fui de intercambio a Manchester?

—Me dejas alucinada, tía. —Me pasa un cigarro y el mechero—. ¿Se puede saber por qué no nos lo contaste?

—Venga, Nel, ¿qué habríais pensado? Tenía solo dieciséis años, por Dios, me daba vergüenza.

—¿Y él, lo sabe?

—No tengo ni la menor idea. ¿Qué crees, que se lo conté?

—Vamos a ver. —Nel empuja a Robert, que casi se cae de lado—. ¿Los tíos os dais cuenta de que somos vírgenes?

—Anda, que vaya preguntita. —Robert me mira, y asiento. Ahora me pica la curiosidad—. Sí, sí, nos damos cuenta.

—Entonces lo sabe.

—No lo creo. —Robert me mira con cara de pocos amigos—. Cuando lo comenté al día siguiente, parecía muy satisfecho de haber sido el primero.

—¡¡¿Qué??!! ¡¿Qué comentó??!

Robert se sonroja y evita mirarme a los ojos.

—Todo.

—¿Todo?

Recapitulo. No es que me pueda acordar de aquella tarde con todo detalle, pero durante años la recordé como una de las mejores noches de mi vida y creo, precisamente, que porque ya no era virgen.

—La madre que te parió... ¿Y quiénes estabais?

—Todos. —Robert no sabe dónde meterse—. Nos lo confesó en los vestuarios, antes de la clase de educación física.

—¿Y por qué no me lo has contado antes? —Le pego un manotazo en el brazo, por no pegarle un bofetón. Estoy realmente cabreada.

—¿En serio me lo preguntas? Me habrías matado, a mí y a todos los tíos de la clase.

—Menudo gilipollas. —Nel comienza a andar de nuevo—. Creo que deberías confesarle que no fue el primero, y que se joda. Seguro que le duele en el orgullo.

El móvil vibra en mi bolso.

CALEB: ¿DÓNDE ESTÁIS TODOS? YA HEMOS LLEGADO A LA PLAYA.

—Vamos, se van a dar cuenta de que estamos marujeando.

—¿Y qué más da?

Comenzamos a andar a paso ligero hasta la playa. Llevo un cabreo encima que sería capaz de arrancarle la cabeza a Aiden ahora mismo, pero una duda me surge de pronto: ¿Fue por eso por lo que me dejó?

Voy como una autómatas todo el camino, sin aportar nada a las conversaciones que surgen a mi alrededor. Solo me detengo a quitarme las sandalias para poder mojarme los pies por la orilla.

—Cloe. —Aiden llega a mi altura y me espera. Perfecto—. ¿Cómo estás?

—Bien. —¿Es que no me ves?

—Oye, he oído lo de tus libros. Enhorabuena, de verdad.

—Gracias.

—Y... ¿Qué tal te va? ¿Vives en Londres todavía?

—No. Ahora estoy de nuevo en Madrid. —No me apetece hablar, pero continuó por pura educación—: ¿Y tú?

—Pues bien, no me puedo quejar. Compré un piso en el barrio cuando me divorcié.

—Al ver que no digo nada, carraspea y me pregunta—: ¿No lo sabías?

—No, la verdad. —¿Pero qué te crees, capullo creído? ¿Qué me sé toda tu vida er verso? ¿Qué sigo enamorada de ti? Pero no le digo nada, claro.

—Pues sí, me divorcié hace dos años. Las cosas no iban bien.

—Ya lo imagino.

—¿Y tú?

—¿Yo qué?

—¿Estás casada?

Vaya rodeo más tonto, bonito, para acabar haciéndome esa pregunta tan estúpida.

—Pues no.

—Pero estás con alguien, ¿no? Te veo muy guapa.

Pues mira, ayer por la noche, sin ir más lejos, me follé a Caleb unas cuatro veces, ni más ni menos. No sé si darle las gracias por el cumplido o estamparle las sandalias en la cara.

—Pues ahora mismo no es mi prioridad en la vida. —Sé que Nel estaría orgullosa de mí.

Aiden me mira con terror ante su metedura de pata.

—Perdona, Cloe, pensé que estabas con alguien. Yo tampoco tengo pareja actualmente.

¿Yyyyyy? Pues un pin pa' ti.

El móvil vuelve a vibrar en mi bolso y me salva de la situación.

CALEB: ¿QUE PASA? TIENES UN CABREO.

Pasando de Aiden, escribo compulsivamente.

CLOE: SON LAS MALAS COMPAÑIAS...

—Perdona.

—No, no me molesta.

CALEB: PODRÍA SALVARTE...

CLOE: TE LO AGRADECERÍA.

CALEB: IGUAL QUE TÚ ME SALVASTE DE ALICE AYER.

CLOE: CABRÓN.

Observo cómo Caleb se da la vuelta y me guiña un ojo con gesto pícaro.

Gracias a Dios, Robert se nos une, y yo puedo caminar más tranquila mientras ellos hablan de fútbol. Sin querer, me fijo en Caleb, que camina delante de mí, y no puedo evitar que un escalofrío me recorra el cuerpo. Aún no me creo lo que ha pasado y aunque el motivo principal por el que he venido era reencontrarme con Aiden, la situación ha cambiado totalmente. No puedo dejar de pensar en Caleb, en su olor, en su cuerpo junto al mío, en su voz, en lo que ha pasado esta mañana en el baño... Y aunque no se lo reconozca a nadie, estoy deseando continuar con el juego que nos traemos.

Miro a Aiden y suspiro. Después de la revelación de Robert, reconozco que me he desencantado. Y luego Aiden, con esa conversación insulsa para preguntarme si estoy con alguien, me ha dejado fría. Es como si fuese el mismo Aiden de siempre, pero lo que con dieciséis años me parecía encantador, ahora me parece más simple que el mecanismo de un chupete.

Cuando estamos llegando al pueblo, instintivamente el grupo se divide en dos, uno de hombres, y otro de mujeres. Mientras ellos buscan un bar para tomar una cerveza bien fría, nosotras paseamos frente a los puestos del mercadillo. Le compro a mi madre un pañuelo de seda divino y disfruto probándome pendientes y pulseras. Adoro los mercados de artesanía. Yo misma podría poner varios puestos de mercancía con toda la bisutería que tengo en casa, pero, aun así, no puedo evitar comprarme unos pendientes de plumas de pavo real. La chica del puesto me enseña otros labrados de los que me enamoro al instante, pero resisto la tentación, ojeando el resto de artesanos hasta que llegamos al final. Cuando volvemos y al fin me decido a comprarlos, la chica me reconoce compungida que ha vendido los pendientes, y me arrepiento de no haberlos comprado antes.

—Sigues igual que siempre. —Anaïs sonrío, también llena de bolsas—. La de

veces que te habrás quedado sin algo por habértelo pensado tanto.

No sé si el comentario va con doble intención, pero cuando la miro, sonrío. Nos sentamos en una de las terrazas del paseo y me tomo el quinto café del día. Aún no estoy preparada para tomar una cerveza, aunque parece que mis náuseas matutinas van remitiendo. Hacemos entre todas recuento de los tesoros que hemos conseguido, y Nel nos regala a cada una unas gafas de sol estilo años cincuenta que nos fascinan.

—Parecemos las Pink Ladies.

—Sí, pero nos faltan Denny Sucko y compañía.

Nos reímos a carcajadas cuando todas reconocemos que cada vez que ponen *Grease* en la tele nos la volvemos a tragar entera.

He comprado abanicos para todas y saco el mío para utilizarlo. Me ahueco un poco la blusa y me doy un poco de aire por el canalillo, sintiendo un gustito inmediato. Hace un calor de miedo, y estoy deseando llegar al hotel para darme una ducha fresquita y sentirme como nueva.

CALEB: DEJA DE HACER ESO. A AIDEN SE LE VAN A CAER LOS OJOS.

Miro hacia la mesa donde están los chicos. Caleb sonrío mientras teclea en su móvil. Aiden, bastante alejado de él, me mira descaradamente mientras bebe su cerveza. Cuando se da cuenta de que lo he pillado, desvía la mirada rápidamente y se pone a hablar con los otros.

CLOE: SI SABES LO QUE ESTOY HACIENDO, ES QUE TÚ TAME ESTÁS MIRANDO.

Veo como sonrío de nuevo y me llega otro mensaje.

CALEB: INEVITABLE. DESDE AQUÍ VEO TUS PEZONCITOS...

Me quiero morir. Del gusto que me está dando el airecito fresco, los pezones se me han puesto como piedras. Me tapo como puedo con el abanico y me tomo el resto del café con hielo.

—Tomad, chicas. —Alice se acerca y nos reparte un papelito a cada una—. Esta es vuestra pareja para un juego de misiones que tendremos esta noche.

—Alice, sabes que nunca me gustaron los campamentos de verano. —Nel se queja—. Qué pereza me das, tía...

—¡Nel, cariño, no seas aguafiestas! Lo pasaremos genial, te lo prometo.

Cuando Alice se aleja hacia las otras mesas, abrimos el papelito: Aiden. No sé por qué me da que esto está amañado. Y me lo imaginaba.

—Venga, ilumíname, Cloe. ¿A qué te ha tocado con Aiden? —Nel me enseña su papelito. Le ha tocado con Carlos, el tío que más odiaba en el colegio.

—Pero ¿qué se cree? ¿Que estamos en *Gran Hermano*?

Nel escribe en el grupo.

NEL: CALEB, NO ME LO DIGAS. EN TU PAPEL PONE ALICE.

CALEB: SÍ.

ROBERT: ANAÏS, ¡VAMOS JUNTOS!

Anaïs se sonroja. Cuando teníamos quince años, estaba absoluta y completamente enamorada de Robert.

A Julen le ha tocado con Beatriz, la primera en todo el barrio que se hizo una operación de pecho. Está más contento que unas pascuas, y noto como Nel, contra todo pronóstico, se cabrea.

Aiden habla con Alice y se ríen juntos.

CALEB: ¿CLOE?

CLOE: AIDEN, CÓMO NO.

NEL: AHORA ALICE NOS DIRÁ QUE LOS PAPELITOS LOS HA SACADO UNA MANO INOCENTE...

—Alice, ven, por favor. —Alice se me acerca, sonriente.

—¿Qué pasa, cariño?

—Quiero que me cambies el papel, por favor.

—Y a mí. —Nel tira el papel encima de la mesa—. ¿A qué juegas?

—Pero, Cloe, cariño... Pensé que te gustaría estar más tiempo con Aiden. —Me pone una cara de falsa aflicción que me saca de mis casillas—. Lo siento, pero ahora no podemos cambiar, me descuadras todo.

—¿Con qué criterio de mierda has formado las parejas? Porque está claro que algo tramabas.

Alice pone cara de enfado, pero enseguida se recompone.

—No tramo nada, corazón, pero las he formado exactamente como me ha dado la gana, que para eso soy la organizadora. —Y se queda tan fresca, qué fuerte—. Sois adultas, chicas. No me molestéis por niñerías.

Se va tan campante, y nosotras nos quedamos ojipláticas y cariacontecidas. Y con ganas de pegarle un tortazo cada una, la verdad.

—¡Será cabrona! —Cuando volvemos al hotel, a Nel aún no se le ha pasado el cabreo—. Tenemos que hablar con todos y sabotearle el jueguito.

Bostezo descaradamente. Estoy tan cansada que me quedaría durmiendo una siestecita y pasaría de la comida.

—¿Y tú cómo te las vas a ingeniar? Porque Aiden está pesadito, el tío...

Me encojo de hombros, agotada.

He pasado todo el camino intentando evitar a Aiden y acercarme casualmente a Caleb, pero no ha habido manera. Aiden me ha contado su vida y milagros, y Alice se ha pasado todo el camino monopolizando a Caleb, así que al final me he hartado y me he ido con Sofia, que me ha hecho reír con sus anécdotas.

—No sé tú, pero yo en cuanto pueda, me escapo a la habitación, a ver si acaba pronto el día.

El dolor de cabeza está volviendo. Antes de sentarme a comer, pido dos aspirinas en la recepción del hotel y me las trago con un litro de agua. La comida está deliciosa y pasamos un rato agradable mientras de fondo suenan canciones de nuestra época. Cuando comienza la canción *Bad name*, de Bon Jovi, Robert y yo nos buscamos con la mirada y nos volvemos locos cantándola a voz en grito. «*This is a song from a broken heart...*»

A la hora del café estoy absolutamente en trance. Me estoy quedando dormida de pie, así que me disculpo con todos y subo a la habitación, pongo la tele muy bajita, me quito la ropa y me acurruco entre las sábanas. Estoy en la gloria.

Tardo un rato en darme cuenta de que aquel ruidito repetitivo viene de la puerta, que alguien golpea suavemente. Miro el reloj. Son las 16.00, así que apenas llevo en la cama veinte minutos, pero me había quedado frita. Me pongo el albornoz del baño y voy a abrir.

Caleb se mete corriendo y cierra la puerta tras él.

—¿Duermes?

Estoy tan sorprendida de verlo aquí, que apenas acierto a asentir con la cabeza.

—¿Puedo dormir contigo? Alice me está persiguiendo, tengo que esconderme un rato.

Abro los ojos como platos. ¿Dormir con Caleb? Está claro que aún no he visto todo en esta vida. Me encojo de hombros y voy hacia la cama cuando me percató de que debajo del albornoz estoy casi desnuda. Caleb se sienta en el borde de la cama y comienza a quitarse los pantalones y las zapatillas.

—Pero ¿qué haces?

—¿Tú qué crees? No querrás que duerma vestido, ¿no? —Me mira de arriba abajo, sin perder detalle—. No me digas que tú estabas durmiendo con eso...

Durante una fracción de segundo dudo de qué hacer, pero luego pienso... A la mierda. Me quito el albornoz, que dejo resbalar por mi cuerpo hasta el suelo, y me vuelvo a acurrucar entre las sábanas. Caleb no se mueve, y sé que me está mirando. Ahora no soy yo la única sorprendida.

—Joder, nena...

—¿Mmmm? —Escondo la cara en la almohada para que no me vea sonreír. Siento cómo retira las sábanas y clava su mirada en mi cuerpo.

—¿No pensarías que estaba durmiendo con pijama, no?

Me doy la vuelta, sabiendo que mi cara refleja toda la lascivia que siento en ese momento, y me pongo boca abajo, levantando un poco las piernas. Si estaba buscando un buen momento para lucir mi nuevo culotte de encaje, este es el ideal, seguro.

Caleb sigue parado al borde de la cama, mirándome sin saber qué hacer, aunque sus bóxers abultados dejan adivinar lo que le apetece en ese momento. Sin dejar de mirarlo, se quita el polo y se tumba boca arriba en la cama, junto a mí.

Me muero por tocarlo, pero decido jugar un poco más. Me pongo de lado, dándole la espalda, y me abrazo a la almohada, cerrando los ojos. Siento la respiración de Caleb tras de mí. Sé que está excitado y espero de verdad que se lance pronto, porque no sé cuánto voy a poder aguantar. Vuelvo a taparme con la sábana y espero, espero, espero...

Cuando creo que ha pasado un siglo y estoy a punto de lanzarme sobre él, siento la sábana deslizándose suavemente por mi cuerpo. Caleb acaricia delicadamente mi espalda hasta la zona de la cadera y comienza a subir de nuevo, dibujando círculos con sus dedos. Me retira el pelo del cuello y lo levanta, dejándolo caer sobre la almohada. Apenas rozando mi piel, me da suaves besos por el cuello, los hombros y a lo largo de la columna vertebral. Tengo la piel de gallina y mi vientre comienza a palpar. En el momento en que siento todo el cuerpo de Caleb acercarse a mi espalda y su erección pegada a mí, junto las piernas, intentando alinearme, mientras pego más mi culo contra él. Hunde su cara en mi pelo y pasa un brazo sobre mí, tocando por encima del sujetador mis pezones, que se ponen duros al instante. Se me escapa un jadeo y noto cómo la respiración de Caleb se acelera.

Desliza un brazo bajo mi cuerpo y comienza a masajearme el pecho mientras con la otra mano va bajando, explorando mi cuerpo. Cuando introduce sus dedos bajo mi lencería de encaje, los dos jadeamos al tiempo mientras aprieto más mi culo contra su erección.

—Ohh... Estás mojada...

Introduce sus dedos en mí y al instante siseo:

—Despacito...

—¿Te hago daño?

—Nooo... —Sonrío ante su preocupación—. Es que he tenido una noche movidita...

Caleb quita la mano y me acaricia el vientre mientras me guía para que me quede boca arriba. Al segundo tengo su cara frente a la mía, y abre mi boca con su lengua,

suave y deliciosamente, haciendo que se electricen todas mis terminaciones nerviosas.

—¿En serio? —susurra—. ¿Y quién ha sido el afortunado?

—Un tipo odioso. —Me río cuando frunce el ceño—. Pero que me pone a mil.

Me derrito completamente cuando me sonrío y me vuelve a besar.

—Vaya, vaya, nena... —Me muerde el labio inferior maliciosamente—. ¡Todavía no estás a mil! Pero quizá si te hago esto... —Me besa en el cuello, llegando hasta el borde del sujetador—... Y esto... —Acaricia suavemente con sus dedos mis pezones por encima del encaje, y comienzo a jadear—. Todavía no has llegado a mil, pero tengo una idea para remediarlo.

Suelta el broche central del sujetador y me baja los tirantes despacio, aumentando mi deseo. Cuando comienza a rozar con la punta de su lengua mis pezones, me retuerzo de gusto bajo su cuerpo, sintiendo su creciente erección contra mí. Trato de tocarlo, pero me sujeta de ambas muñecas y sin decir nada, comienza a bajar hasta dejar su boca frente a mi vientre. Cuando noto su aliento entre mis muslos, intento quitarme la única prenda que llevo encima, pero Caleb sigue atenazándome las muñecas.

—Shhh... Despacio...

Él mismo desliza la ropa interior por mis piernas hasta dejarme completamente desnuda bajo su cuerpo. Me abre más las rodillas y comienza a jugar con su lengua contra mi clítoris mientras empiezo a tener convulsiones de placer. Acaricio su pelo, jadeando incontroladamente.

—Así, nena, así...

Cuando creo que no voy a soportarlo más, Caleb continúa con mis pezones sin descanso.

—Caleb... —susurro, tirando de su pelo.

—Shhh...

Baja de nuevo y creo que voy a explotar.

—No puedo más...

Al segundo me penetra hasta el fondo, subiendo mis piernas hasta apoyarlas sobre sus hombros.

—Dios, Caleb, así...

¡Llaman a la puerta! Estoy a punto de gritar a quien quiera que sea que se vaya a paseo porque no pienso parar, pero Caleb me lee el pensamiento, me tapa la boca con la mano y se detiene, penetrándome hasta el fondo.

—Cloe, soy Alice, ¿puedes abrir?

Alice llama de nuevo con los nudillos en la puerta, y nosotros nos mantenemos inmóviles. Caleb me sonrío de medio lado y comienza a mover lentamente su cadera

en círculos hasta que estoy al borde del orgasmo. Me quita la mano de la boca y me besa salvajemente mientras vuelve a moverse dentro de mí.

—Cloe, ¿estás dormida?

El morbo de tener a Alice en la puerta mientras estoy llegando al orgasmo en absoluto silencio puede conmigo, y comienzo a alzar mis caderas en busca de más placer. En cuanto oímos los pasos de Alice alejándose, Caleb me enviste salvajemente, y poco después, mientras aún tengo espasmos del impresionante orgasmo que acabo de tener, se desploma sobre mí, sudando. Le acaricio la espalda, que hace unos minutos tenía mis uñas clavadas, y beso suavemente su hombro. Suspiro encantada.

—¿Todo bien?

—De maravilla. —Me besa suavemente en el cuello y se tumba junto a mí—. ¿Y tú?

—Mmmm... Muy bien... La interrupción de Alice no ha podido venir en mejor momento.

—Qué morbosa te has vuelto, ¿no?

—¿Me he vuelto? —Me río con ganas—. Creo que no sabes nada aún de mí, al menos en este aspecto...

Caleb se levanta de golpe y me coge de la mano, arrastrándome con él.

—¿Qué haces?

Se aprieta contra mi cuerpo, y al instante noto una nueva erección. Increíble.

—Vamos a conocernos un poco mejor.

Mientras me arrastra hacia la bañera, me doy cuenta, extrañada, que hace mucho tiempo que no soy tan feliz.

Una hora después, cuando estamos dormitando en la cama mientras vemos una película sin mucho interés, llaman de nuevo a la puerta. Miro a Caleb porque no sé qué hacer, y se encoge de hombros.

—¿Cloe?

Me sorprendo al oír la voz de Aiden tras la puerta, pero los dos nos mantenemos en silencio un buen rato. Después de un segundo intento, oímos como Aiden llama a la puerta de al lado y abren. Caleb me mira interrogante. «Nel», articulo en silencio. Oímos voces cercanas y una conversación que no entendemos, y la puerta se cierra de nuevo. Esta vez los pasos se alejan por el pasillo.

Al segundo, mi teléfono empieza a pitar.

NEL: ¿DÓNDE ESTÁS? TODO EL MUNDO PIENSA QUE SOY SECRETARIA...

Suspiro y tecleo.

CLOE: ESTOY EN LA HABITACIÓN. ACOMPAÑADA.

NEL: MADRE MÍA, CHICA, NO PARAS.

CLOE: JI, JI, JI... NO DIGAS NADA.

NEL: VOLVERÁN, TE BUSCAN.

—¿Con quién hablas?

—Con Nel. —Caleb me mira, y asiento—. Se lo conté. Esta mañana me crucé con Julen.

—Lo sé, me lo contó.

Sonreímos como tontos.

—Tendremos que salir, ¿no?

Caleb suspira, besándome el pelo.

—Me temo que van a volver, no sé para qué me quieren ahora.

—Pues no hace falta ser muy listo para saberlo. —Caleb se levanta y se pone los bóxers. Me quedo atónita ante su contestación.

—¿A qué viene eso?

Me mira con el ceño fruncido, pero al ver mi cara de asombro se relaja.

—Lo siento, Cloe, pero ese tío siempre me ha caído mal.

—Creo que el sentimiento es mutuo.

—Lo sé, siempre lo he tenido claro.

Me incorporo y me estiro, aún somnolienta.

—Lo que no entiendo es por qué nunca te defendió de mí, si eran tan horribles las cosas que te hacía.

Al ver su cara pensativa, me echo a reír.

—¿Qué he dicho?

—¿De verdad crees que me hacía falta?

—No es una cuestión de eso... Si tú hubieses sido mi novia, no habría podido evitar arrancarle la cabeza a quien se metiera contigo. No habría pensado si eso era lo que tú querías. Es una reacción natural.

—Y primitiva.

Caleb me lanza una mirada indescifrable y se acerca a mí, cogiendo mi cara entre sus manos.

—Creo que lo primitivo te gusta bastante más de lo que tú piensas.

Me besa, mordiéndome los labios, y siento un escalofrío recorriendo todo mi cuerpo.

—¡Basta, Caleb! Si no paramos ahora, no saldremos de aquí nunca.

—¿Y...?

—Y tengo hambre. Y sed.

Se ríe y vuelve a por la ropa.

—Esa es la segunda fase de la resaca.

Cojo el móvil y escribo a Nel. Es preferible que ella nos ayude a salir, así que le aviso para que asegure que el camino está despejado.

NEL: ESPERA, VOY.

Cuando abro la puerta, la expresión de Nel me anticipa todo el cachondeo que voy a tener que aguantar más tarde. Nos mira de arriba abajo sin disimulo.

—Caleb.

—Penélope...

—Puedes salir. Todo en calma.

—Gracias.

Antes de irse, me agarra de la nuca y me suelta un beso que me deja temblando.

—Nos vemos ahora. Voy a buscar a Julen. —Sonríe a una boquiabierta Nel—. Porque no está ahí dentro, ¿no? —dice, señalando la habitación de mi amiga.

—Chica, no sé si voy a poder sobreponerme al espectáculo que acabo de presenciar... —Hace como que se marea y se parte de risa.

—Vale, Nel, en serio, que nos conocemos...

—No haberme llamado para pedir ayuda...

Me mira mientras me visto, sin parar de reírse.

—Oye, ¿cómo es que sabe lo de Julen?

—Me ha dicho que él mismo se lo ha contado. —No es del todo cierto, pero no quiero que piense que soy una chivata—. Pero no deberías enfadarte con él...

—¿Y por qué iba a hacer eso? No me importa que lo sepan, y menos Caleb. Al fin y al cabo, yo sé su secretito.

Intento no abrir la boca, a ver si así cambiamos de tema. Estiro un poco el edredón de la cama y recojo la ropa que hay tirada por el suelo.

—¿Qué quería Alice?

—Qué sé yo, me ha llamado mil veces, pero no le he cogido el teléfono. —Se sienta en la cama y ojea el móvil—. ¿Esta chica no descansa?

—No lo creo... —Le echo un vistazo a la ropa de mi maleta y me decido por un vestido ligero de estilo ibicenco.

—Con el que sí que he hablado es con tu amigo Aiden... —Sé que me está mirando

fijamente, pero me hago la loca—. Está súper interesado en hablar contigo, por si quieres saberlo.

—No me interesa...

Me acuerdo del calor que hace fuera y decido hacerme una trenza.

—Ya me imagino. —Vuelvo a oír una risita, pero la ignoro—. ¿Y no tienes curiosidad por saber qué te quiere decir?

—La verdad es que creo que no. No estoy cómoda con él. No sé, lo veo diferente.

—¡Pero si sigue igual que siempre!

La miro sorprendida.

—Mira, cariño, la única diferencia es que tú has madurado y ahora ya no estás fascinada con él, y no te culpo... —Le hago un gesto de aviso, y ella sonríe inocente—. Pero sigue siendo el mismo Aiden que siempre, un poco corto y bastante simple, qué quieres que te diga.

—Veo que te sigue cayendo igual de bien.

—Venga, Cloe, sabes que tengo razón. No te niego que siempre ha tenido un atractivo extraño, pero ni es tan guapo, ni es demasiado inteligente, ni tiene nada que ver contigo.

No digo nada. Sé que Nel tiene razón y en cuanto lo he dejado de idealizar, me he dado cuenta, pero ha sido una persona que me ha marcado mucho y a la que he querido, y eso, aunque me pese, es difícil de superar.

—Venga, vámonos, te invito a tomar un café.

IX

Debo reconocer que Alice ha tenido una buena idea para el plan de la tarde. En el jardín se ha montado un escenario, y un grupo de música jazz lleva tocando un buen rato, creando una atmósfera relajante y agradable. En unas mesas hay repartidos objetos de nuestra niñez, y los beneficios de lo que se venda será donado a una ONG.

Nel, aún enfadada por el plan de esta noche, me sigue taciturna mientras compro una Barbie y unas zapatillas de deporte que tenía igualitas a los quince años y se vuelven a llevar.

—¡Mira! —Nel me señala la siguiente mesa. Entre otras cosas del instituto, destacan las camisetas de los equipos deportivos—. ¿Has donado algo tuyo?

Niego con la cabeza. No tengo ni idea dónde han ido a parar las equipaciones que tenía, y mi madre puso el grito en el cielo cuando le sugerí que me ayudase a buscar en el trastero.

—No he podido encontrar nada tuyo. —Aiden se acerca sonriente.

—Es que no hay nada.

—Ya. —Se corta ante mi contestación y su sonrisa pierde fuerza—. Te he estado buscando antes. No sé si Nel...

—Sí, me lo ha dicho.

Me mira de hito en hito, pero al ver que no sigo hablando, carraspea nervioso.

—Si tienes un momento, me gustaría hablar contigo...

—Ahora no puedo, Aiden. Vamos a sentarnos las chicas juntas a tomar algo. —Miro hacia las mesas, donde están Sofia y Anaïs relajadas.

—Terminé. —Nel se acerca a nosotros.

—Luego nos vemos, Aiden. —Cojo a Nel del brazo y nos alejamos lo más rápido que soy capaz.

—Chicas... —Alice intercepta nuestro camino hacia las mesas—. Os he estado buscando...

—Otra —susurra Nel entre dientes—. ¿Qué pasa?

—Estábamos durmiendo.

Alice nos mira a las dos, con pinta de no creerse nada.

—En fin... Me gustaría saber si puedo contar con vosotras para que me ayudéis a recoger esto cuando termine. Tengo que echarle un ojo a la cena.

—Claro. —Nel me mira, frunciendo el ceño, pero no le hago caso. Me siento un poco culpable por escaquearme todo el rato y no ayudar en nada.

—¡Estupendo! Luego os cuento con detalle lo que hay que hacer, pero avisaré a los chicos para que te den el dinero a ti, Cloe. Tendrás que dejarlo en recepción para que vaya a la caja fuerte.

Alice se va corriendo, y Nel suspira.

—Menudo marrón...

Me encojo de hombros y sonrío.

—¿Una cervecita? —Miro curiosa la bolsa que lleva en la mano—. ¿Qué has comprado al final? —Me deja ver lo que lleva y comienza a reírse.

—¡Nel ¿Estás de coña?

—¿¿¿Yoooo??? —Se parte de risa—. Es que la he visto y no lo he podido evitar, me he acordado de ti.

Caleb se acerca sonriente.

—Escóndela, *porfa*.

—¿Nos tomamos algo, chicas? —Caleb mira cómo se ríe Nel sin entender—. ¿Qué pasa?

—Naada... —Intento tirar de Nel, pero se me resiste—. Venga, vamos a sentarnos.

Antes de que pueda evitarlo, Nel abre la bolsa y le deja ver a Caleb el contenido.

—Guauuu... Has conseguido mi camiseta del equipo... No sabía que eras tan fan mío.

—Es un regalo para Cloe. —A pesar de susurrarle, la oigo perfectamente. Noté que me sonrojo en el acto. Caleb me mira y sonrío maliciosamente.

—Nel, recuérdame que te haga un club de fans. —Los dos se ríen juntos. Caleb va hacia la barra, pero al pasar junto a mí se para discretamente.

—Cuando te la pongas, me voy a volver loco y te la voy a arrancar a mordiscos...

Se va tan contento, dejándome allí plantada, roja como un tomate. Nel se acerca, aún riendo.

—No me lo digas: por tu cara, te ha debido de soltar la guarrada del siglo. Y además te ha gustado, ¿verdad? Estás sudando.

—¿En serio? —Con horror, me tapo la cara con las manos—. Ay, Nel...

—Me das hasta envidia, chica, menuda historia...

Le pego un golpe en el hombro, riendo con ella. Tiene razón. No veo el momento de ponerme una camiseta.

Nos sentamos junto a Anaïs y Sofía, y al segundo tenemos frente a nosotras dos cervezas bien fresquitas, cortesía de Rubén, nuestro camarero favorito. Parece que las tornas han cambiado y ahora es él el que intenta acercarse a Nel en todo momento. Ella lo nota y le guiña un ojo. Cuando me mira, sonrío.

—No me voy a ir sin probarlo...

—No tienes remedio, Nel.

Robert se sienta junto a nosotras, tirando el móvil a la mesa.

—¿Qué pasa? Te veo estresado.

—Es Annie.

—¡¡¿¿Qué??!!

—No, tranquila, no pasa nada. —Levanta una mano para llamar a Rubén—. Me ha dicho que deje de llamarla, que la estoy agobiando.

Lo miro sonriente, y él frunce el ceño.

—Vamos, Robert, no te lo tomes a mal.

—De verdad, que no hay quien os entienda. —Le da las gracias a Rubén y toma un trago de su cerveza—. Si no la hubiese llamado, habría pensado que me lo estoy pasando tan bien que no me acuerdo de ella, pero si la llamo, resulta que soy un pesado.

—Pero, a ver, ¿cuántas veces la has llamado?

—Unas cuantas.

—¿Cuántas son esas? —Nel lo mira interrogante—. Dos, tres...

Robert pone cara de inocente.

—¡¿Cinco?!

Niega con la cabeza y se sonroja.

—Dios, Robert, son las ocho de la tarde, nadie tiene tanto que decir en tan pocas horas.

Robert frunce el ceño.

—Me dijo que la tuviese al día de lo que pasara.

—Pues o estás en otra fiesta a la que no me han invitado o le estás contando hasta las veces que vas al baño, porque aquí no hay tanta chicha que contar.

Robert no nos mira, avergonzado.

Miro a Nel, advirtiéndole para que suavice el tono.

—Vamos, Robert, ámate, solo está nerviosa, y es normal. —Abro mi bolsa y le doy un paquete—. Toma, tengo un regalo para ti.

Robert me mira estupefacto, a él y a la Barbie que tiene entre las manos.

—¿Esto es una metáfora o algo?

—Tú estás más tonto... —Me sigue mirando sin comprender—. Es para la niña, de verdad, que cómo eres...

—Ah... Gracias.

—Su primera Barbie... —Nel acaricia la caja y sonrío con nostalgia—. Esto sí

que se lo puedes contar a Annie, seguro que le hará gracia.

—A lo mejor a su hija le gusta jugar con camiones, o con un balón...

—... Y no con una rubia de bote tetona más superficial que la leche...

—No empecemos, ¿eh? —Anaïs salta de pronto—. He tenido esta discusión con mi marido tantas veces que estoy harta del tema.

—¿Tu hija también tiene Barbies?

—Tiene Barbies, cocinita, vestido de princesa y varita mágica... Y también corre más que los niños de su clase, le gusta tirar piedras y le pega unas patadas al balón que flipas. Así que no quiero oír una palabra de lo superficial que es Barbie o las princesas de Disney, porque los críos solo juegan y no piensan en todas esas tonterías.

—Y Barbie era una profesional que sacó una línea de ropa y se forró —apuntilla Nel—. El único problema que tenía era el calzonazos de Ken.

Caleb y Robert se quedan sorprendidos ante el enfado de Anaïs, siempre tan dulce.

—No somos nadie, amigo.

—Menos que nadie. —Robert le da un trago a su cerveza—. Te pido perdón, Cloe: no sabía de la importancia de este presente en la vida de mi hija.

—Oh, por Dios, sois idiotas...

Nel le da un trago a su cerveza y mira hacia lo lejos.

—Hablando del rey de Roma... Ahí viene la Barbie en persona.

Alice se acerca contoneándose con una gran sonrisa.

—¿Cómo va todo, chicos? —Coge la muñeca y sonrío encantada—. Me estaba preguntando quién la habría comprado. ¡Es genial! Estoy segura de que a Annie le encantará, Robert. Creo que ahora ya es de coleccionista.

Alice nos mira a Nel y a mí sonriente.

—Ya están recogiendo las cosas que han sobrado.

—Ahora vamos.

—Sin prisa. Me voy a ver cómo va lo de la cena. ¡Quiero veros guapísimos esta noche!

Nel pone los ojos en blanco y me pasa un cigarro mientras ella también se enciende uno. Robert y Caleb teclean en su móvil rápidamente.

—¿Se lo estás contando a Annie?

—¡Qué dices! Voy a buscarla en internet. Si vale una pasta, no llegará a mi casa, la vendo y listo.

Los miro boquiabierta, pero no me prestan atención.

—Dios, de verdad, no puedo con vosotros. Si la vendes, se lo contaré a Annie.

Robert me mira sorprendido.

—Te aseguro que si esta muñeca cuesta lo que creo, le pongo tu nombre a mi hija. Pongo los ojos en blanco, lamentando habérsela dado.

Nel y yo nos levantamos y recorremos los puestos recogiendo el dinero recaudado.

—Como vendan la muñeca, te has ahorrado los regalos de los cinco primeros años.

Nos quedamos gratamente sorprendidas al ver que se han vendido casi todos los artículos y que la recaudación ha sido notable. Los responsables de cada puesto nos ayudan a contabilizar el total y lo apuntamos donde nos ha indicado Alice. Cuando llevamos el sobre a la recepción del hotel, el responsable nos da el recibo de la caja fuerte y subimos a la habitación.

—Ya hemos hecho la buena acción del día. —Nel se desvía hacia el cuartel general—. ¿A qué hora es la cena?

—Ni idea. —Miro el reloj. Ya son casi las nueve, y me sorprende lo rápido que ha pasado la tarde.

Alice está con Sofía y Anaïs en el cuartel general. Nos libramos enseguida del tema del dinero y le indicamos que la mercancía sobrante ya está empaquetada y debidamente guardada.

—Gracias, chicas. Ahora mismo estábamos hablando de vosotras. ¿Qué os vais a poner esta noche? Me gustaría que todos estuviésemos muy elegantes.

—Depende de lo que vayamos a hacer luego. —Nel la mira, desconfiando—. No quiero ponerme de punta en blanco para luego tener que colgarme de un árbol.

—No te preocupes, Nel, tendrás tiempo para poder cambiarte más tarde.

—Me gustaría saber de qué va el juego, pero me imagino que no me dirás nada siendo la organizadora y todo eso.

Alice la mira sin inmutarse.

—Mira, Nel, siento la contestación de antes, pero lleváis protestando y poniendo peros a todo lo que he organizado desde que habéis llegado, y me ha sentado mal. Al fin y al cabo, nos lo estamos pasando bien, ¿no? —Nel me lanza una mirada insinuante, y sonrío discretamente—. Tú confía en mí, te aseguro que será divertido.

—Pero podrías darnos alguna pista, ¿no? —Anaïs la tienta—. Al menos dinos qué ropa tenemos que ponernos para ir cómodas...

—Chicas, chicas, chicas... —Nos mira una por una y sonrío encantada al sentirse el centro de atención—. Solo os diré que cuanto más cómodas vayáis, mejor.

Nel suspira.

—Vale, no diré nada, pero que conste que no me fío ni un pelo de ti. —Mira su reloj y se despereza—. ¿A qué hora hay que estar abajo?

Alice consulta el reloj y se levanta de golpe.

—¡Pero si es muy tarde ya! En media hora os quiero a todas abajo.

En segundos nos organiza a todas para que nos vayamos a nuestras respectivas habitaciones. Nel y yo quedamos para arreglarnos juntas. Cuando salgo de la ducha, llama a la puerta.

—Toma, que al final se me olvidaba dártelo. —Me tiende la bolsa con la camiseta de Caleb y sonrío inocente.

—Esta te la guardo, asquerosa.

—Mira, bonita, si es lo que yo me creo, me vas a deber un favor.

Ella, que va muy elegante con un vestido rojo de gasa, comienza a secarse el pelo frente al espejo. Saco de la maleta el vestido aguamarina que reservaba para esta noche y comienzo a ponérmelo.

—¡Qué bonito! —Nel se acerca para tocarlo—. Déjame verte.

Me pongo el vestido, y ella me ayuda a subirme la cremallera.

—Qué preciosidad... Es un cambio verte con otro color que no sea el negro.

Me miro al espejo y no puedo evitar darle la razón a Nel. A pesar de que con el negro me siento muy segura y la mayoría de mi ropa es de ese color, cuando vi este vestido tuve un flechazo. El tono y la gasa suavizan mis facciones y me dan un aspecto más dulce.

—Estás preciosa, Cloe, en serio. —Nel termina de secarse el pelo y me tiende el secador mientras ella coge la plancha—. Caleb va a flipar, y ni te digo Aiden...

—Vale ya, Nel, déjalo. Sabes que Aiden no me interesa.

—¿Puedo decirte una cosa sobre eso?

—Si te digo que no, me lo vas a decir de todas formas, así que dispara — refunfuño.

—En eso tienes razón. —Nel sonrío y me pega un empujón cariñoso—. Yo creo que deberías escucharlo.

—Vale, ahora sí que te has vuelto completamente loca.

—¡En serio, Cloe! Mira, llevas años comiéndote el coco por lo que pasó, y sé que tus relaciones siempre han estado influidas por eso. —Antes de que pueda decir nada, me hace un gesto para que no la interrumpa—. Tienes miedo a que te dejen, y por eso te has creado una coraza y niegas tus sentimientos.

La miro sin decir nada.

—Te obligas a hacerte la dura porque así, si te dejan, no quedas en ridículo y haces como si no te importara. Pero te afecta. Y mucho.

—Mira, si lo dices por lo de Chris...

—No lo digo exactamente por él. Yo no sé lo que os pasó y casi no lo conocía, así

que no puedo opinar. Y lo que hiciste lo harías porque tenías que hacerlo, no me cabe duda. Pero llevas demasiado tiempo viviendo del recuerdo, pensando qué habría pasado sí... Y ya está bien, Cloe. —Deja la plancha en el suelo y se planta frente a mí—. Mira, Cloe, te quiero un montón y quiero que seas feliz, pero sé que no lo serías si hicieses lo mismo que yo, porque no va contigo, así que si quieres tener una relación, tienes que tirarte de cabeza, sin heridas abiertas... Y sin pensar en tonterías que podrían haber pasado.

Se me llenan los ojos de lágrimas, y Nel me abraza.

—Soy idiota, ¿no?

Me abraza con más fuerza y se separa de mí mientras se ríe, ella también con lágrimas en los ojos.

—Idiota es Aiden. Y Caleb si te deja marchar. —Nos reímos juntas, como tontas—. No te quedes con la duda, en serio, tienes que cerrar esa historia de una vez.

Tiene razón. Aunque no he sido tan tonta como para obsesionarme con el tema, cada vez que una relación me ha salido mal he vuelto a pensar en ese día, en el que después de tres años, Aiden me dejó plantada sin darme ninguna explicación.

—Anda, vamos, tú termina de pintarte, y yo te ayudo con el pelo. Si llegamos tarde, Alice nos castigará con alguna tontería de las suyas.

Me lleva hasta el espejo y, mientras me pinto, me hace una trenza de espiga maravillosa.

Cuando terminamos, las dos juntas nos miramos al espejo desde todos los ángulos, satisfechas.

—Bueno, creo que no estamos nada mal... —comento, mirando el resultado. Aunque voy más pintada de lo que suelo normalmente, me siento guapa con mi vestido.

—¿Que no estamos nada mal? ¡Estamos buenísimas, chica! —Nel hace el payaso y se contonea imitando a Alice—. ¡No te quedes ahí plantada! Vamos a ver a las chicas.

Cuando llegamos al cuartel general, Alice está soltando un *meeting* de los suyos, como de costumbre.

—... Mira, Sofía, eres un encanto y estás muy mona, pero creo que deberías arreglarte un poco más. —Alucino cuando la oigo hablar en ese tono tan condescendiente—. No digo que sea feo lo que llevas, pero creo que os avisé cuando os dije que había una cena de etiqueta y quería que estuviésemos todos impecables...

—¿Qué os pasa? —corto a Alice antes de que diga alguna burrada. Sofía nos mira con lágrimas en los ojos.

—Noo, nada, nada... ¡Genial, estáis fantásticas! Nos mira de arriba abajo, aunque pone más atención a mi vestido—. Habría sido mejor optar por colores oscuros, pero

¿ves, Sofía? Eso es un vestido de cóctel. La verdad, pensaba que sabías cuál era la diferencia.

Me indigno al momento y veo con el rabillo del ojo como Nel resopla y va a por ella, pero la paro a tiempo.

—Yo la veo guapísima. —Sofía, que está a punto de llorar, me mira agradecida. Su vestido, un modelo corto de flores y tirantes finos, quizá le queda un poco ancho, pero se puede mejorar—. Te dejaré un fular rosa que he traído.

—Y yo, las sandalias blancas. —Me sorprende oír a Nel decir eso. Me ha comentado lo que cuestan esas sandalias y no se las dejaría a nadie ni muerta. Pero defender a alguien de Alice no tiene precio para ella.

—Gracias, chicas...

—Sí, gracias, así podremos irnos todas a cenar...

Nel agarra bruscamente del brazo a Alice.

—Necesito hablar contigo un momento.

—Voy.

Alice se va con Nel algo asustada y cierran la puerta. Sofía se derrumba y se sienta en una de las camas mientras Anaïs y yo nos miramos con cara de circunstancias.

—No le hagas ni caso. Está loca, Sofía. —Anaïs la abraza, igual de indignada que yo.

—¿Pero se puede saber por qué te ha dicho eso?

Sofía se encoje de hombros, enjugándose las lágrimas.

—Yo que sé, Cloe. Se puso como una loca cuando llegamos —me explica Anaïs—. Empezó a meterse conmigo porque no me había pintado, y cuando Sofía me defendió, la tomó con ella.

Mi enfado va en aumento.

—No entiendo por qué es así, de verdad. ¿No puede dejar en paz a la gente y que haga lo que quiera?

—Dejadlo, chicas. —Sofía se enjuga las lágrimas y se mira el vestido—. En el fondo tiene razón, voy hecha un espanto. —Se estira la falda y la suelta enfadada—. Voy hecha un adefesio, no me mintáis. Pero es que yo no tengo ni tiempo, ni dinero, ni ganas para darle prioridad a estas cosas. —Se levanta y se mira al espejo, retocándose los ojos—. ¿No me habéis visto? Parece que tengo diez años más que vosotras.

Nel entra de nuevo en la habitación, frunciendo el ceño.

—¿Qué pasa?! ¿Por qué no te has defendido?! No podemos dejar que trate a la gente así.

Le hago un gesto para que no siga hablando. Sofía se derrumba de nuevo y se

sienta.

—¡Sof, por favor! No puedes hacerle caso.

—No tenía que haber venido, Cloe.

—¡No digas tonterías! La culpa la tiene Alice, no tú.

—¿Qué ha pasado con ella?

Nel sonrío maliciosamente.

—Hemos tenido una pequeña charla que nos debíamos desde hace muchos años, así que le va a costar más de lo normal forzar esa sonrisa de falsa que tiene.

La miro preocupada. No me puedo imaginar lo que habrá soltado por esa boquita suya.

—Tranquila, en realidad no le he dicho ni la mitad de lo que pienso de ella.

Entre todas conseguimos animar a Sofia. Le dejo el fular que le he prometido y Nel va a por las sandalias. Con un peinado algo más favorecedor y un toque de rímel y colorete, está mucho más favorecida. Se queda muy sorprendida cuando ve el cambio.

—¿Ves? Solo eran unos detalles de nada. —Nel la abraza cariñosa—. Y que no me entere de que te vuelves a dejar avasallar por esa bruja. Cada comentario de ese tipo que le dejamos hacer se crece un poco más.

—Lo prometo. —Sofía sonrío encantada.

—Venga, chicas, olvidemos esto y vamos a cenar. Tengo hambre...

X

En el ascensor nos encontramos con Robert, al que lo pongo al día de los encantadores comentarios de Alice. Nos callamos de golpe cuando nos la encontramos frente a la puerta, hablando coquetamente con Caleb. Cómo no.

—¡Aquí estás! —Apenas me da tiempo a meditar lo que hago—. No pensarás que me he olvidado de la apuesta que hemos hecho.

Un agobiado Caleb me mira sin entender nada, pero enseguida me sigue el rollo.

—¿Crees que estás preparada? —Me mira fijamente, haciéndome un repaso de arriba abajo—. No querría que tu precioso vestido se estropease...

No sé qué está tramando la truculenta mente de Caleb, pero me da igual. Solo por ver la furia concentrada en el rostro de Alice me doy por satisfecha. Se pega un poco más al cuerpo de Caleb (la muy...) y le sonrío melosa.

—Pero, Caleb, pensé que me ibas a ayudar con la cena...

—Lo siento, Alice. —Se separa de ella discretamente—. Una apuesta es una apuesta.

Sin darle tiempo a una réplica, me agarra de la muñeca y tira de mí hacia el bar. Me doy la vuelta y sonrío a Alice disculpándome, aunque no puedo evitar una sensación de triunfo ante la cara de lela que se le queda.

—Gracias —me murmura de nuevo y me guiña un ojo—. Pensaba que no me ibas a ayudar. Significa mucho para mí.

—Eh, no te hagas líos. —Le doy un empujón cariñoso—. Lo he hecho más por mí que por ti.

—¿Celosa?

—En absoluto. Pero es que hoy las cosas de Alice ya me han superado completamente.

Caleb levanta una ceja interrogante, y le cuento brevemente lo que ha pasado con Sofía.

—¿De qué te sorprendes? Por lo que yo recuerdo, siempre ha sido así.

—No me gusta ver sufrir a la gente que quiero.

Caleb me sonrío y le dice algo a Rubén al oído.

—En serio, Cloe, ya es hora de que paséis de ella. Aburre a las ovejas con sus tonterías.

Rubén nos pone delante dos chupitos de tequila.

—No, no, no, no, me niego.

—Vamos, Cloe, ¿no teníamos una apuesta? —Me tiende el salero y sonrío maliciosamente.

—¿En qué consiste exactamente? —Le doy un lametón a mi mano y echo un poco de sal. Sé que no me quita ojo de encima. Me tiende uno de los chupitos e inmediatamente me llega el olor del alcohol.

—Muy fácil. —Él hace lo mismo y choca su vaso con el mío—. Vamos a beber tequila hasta que uno de los dos se raje. El que pierda, va a la piscina de cabeza.

Casi me atraganto con el tequila.

—Me niego a mojar mi vestido.

—Entonces tendrás que hacerlo desnuda.

Nos miramos fijamente. Sé perfectamente que de estar en un sitio más privado me habría tirado encima de él sin pensármelo dos veces. Y lo peor es que él también lo sabe.

—¿Hacemos una visita al baño? —me susurra meloso.

Sonrío coqueta mientras cojo el chupito que Rubén ha reemplazado por el vacío.

—Vas a desear no haber apostado conmigo.

—Hay otras cosas que deseo más en este momento...

Los demás nos interrumpen, y en cuanto se enteran de la apuesta, deciden hacer una porra para decidir quién va a ganar. Caleb me mira intensamente, y un calor muy familiar últimamente me recorre el cuerpo.

—Me encantaría que me escucharas cuando te hablo. —Nel me saca de mis calientes pensamientos.

—Perdona, ¿qué decías?

—Que se te han caído las bragas.

Miro al suelo sin entender, y Nel se parte de risa.

—Me encanta hacerte feliz.

—Venga, Cloe, no te enfades... —Mira hacia Caleb de reojo y me sonrío—. ¿Cuándo piensas hacerlo público?

—¿Por qué íbamos a hacer eso?

Nel vuelve a reírse.

—¿Y por qué no? —Sé que Caleb nos observa y no puedo evitar mirarlo—. Como no lo hagáis, pronto vais a explotar.

—Quiero dejar a toda esta gente al margen de esto.

—Y lo entiendo, pero ¿en serio te importa tanto lo que piensen?

Reflexiono un momento.

—La verdad es que no.

—Pues entonces.

Alice vuelve a la carga contoneándose y se agarra sin ningún pudor al brazo de Caleb, recostando la cabeza en su hombro.

—También me gustaría que lo hicieras por ver la cara que se le queda a Alice...

La miro, intentando no sacarle los ojos.

—Créeme, lo haría solo por eso, pero prefiero descubrir qué tenemos antes de que se entere todo el mundo.

—¿Él también quiere mantenerlo en secreto?

—No, pero...

—Pues ahí lo tienes definido.

Nos callamos de golpe cuando se acerca Robert.

—¿De qué habláis?

—Cosas de chicas.

—Oh, oh... Espero que no sean cosas íntimas. Ya he tenido suficiente últimamente.

—Hablando de últimamente, ¿has vuelto a hablar con Annie?

—Noooo... Os he hecho caso, pero después de la cena la llamaré, lo siento.

—Chicos. —Sofía se acerca mientras Alice no puede evitar revisar con la mirada su atuendo—. Creo que ya podemos ir pasando al comedor.

Veo de reojo como Caleb se libera de Alice, me guiña un ojo y se va corriendo con Julen y los demás. Alice, al verse sola de repente y sin nadie que la acoja en ningún grupo de conversación, se acerca a nosotros sonriente.

—Chicos, ya podéis pasar al comedor. Iré avisando a los demás... ¡la comida se enfría!

—Vale, ahora vamos.

Veo que un pensamiento malicioso cruza fugaz por la mente de Alice.

—Estooo... Cloe, perdona que te diga esto así de sopetón, pero deberías ponerte algo encima. El vestido es realmente precioso, pero... se transparenta un poco.

La miro anonadada.

—Ya lo sé.

—Ah... Vale... Es que pensaba que no lo sabías. No quería que te diese vergüenza si te miraban... Como se transparenta el encaje del sujetador...

—Está hecho a propósito. —Sonrío falsamente—. Lo vendían como conjunto.

—Ah, vale... —Sé que Alice, por una vez, no sabe qué decir.

—Pero gracias por la observación.

—De nada, Cloe, lo decía por ti. Pensaba que ese no era tu estilo, pero si esa es la impresión que quieres dar...

Se aleja despacio, contoneando las pocas caderas que tiene.

—Algún día encontrará la horma de su zapato. —Nel la mira con asco—. Y ese día le pegarán un bofetón tan fuerte que se le colocará el cerebro en su sitio y nos hará un gran favor a todos.

Me río encantada. Si eso pasa alguna vez, me encantaría presenciarlo.

Cuando llegamos a la entrada del comedor donde se servirá la cena, unas radiantes Sofía y Anaïs nos reciben en la puerta.

—Lo que sí admiro de Alice es la capacidad para delegar marrones —comento—. No me digáis que estáis haciendo de anfitrionas.

—Nos hemos cedido encantadas. —Miro a Sofía sorprendida, pero ella me devuelve una sonrisa cándida—. Pasad por aquí.

En cuanto llegamos a la mesa que contiene nuestros nombres, comprendo lo que ha pasado y tengo ganas de aplaudir y vitorearlas. Si en algún momento he pensado que Sofía era demasiado buena, me equivocaba por completo, y me alegro sinceramente por ello.

Cuando me fijo con detalle en la colocación de las mesas, solo pienso en una palabra: venganza. Los nombres han sido recolocados de manera estratégica, así que Robert y Caleb se sientan ahora con nosotras. El nombre de Alice ha desaparecido de aquí, y veo a Aiden sentado a una mesa al final de la sala, rodeado de todos los cerebritos de clase.

—¿Quién ha sido la mente maquiavélica?

—No sé de qué me hablas. —Sofía levanta discretamente la comisura de los labios.

—Ya, claro... ¿Y dónde habéis colocado a Alice?

Anaïs carraspea, intentando disimular la risa.

—Hemos pensado que, como anfitriona, debería compartir su tiempo con otras personas también, y estoy segura de que ellos sabrán disfrutar de su presencia como se merece.

Miro a Alice disimuladamente. Está hablando en la puerta con Sara, la delegada de clase, ajena a lo que pasa en el salón, y a juzgar por la expresión de esta, seguramente le está soltando alguna de las lindezas a las que nos tiene acostumbrados.

—Vamos a sentarnos, rápido. —Robert, que se ha percatado al momento de la situación, nos empuja hacia la mesa—. Esto es como el juego de las sillas, el último se queda sin sitio.

Corremos hacia nuestros asientos, riéndonos como locas. Nel está a punto de caerse de la silla, pero rápidamente Julen, que está en la mesa de atrás, y dicho sea de paso, no le quita la vista de encima, consigue atraparla a tiempo y endereza su asiento.

Caleb, que ya está sentado, se ríe de nosotras.

—De verdad, sois como crías. —Sonríe encantado—. Veréis la que se va a liar...

He tenido la suerte de ponerme en un sitio estratégico desde el que veo la puerta, así que me relajo y no quito la vista de Alice. No me quiero perder ni un segundo de la situación que se avecina.

Rubén aparece de la nada y deja frente a mí un nuevo chupito de tequila, sal y limón.

—¡Eh! Pensaba que la cena era una tregua. —Caleb, colocado dos sitios a la derecha de mí, sonrío maliciosamente.

—No hemos acordado reglas, así que puedo hacer lo que me dé la gana,

Entorno los ojos para mirarlo y me lo bebo a palo seco, sin sal de por medio. Porque soy la más guay. Y casi me muero, pero delante de él no voy a toser.

Justo cuando estoy intentando tragar del todo el maldito veneno, veo como Alice deja de hablar con Sara y se dirige hacia nuestra mesa. Y como, a medida que se va acercando, se va percatando de la situación y se le congela la sonrisa.

—Se va a convertir en cartón piedra —me susurra Robert, y estoy a punto de atragantarme con el tequila—. Que veeeeeneee...

—Chicas, chicas, ¿qué habéis hecho? —Intenta sonreír, pero la rabieta le sale por la orejas.

—Nos has dicho que organizásemos esto un poco... —Anaïs, con tono inocente, la mira falsamente sorprendida.

—Cariño, me refería a que le echaseis un vistazo, por si faltaba algo en las mesas. No para desorganizar todo.

—Yo creo que así está perfecto —Nel no puede evitar hablar, retando a Alice.

—Ay, Nel, seguro que de primeras lo parece, pero cómo se nota que no tienes ni idea de este tipo de organización. —Oigo resoplar a Nel y le doy un pisotón—. Esto estaba colocado estratégicamente, sé quién se lleva bien con quien, quién no se soporta... Así que es probable que la gente se acabe sintiendo incómoda.

—¡Alice, relájate! Es bueno que la gente se mezcle. —Caleb intenta quitarle hierro al asunto—. Y por nosotros no te preocupes, que estaremos estupendos.

—No lo dudo. —El peso de su mirada maligna recae sobre mí al segundo, pero enseguida vuelve a centrarse en Sofía—. Venga, hacedme un hueco, es demasiado tarde para cambiar todo.

Me quedo helada por su jeta infinita, pero Caleb me guiña un ojo y la mira con gesto grave.

—Alice, te hacemos un sitio encantados, pero, sinceramente, sea un error o no, no deberías hacer esto. No creo que la gente de la mesa en la que está colocado tu

nombre se lo tome demasiado bien... Al fin y al cabo, eres la anfitriona, y quedaría muy mal que dejases tu sitio libre.

Veo como un sinfín de expresiones recorren el rostro de Alice, e intento que no me dé un ataque de risa, como veo que están haciendo los demás.

—Ay, Caleb, creo que tienes razón, pobres... —Se gira para intentar localizar su asiento—. ¿Dónde me habéis colocado?

Sofía carraspea.

—Allí. —Señala una mesa a la entrada del salón.

Veo como Alice mira horrorizada la mesa. Sus integrantes, todos hombres y jugadores del equipo de fútbol, están tirándose entre ellos las flores del centro de la mesa. Al notar que los mira, uno de ellos se levanta.

—¡Alice, aquí! —vocifera, señalando el sitio vacío junto a él.

—Vaya, qué bien... —Alice tiene la sonrisa congelada y la mirada horrorizada—. ¡Ya voy, chicos!

Nos mira a todos con su máscara de falsa alegría.

—Así podré comprobar la comida cuando entre al comedor.

Con pasos inseguros, se va hacia su asiento. Los chicos la reciben vitoreándola, y sé que se quiere morir de vergüenza.

—Habéis hecho bien, chicas. —Se cachondea Nel—. Con su propio club de fans en la mesa tendrá tiempo para pavonearse todo lo que quiera.

—Mira que sois malas... —Robert niega con la cabeza sin poder evitar una sonrisa.

—Las buenecitas son las peores... —dice Caleb, sonriendo a Sofía, que se sonroja—. Vamos a brindar, chicos. Por Alice.

Los camareros comienzan a entrar con las bandejas de comida.

—Mirad a Aiden. Otro acierto, chicas.

Todos miramos hacia donde está sentado. Se le nota incómodo en esa mesa.

—Estoy segura de que piensa que lo han puesto con estudiantes de intercambio. —Me saluda a lo lejos, pero aparto la vista—. Seguro que no entiende ni palabra de lo que están hablando.

Nel se ríe sonoramente, y los de la mesa de al lado nos miran interrogantes.

—Chsss, chicas, o todo el mundo se enterará de lo que ha pasado.

—Por curiosidad, chicas, ¿cómo estábamos colocados?

—Es fácil de imaginar. —Nel pasea su mirada de una a otra, sopesando las posibilidades—. Alice y Caleb en una mesa íntima, alejada del resto y con velitas; Anaïs y Sofía con el grupo de los desconocidos; Robert con algún grupo neutral, y

Cloe y yo en la mesa de la cocina, pelando patatas.

Ahora es Anaïs la que se ríe sin ningún pudor.

—Más o menos, no te alejas mucho de la realidad...

Mientras cenamos, nos ponemos al día de nuestras vidas, de todo lo que hemos hecho desde que dejamos de estudiar juntos. Curiosamente, y por primera vez en todo el fin de semana, Anaïs y Sofia son el centro de la conversación, y todos nos reímos con las disparatadas anécdotas de sus vidas familiares. Nel me mira y sonrío. A pesar de ser tan brusca en algunas ocasiones, tiene un corazón de oro, y es feliz viéndonos a todos tan relajados.

—Puffff... No puedo más... Creo que voy a estallar... —Nel tira la cucharilla en el plato de postre.

—Pero si no te has dejado ni una miga... —Mi porción de tarta, al contrario, está intacta. Mantengo la vista fija, o todo lo que puedo, en el chupito de tequila que tengo delante, que de nuevo está lleno. He perdido ya la cuenta de los que llevo, y a pesar de haber utilizado todas las tácticas posibles para terminar con los demás, creo que estoy en mi límite. Sé que Caleb está mirándome fijamente, chupito en mano, así que me niego a rajarme.

—Por Dios, Cloe, ¿cuándo vais a terminar con esto?

—Cuando uno de los dos pierda...

Sin pensarlo más, echo el tequila en mi copa de agua y me lo tomo un poco más rebajado. Caleb me guiña un ojo y se lo toma de un trago.

—Tómame un poco de tarta o no conseguirás levantarte de la silla.

—Creo que ya estoy en esa situación. Llevo veinte minutos con unas ganas locas de ir al baño, pero me da miedo caerme.

—¡Chicos, chicos! —Alice, que estoy segura que lleva una cena infernal, da unas palmadas para que la gente le preste atención—. Es hora de los cafés, se servirán fuera mientras os explico la actividad de esta noche.

—Mierda... Esperaba que el café me ayudase a levantarme.

—Esperaremos a que salgan todos.

Alice enseguida se acerca a la mesa, aprovechando la mínima oportunidad.

—Robert, Caleb, os toca ayudarme. ¿Venís conmigo?

—Eh... Sí, claro. —Robert nos mira desconcertado.

Me encojo de hombros. No sé de qué va el tema. Alice espera pacientemente a que los dos se levanten, coge a cada uno de un brazo y se aleja entre ellos.

—Lo que necesita esta tía es un buen polvo. —Todas miramos alucinadas a Anaïs—. ¡¿Qué?!

—Nada, nada, que veo que os estoy pegando mi mala lengua a todas... —Nel le

sonríe cómplice.

—Es que es más infantil que mis hijos, y ya estoy un poco cansada. Para tonterías así me quedo en casa, que por lo menos a ellos los puedo castigar.

Nos levantamos de la mesa y vamos juntas al jardín, haciendo una paradita en el baño.

—Se supone que este fin de semana era para volvernos a ver relajadamente y hablar de los viejos tiempos. Y en vez de eso me veo transportada a *Gran Hermano*, y lo malo es que no se la puede nominar.

Nos reímos de su ocurrencia mientras intentamos hacernos con un café. Cuando consigo un poco de hielo para el mío, una sonriente Alice sube a un escenario improvisado que a buen seguro han tenido que montar Robert y Caleb.

—Hola, chicos, buenas noches de nuevo. —Una de las chicas del equipo de voleibol, que está a mi lado, resopla al oírla. Al parecer no somos las únicas que estamos hartas de esta movida.

—Espero que hayáis disfrutado de la cena y que los cafés sean de vuestro gusto. —Nel me mira, haciendo el payaso, y hago un esfuerzo sobrehumano para no reírme—. Como ya sabéis, los que habéis leído el programa del fin de semana, esta va a ser una noche especial.

Miro de reojo a Nel, y ella sonríe. Dudo que alguien haya leído el programa. Todo el mundo cuchichea, y veo como la cara de Alice se crispa por la interrupción.

—En una hora dará comienzo el juego de esta noche y, como os decía, será una noche especial. Para ello es necesario que os vistáis con ropas cómodas y busquéis a la pareja que os ha tocado.

Alice sonríe a Caleb coquetamente. Tengo ganas de subir al escenario y darle una patada en el culo, pero me contento al ver la cara de pocos amigos de él y cómo, sin hacerle ningún caso, pasa de ella y me guiña un ojo.

—Más tarde recibiréis un sobre con las instrucciones para comenzar el juego. —De nuevo todo el mundo comienza a murmurar, y Alice se impacienta—. Nada más por ahora, disfrutad del café... ¡y preparaos para ganar!

Algún alma caritativa aplaude sin demasiadas ganas. Los demás seguimos a lo nuestro.

—En serio, mira que está pesadita. —Alma, una chica con la que apenas he hablado en toda mi vida, me mira sonriente y suspira—. ¿Para qué nos hemos puesto guapas? Si lo llego a saber, bajo a cenar en vaqueros.

—No sabes la razón que tienes. —Nel se nos une, encantada de poder poner verde a Alice—. Yo estoy por escaparme y pasar del juegucito.

—Ah, pero ¿se puede hacer?

Nel ríe con ganas.

—Alma, hija, ya no estamos en el colegio y, aunque Alice siempre ha tenido alma de señorita Rottenmeier, no tenemos que obedecerla si no queremos. Ni que fuese a castigarnos.

—Tal y como es, sería capaz de llamar a nuestros padres.

Pasamos un rato hablando con Alma y su grupo, y es evidente que hay malestar entre toda la gente. Todos están cansados de tanta actividad, y lo único que quieren es tomarse algo juntos y tal vez mezclarse un poco. Cuando voy a la barra a por un segundo café, Rubén se nos acerca y habla con Nel. Esta se ríe encantada, y al ver que los observo, se acercan.

—Me tienes que hacer un favor.

—Bueenooo... Miedo me das.

—No es demasiado complicado, no te preocupes.

—No me lo digas. —La miro a los ojos y frunzo el ceño—. Si alguien me pregunta por ti, no tengo ni idea de donde estás.

—Exacto.

Sonrío cómplice.

—¿Rubén?

—Sí.

—¿Fiesta?

—Sí, sí, sí, y cuanta más, mejor.

—¿Sabes que eres mi heroína?

Nel me da un empujón cariñoso.

—¿Quieres venir? Rubén me ha preguntado si alguna de vosotras se apunta.

—Creo que no, estoy demasiado mayor.

—O tienes planes mucho mejores...

Mira a Caleb, que habla con Robert y los chicos del equipo, y sonrío maliciosamente.

—¿Siempre estás pensando en lo mismo?

—Ja, ja, ja... Siempre no, pero hay veces que es el mejor pensamiento que te puede pasar por la mente.

Las chicas se acercan con sus cafés, y Nel les cuenta sus planes.

—Conmigo no cuentes, si puedo escaparme de la siguiente tontería, me esconderé en la habitación. —Anaïs, de nuevo agotada, se sirve un poco más de café—. A este paso voy a volver a casa más cansada de lo que me fui.

—¿Y dónde vas a ir?

—Dice que hay una fiesta en un chiringuito de la playa y que después iremos a otra en casa de unos amigos.

—¿Y ese interés, Sofía? —Anaïs la mira extrañada—. ¿No estarás pensando en ir? Sofía frunce el ceño.

—¿Pues sabes qué? Que sí que me apunto.

—¿En serio? —preguntamos todas a coro.

—Totalmente. —Sofía mira su reloj y a Nel—. ¿Me da tiempo a cambiarme? Nel la mira desconcertada.

—Pues claro.

—Necesito que me ayudéis.

—Estás como una cabra, Sofía. —Anaïs niega con la cabeza, se bebe de un trago el café y sale con nosotras hacia las habitaciones—. Me voy a hablar con mi hija un rato, que es más adulta que vosotras.

Una Sofía desatada corre hasta la habitación de Nel. Nosotras no decimos ni una palabra.

—Ya lo sé. Estoy loca. Pero necesito divertirme. —Nel me mira, y me encojo de hombros—. Quiero que me pongáis sexy y malota y... Lo que haga falta. Vamos, como otra persona. Por favor, chicas.

Sofía se deja vestir y en unos minutos está irreconocible. Me largo a mi habitación a buscar una camiseta negra con rotos y cuando llego, la encuentro intentando embutirse en unos pantalones de cuero de Nel.

—¡Ni se te ocurra! —La desengancho de los pantalones y los tiro lejos.

—¿Qué pasa?

—Nel, por favor, la chica quiere divertirse, no mearse encima. —Sofía me mira sin entender—. Si te pones esos pantalones, con el calor que hace se te quedarán pegados tres días.

Le tiendo unos vaqueros finos y muy ajustados, con cremalleras desde los tobillos hasta las pantorrillas.

—Guau, que sexy...

—Toma, ya las puedes cuidar. —Le tiendo mis maravillosas sandalias negras de tiras cruzadas.

—No voy a poder andar con esos taconazos.

—No digas tonterías... —Se embute en los vaqueros y le quedan perfectos—. Tienen plataforma por delante, no es tanto tacón.

Sofía me mira indecisa.

—Tú quieres ir sexy, ¿no? Pues deja que elijamos nosotras.

Diez minutos después está impresionante.

—Vaya cambio, niña... —Nel está muy sorprendida—. Creo que a partir de ahora Sofía se va a aficionar a vestir de negro como tú.

—Si al final es el color definitivo...

Veo como una sonriente Sofía se mira al espejo alucinada. Hasta su actitud corporal parece haber cambiado.

—Bueno, y tú, ¿qué te vas a poner?

—Esto. —Les enseñó unos vaqueros parecidos a los que le he prestado, unas sandalias de cuña de esparto y una camiseta negra, como no, cruzada a la espalda.

—Se supone que hay que ponerse ropa cómoda, ¿no?

—Yo voy comodísima con esto y no pienso hacer el mono subiéndome a un árbol ni nada parecido.

—Y además te ha tocado con Aiden. —Nel y yo nos miramos, y asiento.

—Te puedo asegurar que a Cloe eso ahora mismo le importa un carajo. Sofía nos mira sin entender—. Va, te lo cuento, pero, por favor, no le digas nada a Alice. —Sofía asiente solemne—. Me he liado con Caleb.

Nel y yo nos reímos por la cara que pone.

—¿Qué dices? ¿Me estáis tomando el pelo?

—A mí también me costó creerlo, pero es así.

Sofía me mira de arriba abajo.

—Pensaba que te alegrarías de que no fuese Aiden.

—Y me alegro. Y más después de verlo doce años después. Si tenía mal recuerdo de él, ni te cuento lo que opino ahora. —Miro a Nel, que asiente a todo.

—¿Entonces? ¿No te alegras?

—Mira, guapa. —No sé si son los tacones, pero se acerca a mí desafiante—. Ya podrías haberlo hecho hace años. A lo mejor no habríamos tenido que sufrir vuestras peleas.

—Bueeno... No creo que sea para tanto...

—¿Qué no era para tanto? Me pasé años aterrorizada al cruzarme con él, pensando que si lo saludaba amablemente dejaría de ser amiga tuya.

—Sofía, creo que exageras.

—Y resulta que todo ese odio era solo tensión sexual no resuelta... —Sofía me mira y de pronto sonrío—. Pues espero que al menos estéis resolviendo una y otra vez esa tensión y os dejéis de tonterías de una vez.

—Mira esta...

—Tienes toda la razón, Sofía. —Nel choca la mano con ella, y las miro indignada

—. Ya era hora de que echasen un buen polvo y se dejarasen de tonterías.

—Bueno, de verdad, si lo llego a saber, no os cuento nada a ninguna.

Las dos ríen con ganas.

—Hala, chicas, iros ya o al final os va a pillar Alice.

—¿Te estás deshaciendo de nosotras?

Nel mira la hora y coge un bolso pequeño.

—No, corre o tendrá razón.

Cogemos todas nuestras cosas y me despido de ellas en el ascensor. En cuanto salimos, las dos salen disparadas hacia el parking, y yo, al jardín, rezando para que la noche pase pronto.

XI

En cuanto me acerco a la barra, un camarero al que no conozco, aún, me pone delante un chupito de tequila.

Joder.

Oigo risas a mis espaldas. Cuando me giro, me encuentro con Caleb y con Robert Julen también los acompaña.

—En serio, como Alice haya organizado una carrera de sacos, vais a flipar. — Robert niega con la cabeza y pide otro café.

Me bebo de golpe el chupito, que me arde por dentro. Mañana voy a tener una acidez de época. Caleb me guiña un ojo y se toma el suyo sin ningún esfuerzo aparente. Con los vaqueros claros que se ha puesto y un polo azul marino está para comérselo.

—Cloe... ¡Cloe! —Salgo de mi ensoñación cuando oigo a Anaïs berreándome—. ¿Qué te pasa, hija? Estás en las nubes...

—Perdona, estaba pensando en mis cosas...

—Al final te vas a pillar un pedo con los tequilas... ¿Cuándo lo vais a dejar?

Miro a Caleb de reajo y me sonrío.

—Pues no lo sé, la verdad, pero lo estoy deseando...

—¿Dónde están las chicas?

Con los pensamientos que estoy teniendo se me había olvidado contarle lo de Sofía.

—¿Qué me estás contando! ¿Al final se ha ido? —Anaïs no da crédito—. De Né me lo creo, y hace bien, pero ¿Sofía? A ver donde se mete...

—Espera, espera... Que quiera largarse por ahí a divertirse un poco no significa que le vaya a poner los cuernos a Antonio... Y no la culpo por querer largarse, porque desde luego el planazo que tenemos por delante no es para tirar cohetes.

—Y tú, ¿por qué no te has ido? Anda que avisan...

Anaïs me mira enfadada y me siento un poco culpable. La verdad es que Sofía nos ha dejado tan alucinadas que por un momento nos hemos olvidado de ella.

—Llámalas si quieres y anímate. No creo que anden muy lejos...

—Anda. Anda... Quita. —Relaja el gesto—. Ni loca me voy yo de juerga ahora. Estoy deseando irme a la cama.

—Pues mira que estás tú abuela últimamente...

—Venga, no me digas que tú no te irías a la cama ahora mismo, sé sincera...

Miro de reojo las espaldas de Caleb y suspiro.

—No sabes qué razón tienes...

—¡¡Hola otra vez, chicos!!

La voz de Alice resuena por el jardín como si se hubiese tragado un megáfono.

—Joder con la otra, qué ganas le pone...

Todos nos damos la vuelta. En el escenario está plantada una Alice eufórica, súper arreglada y maquillada, con unos tacones de vértigo.

—¿Y decía que nos pusiésemos algo cómodo?

Me río con ganas y se nos oye demasiado. Alice nos asesina con la mirada, pero con el nivel etílico en sangre que llevo a estas alturas, francamente me importa un bledo.

—Creo que ya estamos todos, así que vamos a empezar.

—Pues verás la sorpresa que se lleva... —murmura Anaïs, y volvemos a reír como tontas.

—Por fin es la hora de comenzar la misión. —Unos *voluntarios* despliegan tras ella un mapa de lo que parece el área del hotel—. Bienvenidos a la búsqueda del santo grial.

—¿Aún estamos a tiempo de largarnos?

Robert se acerca por detrás de nosotros y me tiende un chupito.

—Me parece que no, ya nos han fichado. —Miro a Caleb y le hago un gesto de brindar con él. Me trago el chupito y me viene una arcada, pero me contengo y le sonrío, retándolo.

—Cada pareja recibirá un sobre inicial con instrucciones para encontrar la primera pista. A partir de ahí comenzará vuestra aventura, que os llevará a diferentes puntos del hotel. —Señala el mapa sonriente, pero enseguida se le tuerce la sonrisa—. Está prohibido salir del recinto y no podréis saltaros ningún paso.

La gente murmura a nuestro alrededor, y Alice se impacienta.

—Nadie podrá abandonar la misión hasta que una pareja consiga superar todos los retos.

Anaïs me mira y suspira. Se oye alguna protesta, y Alice intenta tranquilizar al personal.

—Chicos, chicos... Estoy segura de que lograréis el objetivo sin esfuerzo.

Una alarma insufrible nos deja sordos.

—¿Pero qué...?

—Cuando suena esta alarma, que estoy segura que podréis captar desde cualquier punto del hotel, significará que la primera pareja ha llegado a la meta. Cuando esto

ocurra, estará en vuestra mano querer continuar. Pero os prometo que los premios valen la pena, chicos. Los ganadores recibirán un viaje de fin de semana a París para dos personas.

—Qué bien pensado el regalo. —Robert frunce el ceño—. Sobre todo para la gente que tenga pareja. Estoy seguro que mi mujer quedará encantada con la noticia.

Anaïs lo mira y asiente.

—De verdad, cada vez estoy más segura de que Alice necesita un marido o acabará con todas las parejas que la rodean.

Aiden se acerca a nosotros y le susurro a Robert que me traiga otro chupito de tequila.

—Lo voy a necesitar.

—Nada más, chicos, no hay más que decir... ¡Que dé comienzo el juego!

—Espérate, que ahora se ha pensado que es una emperatriz romana.

Anaïs me arranca el chupito de la mano y se lo bebe ella.

Comienzo a notar una flojera propia de los efectos de aquella bebida y agradezco el gesto. Alice se acerca a nosotros contoneándose.

—Bueno, chicos, espero que estéis preparados. —Sonríe a Caleb de oreja a oreja—. ¿Preparado para ir a París?

—Espera, espera... —Robert la mira incómodo—. ¿Tú vas a jugar? Porque me parece que si ganáis estará todo amañado...

—Yo no tomaré parte en las decisiones del equipo. —Alice lo mira con cara inocente—. Y aunque lo haya organizado, no sé con qué nos enfrentamos. Yo no he escondido las pruebas, así que no sé dónde están, y los sobres se van a repartir de forma aleatoria. —Señala a unos camareros que traen una urna con sobres—. Pero ya sabéis que me encanta jugar... —Mira a su alrededor extrañada—. ¿Dónde están Nel y Sofía?

Pongo la cara más aséptica que soy capaz.

—No tengo ni la menor idea. Las he dejado en el baño cuando hemos llegado al jardín.

Alice mira el reloj nerviosa.

—Pues tendremos que empezar sin ellas. —Se aparta el pelo coqueta—. Caleb, tú serás la mano inocente, no quiero que nadie piense que hago trampas cuando vayamos a París.

Pongo los ojos en blanco, y Caleb me sonrío de medio lado. Mete la mano en la urna y saca un pequeño sobre.

—Cloe, te toca.

Aiden me sonrío, pero paso ampliamente de él.

Cuando ya todas las parejas tienen un sobre, una pantalla indica que comienza la cuenta atrás, y Anaïs me mira con cara de suplicio.

—Estaremos en contacto por si me necesitas.

Mira a Aiden de reojo, frunciendo el ceño.

—Tranquila, espero que alguien, aparte de Alice, esté deseando irse a Paris y esto termine pronto.

La cuenta atrás se acerca al final y Alice sonrío entusiasmada, dando unos saltitos ridículos, agarrada como una lapa al brazo de Caleb. Este, al ver que los miro, me sonrío, poniendo los ojos en blanco, y el estómago me da un vuelco. La estruendosa alarma vuelve a sonar y nos separamos en parejas. Abro el sobre y leo el contenido. Se lo tiendo a Aiden con desgana.

—Vamos.

Mientras nos alejamos, veo como Alice coge a Caleb de la mano y tira de él entusiasmada. Tengo unas ganas locas de partirle la cara.

—¿Vienes? —Aiden me tiende su brazo, sonriente, pero ignoro el gesto y comienzo a andar a su lado.

—Me pregunto por qué nos habrán mandado a la piscina... —comenta Aiden, intentando iniciar una conversación.

—No tengo ni idea, pero no me pienso meter en el agua —murmuro gruñendo. Cuando llegamos al sitio marcado, buscamos entre las tumbonas alguna pista.

—Oh, por Dios.

—¿Has encontrado algo?

Señalo hacia el fondo de la piscina, donde hay algo hundido.

—No me jodas.

Comienzo a buscar con la mirada un limpia fondos o algo que nos pueda ayudar, pero como me temía, no hay ninguno.

—Espera, ya me meto yo.

Aiden comienza a quitarse la ropa y me siento algo incómoda. Desde luego, no es la primera vez que lo hace en mi presencia, pero no me imaginaba que volvería a verlo en una situación así.

Aiden me mira sonriente, aunque un poco turbado.

—Empezamos bien. Si hubiese sabido esto, me habría comprado calzoncillos nuevos.

No puedo evitar reírme. Aiden lleva unos calzoncillos ajustados con estampado de comecocos, y debo reconocer que se conserva en buena forma. Y que sigue siendo un payaso.

Se mete en el agua tirándose a bomba, dejándome desconcertada y completamente empapada.

—¡Aiden! —mi grito resuena en la cúpula de la piscina.

Se ríe de mí en el agua.

—Perdón, perdón, no lo he podido evitar.

Sonríe maliciosamente y se sumerge hasta el fondo. Unos segundos después reaparece en la superficie, agotado.

—Esto está hecho a mala leche. —Me tiende una bolsa transparente con un sobre dentro y sale ágilmente por el borde de la piscina—. Venga. Ábrelo.

Desenvuelvo el sobre y saco el papel, sintiéndome algo extraña por su cercanía.

—En el salero lo encontrarás.

Nos miramos, y Aiden frunce el ceño, pensativo.

—¿Se supone que tenemos que revisar todos los saleros del hotel?

Me río ante su cara ceñuda.

—No lo creo... Tratándose de Alice, seguro que se refiere al mar.

Aiden niega con la cabeza.

—Siempre me dio rabia que fueras más lista que yo.

—Anda, venga ya... Es solo que sé cómo piensa Alice.

Me mira de una forma extraña, y no sé qué decir. Coge los pantalones y comienza a vestirse.

—¿Por qué no puedes aceptar un cumplido?

—¿Cómo dices?

—Venga, Cloe. —Se pone la camisa y me mira seriamente—. Nos conocemos muy bien y sé que estás incómoda conmigo.

Lo miro alucinada.

—Realmente eres un genio, colega.

Me mira enfadado, y me arrepiento.

—Lo siento, es... una broma.

—No me hace gracia, Cloe.

—Lo sé.

Busco una toalla del hotel y se la tiendo amablemente. La coge sin decir nada y comienza a secarse el pelo. Me siento en una tumbona y pienso en algo que decir mientras el silencio me oprime el pecho.

—Ya estoy, vámonos.

—Aiden, lo siento. Es en serio. —Me mira sin decir nada—. Tendremos que pasar un rato juntos esta noche, así que me gustaría que me hablaras, si no es mucho pedir.

—Claro, para no sentirte incómoda.

—Pues sí.

—Igual de incómodo que me he sentido yo desde que he llegado, ¿no?

Me siento culpable sin poder evitarlo.

—Lo siento, Aiden, pero después de lo que pasó...

Se para en seco y me mira con el enfado reflejado en su cara.

—Cloe, ¡por favor! Han pasado muchos años de eso. ¿Aún no lo has olvidado?

No digo nada. Veo la sorpresa reflejada en su rostro.

—¿No lo vas a poder olvidar nunca?

—No puedo olvidar las cosas que no entiendo.

Niega con la cabeza, y comienza a andar hacia la puerta de salida.

—Pensé que con el tiempo te acordarías de los momentos bonitos.

—Y me acuerdo. Pero no me puedo quedar solo con eso, porque hubo un momento muy malo que nubló todo lo demás.

—Ya.

Salimos del hotel sin mediar palabra y nos encaminamos hacia el maldito sendero que lleva a la playa.

—Agárrate para bajar.

—Gracias. —No quiero hacerle otro feo y lo cojo del brazo.

Intento no mirarlo, pero siento sus ojos clavados en mí a cada momento. Cuando llegamos al trozo del camino que es demasiado escarpado, él baja primero y me tiende los brazos para que salte. No me lo pienso dos veces, y me agarra en el aire por la cintura, depositándome con cuidado en el suelo, frente a él.

—Gracias.

—De nada.

Sigue andando sin esperarme, y lo sigo con cuidado, intentando no tropezarme.

—¿Me puedes esperar, por favor?

—Sí, perdona.

Se para en seco y espera a que esté a su altura para seguir caminando.

—¿En serio vamos a estar así todo el rato?

—¿Y qué es lo que quieres?

Suspiro y trato de calmarme.

—Solo quiero que me cuentes qué es lo que pasó.

Aiden me mira sorprendido, y noto una pizca de tristeza en sus ojos.

—Cloe, no creo que sea una buena idea remover el pasado.

—Yo tampoco lo creo, pero quiero entenderlo de una vez. Si no es mucho pedir,

vamos.

—No hay nada que entender, Cloe.

Me deja plantada en medio del camino y se interna en el pasadizo que lleva a la playa. Intento contener las ganas locas que me han entrado de llorar y corro a buscarlo. Cuando llego hasta él, le tiro del brazo con toda la rabia que he acumulado todos estos años.

—¿Qué no hay nada que entender? —La voz me tiembla y lucho por contener las lágrimas—. Éramos inseparables, te quería con locura y pensaba que tú a mí también... Teníamos planes que cumplir y viajes que hacer juntos... Y de un día para otro, me dices delante de todo el mundo que te aburro y no quieres saber nada más de mí.

—Cloe...

—¿En serio no tengo nada que entender? Me he pasado años pensando qué hice mal... —Las lágrimas comienzan a resbalar por mis mejillas, me las quito de un manotazo.

—Tú no hiciste nada mal...

—¡¡Pues entonces dime qué pasó!!

Aiden se sienta en la arena y suspira.

—No pensé que hablaríamos de esto.

Me siento junto a él porque, de repente, me siento agotada.

—Creo que el simple hecho de venir incluía la posibilidad de que pasase eso.

—¿Sabes? Cuando Alice me comentó lo de este fin de semana, acepté sin pensármelo. Reconozco que he ensayado mil veces las cosas que te diría en un encuentro fortuito, pero no sé por qué nunca nos volvimos a ver. Pero yo me imaginaba que después de todos estos años... —Suspira y se revuelve el pelo—. No sé, soy imbécil. Me imaginé que todo eso me lo habrías perdonado y que estaríamos tan contentos de volver a vernos que solo nos preocuparía saber qué ha sido de nuestras vidas, que con un poco de suerte tendría una segunda oportunidad.

Lo miro sin entender nada de nada.

—Mira, Aiden, lo mejor que podemos hacer es volver al hotel. Se acabó. ¿Sabes qué? Tienes razón, prefiero no saberlo.

Comienzo a levantarme, per Aiden tira de mi mano y me vuelve a sentar.

—Está bien, Cloe. —Me mira abatido—. ¿Quieres saber qué pasó?

Empiezo a arrepentirme de todo esto, pero recuerdo las palabras de Nel.

—Sí, lo necesito.

—¿Estás contenta? Fui un gilipollas completo.

—Mira, Aiden...

—Tú siempre has sido muy inteligente, eras estudiosa, guapa y deportista, tenías un montón de metas y sueños y todo lo que hacías era perfecto... ¿Dónde crees que quedaba yo entre todo eso?

—Aiden, ¿de qué estás hablando?

—Venga ya, Cloe, no te hagas la sorprendida. Sé que tus amigas no acababan de entender qué hacías con un tío como yo.

—Eso es una tontería...

—Por favor, si ni tu madre me soportaba... Y no me lo niegues.

—A mi madre aún no le he presentado un chico que le parezca lo suficientemente bueno, así que eso no te vale como argumento.

—Yo era un salvaje, no hacía más que meterme en líos, cada vez más serios, y cuando aprobaba alguna era de casualidad. Y tú... —Me mira de nuevo, con lágrimas en los ojos—. Tú eras demasiado para mí, Cloe. Eras preciosa, y yo estaba todo el día deseando besarte y tocarte, y tú... Y tú siempre estabas allí, pero siempre con la mente a kilómetros de distancia.

—Así que la culpa fue mía...

—No estoy diciendo eso, Cloe. Claro que la culpa no fue tuya, joder. Tú eras perfecta, ¿no lo entiendes? Tú jamás me habrías hecho algo así...

—Porque te quería.

—¿Estás segura de que me querías? ¿O lo que te gustaba era la idea de estar con el tío chungo de clase?

Lo miro sorprendida.

—No me puedo creer que me estés diciendo todo esto, Aiden.

Se levanta de un salto y me mira con rencor.

—¿No querías hablar? Pues hablemos.

Me levanto también, temblando de la rabia.

—¿Cómo has podido pensar un solo momento que no te quería? —Intento mirarlo a los ojos, pero aparta la mirada—. Yo te adoraba, Aiden. Tenía todos los libros marcados con nuestras iniciales, me volvía loca cada vez que te veía jugar al fútbol y no podía soportar que ninguna chica te mirara. Pasaron años antes de encontrar otro chico con el que sintiese algo cuando me besaba, porque todos los besos los comparaba con los tuyos. ¿Te acuerdas de nuestras tardes en el parque? —Aiden asiente en silencio y una sombra de tristeza asoma en sus ojos—. Solo nos besábamos, ¡solo!, porque yo no estaba preparada para que me metieses mano, y a ti no parecía importarte. Y nos pasábamos horas y horas besándonos. Sin apenas respirar, sin importarnos nada. Y yo volvía a casa con los labios tan rojos que mi

padre se pensaba que me pintaba a escondidas. —No dice nada, pero me mira estudiándome—. Si aún me sé de memoria el teléfono de tu casa. ¿De verdad pensabas que no te quería?

Aiden me mira sin saber qué decir.

—¿Esa fue la razón por la que me dejaste tirada y en ridículo delante de todos? — De nuevo vuelvo a llorar, pero ya no intento evitarlo. Le pego un puñetazo con todas mis fuerzas en el hombro—. ¿Esa fue tu gran razón?

—No del todo. —Se frota el hombro dolorido—. Alguien me dijo que tú estabas enamorada de otro, que sabías que estabas por encima de mí en todo y...

—¿Qué?

—Que seguramente esperarías a comenzar la universidad para dejarme.

—¿Quién te dijo eso?

—Eso da igual ahora.

—¡Claro que no da igual! ¿Quién fue?

—No te lo voy a decir.

—¿Lo conozco?

Aiden rehúye mi mirada.

—Claro que lo conozco. Dímelo.

—Mira, Cloe, no insistas, no te lo voy a decir, porque eso no tiene la menor importancia ahora.

—Para mí sí.

—Pues para mí no. ¿Qué más da quién fuese? Todo el mundo pensaba lo mismo. Cuando te graduaste, te pasaste un mes mareándome con lo agobiada que estabas con tu nueva vida, y no pensaste ni un segundo en mí.

—Eso no es verdad, quedábamos todos los días...

—¿Y para qué? Para contarme lo asustada que estabas de hacer una mala elección, de tener nuevos compañeros y nuevos profesores...

—Tú me preguntabas.

—Pues claro que te preguntaba. Pero me habría encantado que alguna vez me preguntases a mí.

Me quedo sin saber qué decir.

—Mira, por una vez he conseguido dejarte sin habla.

—Es que no me lo puedo creer... Hablábamos muchas veces de eso...

—¿De qué? ¿De qué estaba tirando mi vida por la borda? ¿De qué era tonto de remate y mejor dejar de estudiar para trabajar en algo de provecho? Jamás te paraste a preguntarme si tenía algún problema, o cómo me sentía por tener que repetir

mientras los demás os marchabais.

Recuerdo de repente, lejanamente, que él no se graduó con nosotros.

—Nunca te ofreciste a ayudarme a estudiar.

—Si me lo hubieses pedido...

—¡No te lo tenía que pedir! Tenía que haber salido de ti.

—Aiden, yo...

—Cuando nos fuimos de viaje de fin de curso solo podía oír cosas sobre las notas, las carreras y las asignaturas que elegirías. Y yo solo podía pensar cómo decirte que no pensaba repetir curso y que después del verano me iría a trabajar con mi padre al taller. Porque una vez que tú te fueses de allí, no tenía sentido volver.

Me quedo sin habla por segunda vez en la noche.

—Ya, me imagino que no lo sabías.

—Pues no, la verdad.

—Pues ya lo sabes.

Aiden va hacia la orilla y recoge un pequeño barco de juguete.

—Aquí lo tienes, esta es la segunda pista.

—Aiden, lo siento, no me había parado a pensar en todo eso.

—Da igual. Pasó hace mucho tiempo, ya te lo he dicho.

—No. —Dejo el barco en el suelo y le cojo la cara entre mis manos—. Perdóname si no te escuché, y lo digo en serio. Y gracias por contármelo, porque he estado preguntándome durante muchos años qué pasó.

Aiden me mira con pena y quita mis manos de su rostro.

—Hay algo más, Cloe.

Lo escucho sin interrumpirlo, aunque esta vez las lágrimas corren libres por mis mejillas. Cuando termina de contarme, se siente avergonzado y me rehúye la mirada.

—Eso es todo.

—Ni más ni menos.

—Lo siento, Cloe. Fui un gilipollas.

—Sí, lo fuiste.

No tengo nada más que decir.

Pasamos minutos así, hasta que Aiden se da por vencido y me suelta las manos. Mis brazos caen laxos contra mi cuerpo. De repente me siento vacía. Al fin sé la verdad y es ahora cuando me doy cuenta de que todo el mundo tenía razón: realmente no quería saberlo.

Miro a Aiden. Al fin lo veo de nuevo, como era entonces, sin idealizarlo. Con sus cosas buenas y sus cosas malas, con ese aire de chico malo que siempre me encantó y

esa mirada atormentada, cuya razón sé ahora.

Me planto frente a él, muy cerca. Y nos miramos. Los dos estamos llorando.

—Gracias por contármelo, Aiden, aunque habría preferido que me lo hubieses contado entonces.

Sin saber por qué, tomo su rostro entre mis manos y le doy un beso en los labios.

—¿Y eso?

Sonrío tristemente y le limpio las lágrimas de sus mejillas.

—Para que sepas que, en los viejos tiempos, siempre fuiste querido. —Aiden intenta acercarme a él, pero me quito sus manos de la cintura y niego con la cabeza—. Adiós, Aiden.

Me seco las lágrimas de los ojos y comienzo a andar sola hacia el hotel. Aiden no intenta impedírmelo y se lo agradezco.

XII

Lloro cuando subo la empinada cuesta del camino y cuando consigo treparlo a gatas. Lloro cuando creo que me estoy mareando de todos los tequilas que llevo encima y cuando recuerdo de repente lo patética que he sido todos estos años y lo bien que me ha venido para mi profesión. Y lloro aún más cuando me doy cuenta de que, haga lo que haga, nunca podré quitarme de la cabeza que parte de la culpa la tuve yo.

Cuando cruzo el jardín del hotel, me choco con una escena que no esperaba ver: Caleb y Alice sentados en la terraza, ella encima de la mesa, cruzando sus largas piernas y riendo a carcajadas. Caleb me ve el primero y se levanta rápidamente.

—¿Cloe, estás bien? —Corre hacia mí con gesto preocupado.

—Sí, estoy bien, no pasa nada.

—¿Es Aiden? ¿Te ha hecho daño?

—¿Qué ha pasado? —Alice intenta poner cara de preocupación, pero sé de sobra que le acabo de fastidiar el plan.

—Nada, de verdad, chicos, gracias por preocuparos, pero necesito ir a la habitación.

Caleb me mira fijamente y me agarra fuerte las manos, queriendo decirme algo más, pero me separo de él y niego con la cabeza, intentando sonreír.

—De verdad, necesito pensar.

—¿Qué ha pasado, Cloe? —Alice se cuela entre los dos bruscamente y sin ninguna vergüenza, apoyándose con toda confianza contra Caleb—. ¿Has discutido con Aiden? Porque sabes que una de las reglas del juego es que no puede abandonar ninguno. Si gana él, no será válido.

Después de todo el saber estar, toda la paciencia que he tenido y todo lo que me he obligado a reprimirme esa misma noche y desde que llegamos aquí, una ráfaga de mala leche se apodera de mí y me aparto de ella como si quemase.

—¿Tú eres tonta o te lo haces, Alice? —Sus ojos se abren tanto que parece que van a salirse de sus órbitas—. ¿No te das cuenta de que estoy llorando? —Intento refrenarme, pero he cogido carrerilla y la verdad es que ya me da todo igual.

—Ya, bueno, solo quería...

—¿Solo querías qué?!

—Vale, Cloe, déjalo, te acompaño arriba. —Caleb intenta separarme de Alice, pero consigo esquivarlo.

—Mira, Alice, en serio, no estoy para gilipolleces. Sé que te importa una mierda todo lo que no tenga que ver contigo porque tienes una mentalidad de niña de quince años, pero lo estoy pasando mal, ¿vale? —Alice hace mohines, pero no me enternece—. Y lo único que tienes que hacer para no empeorarlo más es cerrar la boca.

Me quedo tan a gusto que suspiro complacida. Pero, como era de esperar, Alice no se va a quedar calladita.

—¡Esto es el colmo, Cloe! Me preocupo por ti, organizo todo esto por vosotros sin ninguna ayuda, ¿y además de insultarme me dices que me calle? Pero ¿tú de qué vas?

Por una décima de segundo, por mi mente pasa la idea fugaz de darle una bofetada, pero de repente me siento tan cansada que sonrío, casi al borde del histerismo. Alice es tan egocéntrica que es de chiste. Miro a Caleb, que debe de pensar que las dos nos hemos vuelto locas de remate.

—¿Sabes qué, Alice? —Veo que Caleb, por su gesto alarmado, ha captado mi idea peregrina, porque se acerca rápidamente, seguramente por si tiene que separarnos—. Vete a la mierda, de verdad, y no hace falta que vuelvas. Sinceramente, no creo que nadie te vaya a echar de menos. Y entre otras muchas razones, porque eres una completa idiota.

Antes de que Alice pueda seguir diciendo imbecilidades, me meto en el hotel. Caleb llega a mi altura cuando estoy a punto de entrar en el ascensor.

—Cloe, espera.

He vuelto a comenzar con mis lloros y no quiero ver a nadie, pero intento sonreír entre lágrimas.

—Déjame, Caleb, de verdad, necesito estar sola.

—¿Necesitas algo? ¿Estás bien?

Pensando en lo obvia que resulta la respuesta, intento ser lo más amable que puedo.

—Lo estaré, pero ahora necesito irme, de verdad.

—Pero si puedo hacer algo más...

—No puedes hacer nada ya, en serio. Lo único que necesito es subir a la habitación y estar tranquila.

Caleb me mira apenado, intentando retenerme. Antes de que pueda entrar en el ascensor, me da un abrazo.

—Avísame si necesitas algo.

—Lo haré, pero ahora vete, por favor.

Me suelta a regañadientes, y entro en el ascensor suspirando. No necesito la pena de nadie, ni quiero contarle a nadie lo que me ha pasado. Necesito tiempo para ser consciente de lo que Aiden me ha contado y recomponer mi corazón. Cuando voy por

la mitad del pasillo, ya estoy llorando otra vez desconsoladamente.

¿Cómo es posible que haya estado tan engañada durante tantos años?

Las últimas semanas he estado obsesionada con lo que pasaría con Aiden cuando lo volviese a ver, pero ni por un momento se me había ocurrido la posibilidad de que todo acabase así. Pensaba que el corazón se me saldría del pecho al verlo y que no podría evitar sentirme tan enamorada de él como lo estuve entonces. Y que a él le pasaría igual. Y todo eso bastaría para perdonarlo y olvidar en silencio, porque un amor como el nuestro puede borrar todo eso de un plumazo. Él habría estado esperándome todo este tiempo, y no habría podido darle ese amor a nadie, como me pasó a mí, porque lo guardaba todo para nosotros. Y cuando me viese, le daría igual decirme delante de toda esa gente que lo había visto humillarme, que necesitaba mi perdón, que no había podido encontrar a nadie como yo.

Y en lugar de toda esa situación de comedia romántica, me encuentro con el tío más desgraciado del mundo, que no solo se arrepiente de haber hecho lo que hizo, sino que ha vivido una vida de mierda y tiene un complejo de inferioridad inmenso, que le viene desde que estuvo conmigo. Y con el que no podría tener algo aunque quisiese porque, a pesar de que a él no le importaría, para mí ahora es un desconocido que me deja fría.

Cierro la puerta de una patada y voy corriendo hacia el baño. Vomito hasta el primer tequila de la tarde y me desespero con cada arcada. No puedo dejar de llorar ni mientras lo hago, y la opresión en mi pecho es cada vez más grande. Tanto que siento unas ganas locas de gritar. Pierdo el aliento e incluso me mareo, así que me lavo la cara y la boca como puedo y me deslizo hasta el suelo helado del baño para tratar de calmarme.

Cuando estoy intentando hacerme a la idea de que estaría mejor en la cama, llaman a la puerta. Logro ponerme en pie y me lavo la cara para intentar tener un aspecto un poco menos aterrador.

—¿Qué quieres, Caleb?

—No te puedo dejar sola. —Intenta colarse en la habitación, pero le cierro el paso.

—Caleb, por favor, vete.

—Pero, Cloe, creo...

—¡He dicho que te vayas! —Mi voz retumba por todo el pasillo—. Eres la persona menos indicada para estar conmigo ahora.

—Cloe, si es por Aiden...

—¡No es por Aiden ni por ti, joder! ¡Por una vez es solo por mí! —Veo su expresión dolida, pero ahora mismo ya todo me da igual—. ¡¿Te puedes largar de una

vez, por favor?!

Doy un portazo antes de que Caleb pueda impedirlo y me refugio bajo el edredón para poder llorar a gusto. El móvil no para de sonar, y estoy tentada de apagarlo, pero no estoy dispuesta a levantarme, así que dejo que suene mientras me acurruco contra la almohada. Después de lo que me parece un momento interminable, todo se queda en silencio y solo oigo mis propios lamentos.

Me despierto por unos golpes en la puerta. Me tapo la cabeza con el edredón, esperando que quien sea se dé la vuelta y desista, pero el repiqueteo es tan incesante que no lo puedo soportar.

—¿Quién eres? —grito desde la cama.

—Cloe, soy Caleb.

—Por favor, vete, de verdad.

—¿Estás bien?

—Sí, en serio, vete. —Intento como puedo que mi voz no se quiebre.

Se produce un breve silencio. Cuando creo que se ha ido, vuelve a hablar.

—¿Me dejas pasar?

—Caleb, de verdad... ¡Vete!

Se me hace un nudo en el estómago cuando oigo sus pasos alejarse. No sé qué es lo que quiero en estos momentos, y no sé si quiero que me haga caso y no vuelva, porque en el fondo me reconforta saber que estaba ahí, aunque fuese al otro lado de la puerta.

De nuevo vuelven a llamar y me doy cuenta de lo desconfiada que me he vuelto. Me levanto a abrir, sin querer mirarme antes en el espejo, o me arrepentiré de lo que estoy haciendo.

—Caleb, por favor...

Al abrir la puerta me doy cuenta de mi error.

—Robert...

Es verlo y se me saltan las lágrimas de nuevo. Robert me abraza y cierra la puerta. Estamos inmóviles en la misma posición una eternidad, mientras comienzo de nuevo a llorar a mares.

—Lo siento. —Me separo de él e intento enjugarme las lágrimas, pero desisto cuando me doy cuenta de que no puedo parar de llorar. Me dejo caer en la cama y Robert se sienta a mi lado, pasándome un brazo por los hombros.

—¿Qué hora es? ¿Habéis terminado ya el juego? No dejes sola a Anaïs, yo estoy bien.

—Shhh... Ahora no te preocupes de eso.

Apoyo la cabeza en su hombro, agotada.

—¿Qué ha pasado?

—Nada... Me pudo la curiosidad.

Robert me abraza con fuerza y espera paciente a que me tranquilice.

—Soy idiota, Robert. Me lo has dicho durante años y tenías toda la razón. No necesitaba saberlo.

Le cuento a grandes rasgos la conversación que he tenido con Aiden y veo como su cara refleja la indignación que siente. Suspira y me abraza de nuevo.

—Vale, ahora no te preocupes por nada. Me quedaré contigo esta noche.

—¿Qué no me preocupe por nada, Robert? —De un salto me pongo de pie mientras siento una rabia terrible—. He hecho el imbécil durante muchos años. Créeme, sí me preocupo.

—¿De verdad crees que lo que te ha contado cambia las cosas? —Me mira con pena—. Que te haya confesado las razones por las que te dejó no hace que sea peor.

—¿Para qué me molesto en hablar contigo de esto? Nadie lo va a entender nunca, ¿verdad?

Robert me mira confuso, y me pongo cada vez más nerviosa. Saco la maleta del armario y comienzo a meter todas mis pertenencias de cualquier manera.

—¿Se puede saber qué haces?

—Me voy a mi casa, de donde nunca debería haber salido.

—¿Estás loca? No te puedes ir en medio de la noche.

—Me da igual. Llamaré a un taxi.

Voy hacia el teléfono para llamar a recepción, pero se interpone en mi camino.

—Aparta, por favor.

—No te dejaré marcharte en este estado. Espera a estar más tranquila y yo mismo te llevo.

—¿Crees en serio que aquí voy a lograr tranquilizarme? —Estoy al borde de un ataque de locura—. Veo que después de estos años no me conoces lo más mínimo.

Robert va hacia la maleta y la aparta para dejar más espacio.

—Sí, Cloe, te conozco lo suficiente para saber que ahora mismo no puedes estar sola o te volverás loca.

—Tiene gracia, pensaba que ya estaba en ese estado.

Llaman a la puerta, y Robert corre a abrir. Caleb entra con una bandeja y la deja en la mesilla.

—¡¿Qué parte de que no quiero que estés aquí no has entendido?!

Robert se interpone entre los dos.

—Cloe, vale ya. Ha sido él el que me ha avisado de que estabas así. Sól

queremos que te tranquilices. No nos gustaría que las chicas te vean vieses así o se formará un escándalo, y no creo que ahora sea lo que más te apetezca.

Observo a los dos, que me miran dolidos y con pena, y me siento totalmente hundida.

—Oh, por favor, no deberíais estar aquí, me quiero marchar, de verdad...

Dejo de hablar cuando noto unos intensos pinchazos en mi cabeza. Se me nubla la vista y pierdo el equilibrio. Los dos corren a ayudarme y me ayudan a meterme en la cama.

—Tómate esto. —Caleb me tiende una pastilla—. Es solo una aspirina, pero te hará sentir mejor.

La tomo sin rechistar con la infusión que me ha traído.

—Y ahora túmbate, Cloe. Nos quedaremos por aquí, por si necesitas algo.

Intento darles las gracias, pero no puedo ni hablar. Cierro los ojos y espero pacientemente que mis lágrimas dejen de brotar.

XIII

Me despierto sobresaltada, pero alguien me vuelve a acurrucar contra su cuerpo y me abraza con fuerza. Cuando soy consciente de lo que ha pasado, vuelvo a llorar agotada y unas manos me acarician el pelo. La habitación está completamente a oscuras y solo puedo oír susurros tranquilizantes.

—Vuélvete a dormir, aún es muy pronto —Caleb me susurra al oído, apretándome más contra él.

—¿Dónde está Robert?

—Lo mandé a su habitación porque se estaba quedando dormido en la butaca.

Siento un escalofrío cuando las manos de Caleb se enredan de nuevo en mi pelo y me doy la vuelta, hasta quedar con mi cara pegada a la suya.

—Gracias... Supongo.

—¿Supones? —Intuyo su sonrisa y sonrío también.

—Te dije que quería estar sola.

—No lo decías en serio.

—Sí, lo decía en serio. —Me acaricia la cara y cierro los ojos—. Eres la persona menos indicada para estar aquí.

Caleb suspira y me abraza, apretándome contra su pecho.

—A lo mejor era yo el que necesitaba estar aquí.

Inhalo su maravilloso olor y me aprieto más a él. Los dos seguimos vestidos, pero a través del vaquero puedo notar su erección. Me muevo para encajarme contra él y oigo como suelta un discreto jadeo.

—Cloe... Duerme, descansa.

—No quiero descansar.

—Te vendrá bien.

—Caleb...

—¿Mmmm?

—Bésame, por favor.

Noto como su cuerpo se pone tenso de repente.

—¿Qué pasa?

—Nada, solo que... No sé si es buena idea en estos momentos.

—Ya. Debo parecer un monstruo.

Me separo unos centímetros de él. Pero me agarra de la cintura y vuelve a pegarme

a su cuerpo.

—Además del pequeño detalle de que estamos completamente a oscuras y no puedo verte, me da igual que parezcas un monstruo. Pero no sé si besarte te vendrá bien tal y como estás anímicamente.

Pego mi cara a su cuello y su olor inunda mis fosas nasales.

—¿Sabes lo que necesito anímicamente?

—Dímelo, te lo traeré.

Recorro su pecho con las puntas de los dedos, sintiendo el calor de su pecho a través de la camisa.

—Necesito que me quites toda esta ropa, que te quites la tuya y me beses... Que me beses muchas veces, y me acaricies, y me digas que soy maravillosa y me hagas el amor lentamente.

La respiración de Caleb se acelera de repente.

—Oh, joder, Cloe...

Enreda de nuevo sus manos en mi pelo y comienza a besarme dulcemente, mordisqueando mis labios. Siento unos escalofríos tremendos y tiemblo de placer.

—¿Estás bien? —Caleb para en cuanto nota mis temblores, preocupado.

—Oh, por Dios, Caleb, sigue... Me encanta.

Se levanta de golpe de la cama y tira de mí hasta que quedo frente a él. Solo siento sus manos recorriendo mi cuerpo. Me quita la camiseta y baja mis pantalones. Me apoyo en él para que pueda quitármelos. Intento torpemente desabrocharle la camisa, pero él se adelanta, sacándosela aún abotonada por la cabeza.

En unos segundos estamos los dos en ropa interior. Me tumba lentamente en la cama y se pone sobre mí, besándome dulcemente. Enrosco mis piernas en su cintura y me encajo contra él con fuerza. Caleb me acaricia los muslos y rebaja la presión de mis piernas.

—Espera, Cloe... —susurra—. Si haces eso no seré capaz de cumplir lo que me has pedido.

Decido dejarme llevar y me relajo. La lengua de Caleb explora mi boca, enredándose con la mía y provocándome oleadas de placer. Cuando creo que no voy a poder llevar ese ritmo mucho tiempo, mordisquee suavemente mis labios y comienza a bajar hacia mi cuello. Hundo mis dedos en su pelo y comienza a bajarme los tirantes del sujetador, recorriendo con un camino de besos la distancia entre mi hombro y mi pecho. Cuando por fin me quita el sujetador, mis temblores se han incrementado. Los besos de Caleb me ponen la piel de gallina.

—Cloe, eres maravillosa.

Sonrío en la oscuridad mientras él se ocupa de besarme por todo el cuerpo. Me

quita las bragas y se baja él también los bóxers. Lentamente, se hunde en mí, y yo me abro para él sin esfuerzo. Beso su cuello, sus labios, acaricio su cara. Él cierra los ojos y apoya su frente contra mi frente mientras entra y sale de mí lentamente. Enroscó de nuevo mis piernas en su cadera, y él se hunde más en mí mientras me besa con una intensidad que hacía tiempo que nadie me daba. Caleb incrementa el ritmo, y nuestros cuerpos se enredan bailando al mismo ritmo, hasta que, por última vez, se hunde en mí y resuella.

—Lo siento... No podía más.

—Ha sido genial.

Vuelvo a besarlo. Ahora que he vuelto a descubrir los besos de verdad no quiero que terminen nunca. Acaricio su espalda suavemente y mientras siento cómo su cuerpo se va relajando, Caleb se tumba a mi lado. Me abraza fuerte contra él y así, en un mundo donde solo existe su olor, me quedo profundamente dormida.

El aroma a café y a tostadas invade la habitación como si estuviese durmiendo en medio de la cafetería. Abro una rendija los ojos y descubro a Caleb colocando en la mesilla una bandeja con un desayuno impresionante. Aún no se ha dado cuenta de que estoy despierta y silba bajito mientras coloca una flor en el vaso del baño como florero improvisado. Me descubre espiándolo y esboza una sonrisa de cine.

—Buenos días...

Se sienta en la cama y me da un suave beso en los labios.

—Mmmm... Sí que son buenos días...

—Te he traído el desayuno.

—Huele fenomenal.

—Siéntate, que te lo sirvo.

Apoyo mi espalda en el cabecero de la cama, y Caleb pone sobre mis piernas la bandeja. Además de un café y unas tostadas que huelen de maravilla, hay zumo de naranja y fresas. Miro la flor y me sonrojo.

—Qué maravilla...

—Ja, ja, ja... No me lo digas... Seguro que ahora mismo estás pensando que jamás se te pasó por la cabeza estar conmigo en una situación así.

No puedo evitar reírme.

—También, pero... No, no es eso.

Caleb me mira y su sonrisa desaparece.

—¿Qué pasa, Cloe?

—No me puedo quedar, Caleb.

Una expresión de alivio le cruza la cara.

—¿Qué pensabas que iba a decir?

—Nada, yo... —Me mira, ruborizándose—. Pensaba que quizá, después de lo que ha pasado entre nosotros... Y lo de Aiden...

Me mira confuso y sonrío forzado. Dejo la bandeja a un lado y me levanto hasta ponerme frente a él.

—Yo... Lo siento, Caleb. Lo que ha pasado entre nosotros ha sido francamente sorprendente, pero... —Veo de nuevo esa mirada de pánico y me dan unas ganas tremendas de abrazarlo—. Pero me ha encantado, Caleb.

Sonríe de nuevo, aliviado.

—Entonces, ¿por qué te quieres ir?

—No puedo estar un día más aquí, de verdad. ¿No te acuerdas cómo hablé ayer a Alice? Si sigo lo que queda de fin de semana, vamos a acabar fatal y, sinceramente, no tengo ninguna gana de cruzarme con Aiden, si es él el que te preocupa.

—No me preocupa, pero me da pena que te vayas antes de tiempo. Pensaba que estaríamos juntos algo más.

—No me voy a morir, Caleb, solo me largo de aquí. Necesito respirar, eso es todo. Me siento de nuevo en la cama y bebo un sorbo de café.

—¿Y dónde te vas? ¿A casa?

—Me imagino que sí, aunque aún no lo tengo decidido.

Caleb me mira dudando.

—¿Me puedo ir contigo?

—¿Cómo? —Esta vez soy yo la sorprendida.

—Que si me puedo ir contigo. —Me mira, esbozando una tímida sonrisa—. Ya sabes, si no decides irte con tu familia. Podríamos aprovechar este día y medio que nos queda para ir a algún lado. Yo no tengo que trabajar hasta el martes, y me imagino que a ti tampoco te esperan hasta entonces, así que...

—A ver, a ver, un momento... —Para de hablar al momento mientras lo miro atónita—. ¿Y qué hay de los demás? No creo que sea justo que te vayas y no disfrutes de lo que queda de fin de semana con ellos.

—A los chicos los veo un viernes al mes desde hace diez años, y los demás, sinceramente, me dan igual. —No digo nada, y él continúa hablando—. Si tú te vas, ¿quién me salvará de Alice? Y entre otras cosas, tengo ganas de darle una paliza al capullo de Aiden...

—Vale, vale, vale. Me ha quedado muy claro.

Empiezo a pensar en mis cosas, pero Caleb me interrumpe.

—Mira, Cloe, si no te parece buena idea, no pasa nada, pero me apetece estar

contigo, solos, sin tanta gente alrededor que nos influya. —Lo miro, y sabe que estoy a punto de sonreír—. Me gustas mucho, de verdad, y creo que es el momento ideal para que hagamos esto.

—No es que no me parezca buena idea, pero no sé si estaré como siempre.

Caleb se acerca y se pone de cuclillas frente a mí.

—Mira, Cloe, sea lo que sea lo que te haya contado Aiden, no creo que merezca la pena desperdiciar ni un segundo de tu vida pensándolo. —Me acaricia la cara y me levanta la barbilla, obligándome a mirarlo—. Podríamos ir a un hotelito de playa, buscar un pueblo sin demasiada gente, comer algo de marisco... —comienza a susurrarme mientras se acerca peligrosamente a mí.

En un segundo estamos de nuevo tumbados sobre la cama mientras él me besa sensualmente.

—Vale... Vale... —consigo decir—. Me has convencido. —Me besa de nuevo y siento como un calor muy familiar últimamente me invade el cuerpo.

—Mmmm... Caleb... Si quieres que hagamos todo eso deberíamos irnos cuanto antes.

Me da un último beso y se levanta de un salto.

—Será mejor que me dé una ducha. —Se quita la camisa y me la tira, dejando al descubierto su tentador torso—. ¿Te quieres duchar conmigo?

—Caleb....

—Vale, vale. —Se ríe juguetón—. Solo preguntaba.

Cuando se mete en la ducha, me levanto y comienzo a recoger toda la ropa que no metí por la noche en la maleta. Conecto el móvil al cargador, asegurándome de que nadie me ha llamado. Dejo encima de la cama ropa limpia para ponerme después de la ducha y me acabo el desayuno mientras le echo un vistazo a mi correo electrónico.

Llaman a la puerta insistentemente, interrumpiéndome el maravilloso momento de tranquilidad del que estaba disfrutando. Cuando abro, unas acaloradas Nel, Sofia y Anaïs irrumpen en mi habitación arrasando y me abrazan.

—¿Qué ha pasado? ¿Estás bien? ¿Cómo no nos llamaste? ¿Has podido descansar algo? ¿Qué necesitas?

—Chicas, chicas... ¡Chicas! —Consigo hacerlas callar, y me miran expectantes—. Estoy bien, no os preocupéis.

—¿Que no nos preocupemos? —me increpa Nel molesta—. ¿Por qué no nos llamaste?

—No quería cortaros el rollo.

—¿Tú eres tonta o qué? ¿Pero qué rollo? Nos necesitabas...

—Tranquila, de verdad, no ha sido tan grave.

—¿Pero tú te has visto la cara? Seguro que has estado toda la noche llorando y yo por ahí sin saberlo. Y... ¡sola! No te lo perdono, de verdad, ¿para qué crees que están las amigas?

Mientras Nel despotrica, la puerta del baño se abre y aparece Caleb, ataviado tan solo con una toalla a la cintura. Las chicas se quedan atónitas y solo aciertan a mirarlo.

—Ya veo que no has estado tan sola...

—Hola, chicas. —Caleb saluda con la cabeza, coge toda su ropa y se mete de nuevo en el baño.

—Me encantaría saber qué pasa aquí.

—Y a mí.

Nel se sienta en la cama y mira la bandeja del desayuno.

—Soy toda oídos.

Suspiro agotada y les cuento todo lo que pasó la noche anterior, olvidando intencionadamente algunas escenas compartidas con Caleb.

—¡Menuda cerda que está hecha Alice! —Sofía explota y está a punto de tirar lo que queda de desayuno—. ¿De verdad tiene que ser tan egoísta? Y ni siquiera venir a verte, ni avisarnos, cuando ha sido ella la que ha propiciado la situación.

—¿Dónde está Robert? No le voy a perdonar todo esto, y menos que no me haya llamado.

—Nel, no la tomes con él. Ha estado pendiente de mí, y Caleb también.

—Ya veo lo cuidadita que has estado, ya...

Anaïs va hacia la puerta indignada.

—Quiero ver a Alice, vamos ahora mismo a buscarla...

—Espera, Anaïs... —Voy hacia ella y la paro—. Chicas, quiero deciros algo.

—¿Más?

Sonrío sin poder evitarlo y me miran con extrañeza.

—Me voy. Acabo de hacer las maletas.

—¿Qué dices?

—No te puedes ir...

—¿Quién te va a llevar? Me voy contigo.

—Nos vamos todas, no voy a quedarme ni un segundo más con esa.

—¡Chicas, esperad! Me voy dentro de un rato. Pero me voy con él. —Miro hacia la puerta del baño y aunque no las veo, intuyo sus caras de incredulidad—. Caleb, por favor, sal de ahí, no te quedes encerrado.

La puerta se abre lentamente y Caleb se asoma con cara de inocente.

—¿En serio? —Nel me obliga a mirarla y asiento con la cabeza—. ¿Crees que este es lo mejor? Después del disgusto que te has llevado, quizá sería mejor que te quedases con nosotras. Además, ya sabes lo que pienso: no les des el gusto, porque es justo lo que piensa Alice que vas a hacer. Y no sé si es buena idea que te vayas con él.

—¿¿Hola?? Sigo aquí, Nel.

—Perdona, Caleb, no es nada contra ti, pero estoy hablando con mi amiga. —Caleb sonrío ante lo cortante que es Nel y se retira de la conversación—. Cloe, er serio, me voy contigo.

—Nel, deja de preocuparte de una vez, en serio. —Caleb está sentado en el borde de la ventana, mirando hacia el jardín—. Esto es lo que quiero, chicas. No voy a salir huyendo, solo quiero estar en un sitio donde me sienta bien.

Las chicas se quedan en silencio, mirándose entre ellas.

—Cloe, voy a hacer la maleta. —Caleb se acerca y me da un suave beso en los labios—. Llámame cuando quieras irte y vendré a buscarte. —Antes de salir por la puerta, esboza una de sus enormes e irresistibles sonrisas—. Hasta luego, chicas.

Oímos sus pasos alejándose por el pasillo.

—Soy la última en enterarme, ¿no? —Anaïs me mira acusadora, pero sonrío disculpándome.

—Robert tampoco lo sabía.

—Ya.

Ante su silencio, guardo las últimas cosas que me quedan en la maleta.

—No podemos hacerte cambiar de idea, ¿no?

Sofía me mira apenada.

—De verdad, chicas, necesito salir de aquí. Toda esta situación se ha vuelto tan opresiva que no puedo respirar. Necesito esto. Y cuanto antes.

—Joder, Cloe. —Nel sonrío ante mi sorpresa—. Pensé que nunca te vería echarle tantos huevos a la vida.

—Tú me lo recomendaste.

—Ya, pero nunca me haces caso.

Siento como mis ojos comienzan a llenarse de lágrimas.

—Os debo un fin de semana juntas, como Dios manda, ¿qué os parece?

Entre todas, me rodean de un gran abrazo.

—Nos vamos a vengar por ti, Cloe. Lo sabes, ¿no?

—No lo he dudado ni un momento.

—Solo te pedimos una cosa. —Anaïs se acerca con una gran sonrisa—. Sabes que

tengo una vida muy aburrida, así que ¡quiero detalles!

La miro con horror, pero sonrío de nuevo.

—¡Ni hablar!

Cuando las chicas se marchan, me tiro en la cama, agotada. Como dice Nel, echarle tantos huevos a las cosas cansa mucho. Miro mi ropa limpia. Aún no he podido disfrutar de mi ansiada ducha, pero se me ocurre algo para mejorarla.

CLOE: ¿ME ENJABONAS LA ESPALDA?

XIV

—¿Estás segura? ¿En serio?

—Segurísima.

—Pero si no tardamos nada, lo hago desde el móvil y en un momento lo tenemos solucionado.

Lo miro y no puedo evitar sonreír ante su cara de niño emocionado.

—En serio, Caleb, París puede esperar.

Resopla teatrero y me coge la maleta.

—¿Y entonces?

—Al primer pueblo que nos guste. —Como en mi nueva vida hago lo que me da la gana, me cuelgo del cuello de Caleb y le planto un beso de infarto—. Me quiero bañar desnuda en el mar esta noche.

Caleb tira las maletas en el ascensor y me mete dentro en brazos.

—Estas oficialmente secuestrada.

Cuando llegamos a recepción, los chicos nos están esperando. A pesar de que tengo unas ganas locas de largarme, nos despedimos con un abrazo de cada uno de ellos.

Julen se acerca sonriente.

—Ha sido un placer, Cloe.

—Lo mismo digo.

—Estás invitada a la comida masculina de los viernes cuando quieras.

—¿Qué dices? —Caleb lo mira sorprendido—. ¿Ya me estás sustituyendo?

—Por supuesto, colega. Acabo de encontrar a la persona que me va a contar todos tus secretos.

Julen y yo nos reímos con ganas de la cara de terror de Caleb.

Pero tanto buen rollo era imposible que durase.

—Vaya, qué bien que estés tan contenta hoy, Cloe. —Alice se acerca pisando con furia—. No te creía capaz de ser tan cruel, pero enhorabuena, lo has conseguido.

—¿De qué coño estás hablando ahora?

Le hago un gesto a Nel para que se calle.

—Buenos días, Alice. Ciertamente me encuentro mucho mejor, muchas gracias por tu falta de preocupación.

Sonrío y veo cómo la cólera la invade.

—Aiden se ha ido, ¿estás contenta?

No me sorprende la noticia, y lo que es más, me importa muy poco.

—Sí, estoy muy contenta, pero tengo otras razones que, por cierto, no te importan.

—Eres increíble, Cloe, ¿no podías comportarte solo tres días? Estoy harta de que siempre tengas que ser la protagonista...

—Mira, Alice —interrumpo su monólogo antes de que todos se lancen sobre ella—. Corta el rollo. A nadie le importan tus idioteces, y a mí menos que a nadie. Aiden puede hacer lo que quiera porque ya es mayorcito y si se ha ido, sus razones tendrá. Y por mí no sufras. Yo también me largo.

—¡Ah! Perfecto... Muy propio de ti, ahora sales huyendo...

—Lo que tú digas, de verdad.

Me doy la vuelta para coger las maletas, aún sonriendo.

—¿Tanto te ha dolido?

Cuando me doy la vuelta hacia donde está Alice, la veo sonriendo maliciosamente.

—¿Cómo dices?

—Me has oído perfectamente. —Alice se acerca más a mí, con un odio indescriptible en su mirada—. ¿De verdad que no te lo imaginabas?

La miro sin saber de qué va la historia.

—Por Dios, Cloe, parecías una matrona vikinga por aquel entonces. ¿De verdad creías que eras la única y la más guapa? Siempre te lo tuviste muy creído, chica. Y en serio, no era para tanto.

—Cállate, imbécil.

—No, déjala, Nel. —Miro con asco a Alice—. Sigue, no te cortes, ahora tienes público.

—Por favor, no te hagas la lista. ¿De verdad creías que estaría contigo solo por lo interesante que eras? Un tío de dieciocho años sin sexo... Eras una broma, Cloe.

—Ya veo que tú le diste todo lo que yo no quise darle.

—Y con mucho gusto, cariño, porque al final me dio el capricho y no te eligió a ti.

Todo se queda en silencio, únicamente interrumpido por el sonido de mi mano contra su cara.

—Me das asco, Alice.

No dice nada mientras se apoya contra la recepción cubriéndose la cara, con lágrimas en los ojos. Los demás la miran con odio y se separan de ella.

—Adiós. Procura no volver a llamarme.

Caleb pone su brazo sobre mis hombros y me lleva hacia la puerta.

—¿Te vas a ir con ella, Caleb? ¿Has conseguido dar pena a otro?

Caleb me suelta y la mira con dureza.

—Cállate de una vez, Alice, la única que das pena aquí eres tú.

Cuando llegamos al coche, tenemos detrás una caravana de gente parloteando.

—Chicos, gracias por todo. Y lo dicho, tenemos que quedar.

Nel me mira haciendo gestos.

—Estoy bien, de verdad. Esta imbécil no me va a estropear el día.

—Tranquila, su día solo ha empezado a estropearse. —Me da un abrazo fuerte y se vuelve hacia las chicas para que no le pueda ver los ojos llorosos—. Vámonos, chicos, hoy vamos a tener un día muy entretenido.

—Hecho.

—¿Derecha o izquierda?

—Donde más te apetezca, pero cuanto más lejos de aquí, mejor.

Dos horas después, encontramos el pueblo ideal para quedarnos. Tenemos suerte en el primer hotel en el que paramos y reservamos una suite con vistas al mar.

—¡Esto es increíble! —La habitación es mucho mejor de lo que me imaginaba y las vistas son una maravilla. Me tiro a la cama, y Caleb me mira divertido—. ¿Qué hacemos ahora?

—Pues... Con la postura que tienes ahora, se me ocurren unas cuantas cosas. —Se tira encima de mí y me besa.

—Ni hablar, no, no. —Lo beso suavemente y me escabullo de él—. Quiero dar un paseo por el pueblo. Seguro que encontramos algo divertido que hacer.

—¿Más divertido que esto? —Caleb se tumba boca arriba, abarcando la cama con los brazos.

—¡Vamos! O me voy yo sola.

Cojo el bolso y voy directa a la puerta.

—Vale, vale, espera.

El pueblo resulta ser un lugar sumamente tranquilo. Aparte de unos cuantos restaurantes y un mercado al aire libre, no hay mucho más, así que disfrutamos de un paseo por la playa, mojándonos los pies en la orilla. Caleb me da la mano, y lo miro sorprendida.

—¿Qué?

—Nada, nada, tranquilo... —Cruzo mis dedos con los suyos y sonrío, disfrutando de la situación—. Es algo nuevo para mí.

—Para mí también lo es. —Me da un beso en la mano—. ¿Y bien?

—Perfecto. —Lo salpico de agua con los pies y antes de que reaccione, me cuelgo de su cuello y lo beso—. Pero ahora me encantaría tomar algo.

—¿Tequila?

Se ríe cuando pongo los ojos en blanco, y suspiro.

—Ni lo sueñes.

—No me puedo creer que tengas hambre otra vez.

—¿Qué quieres? Me secuestras antes de los postres y me tienes encerrada aquí toda la tarde... —Me vuelven a sonar las tripas y reímos juntos—. Tanto ejercicio me da hambre.

—¿Y si pedimos algo al servicio de habitaciones?

—Caleb, por favor... Comida de verdad.

—Está bien... Pero me tienes que prometer que te bañarás desnuda.

Sonríó ante su sugerencia y me intento levantar de la cama, pero me retiene abrazándome por la cintura.

—Caleb... Tengo que ir al baño. Es urgente.

—Prométemelo y te dejo ir.

—Te lo prometo. —Le doy un beso en los labios y me escapo al baño antes de que pueda pillarme—. Lo que no te he dicho es cuando lo haré.

Cenamos en un pequeño chiringuito al lado de la playa. La comida no es una maravilla, pero engullo mi bocadillo de calamares como si fuese un manjar. Caleb me mira divertido mientras se termina una cerveza bien fresquita.

—¿Qué pasa ahora?

—Esto sí que es nuevo para mí. —Caleb señala lo que me queda de bocadillo—. Eres la única chica con la que he cenado a la que he visto comer.

—¿Tus novias no comen? —lo pico.

—No son novias... Y no, no parecen interesadas en la comida. —Suspira, viendo como me trago el último bocado—. Me imagino que por cosas como esas no estoy con ellas.

Lo escucho con atención mientras sigo comiendo.

—Háblame de ellas.

—¿Cómo?

—De tus chicas. —Bebo un trago de cerveza para conseguir tragar todo—. De tus novias o tus relaciones, o lo que hayas tenido.

Caleb me mira sorprendido.

—¿Para qué quieres que te hable de eso?

—No sé. —La verdad es que no sé muy bien por qué se lo he pedido—. Simple curiosidad. Así te conozco más.

—¿En serio?

Asiento con la cabeza. Caleb suspira.

—Pues no sé qué contarte, la verdad. No he tenido ninguna relación seria desde hace cuatro años. Como sabes —sonríe al hacerlo—, en el colegio no tuve novia y cuando me fui a Estados Unidos a estudiar, estuve con una chica más o menos un año. Al final se fue con otro en una fiesta, así que me volví a quedar solo. —Pone cara de hacer memoria, y sonrío viéndolo—. Cuando volví, mi madre estuvo meses insistiéndome para que conociese a la hija de unos amigos, y acabé quedando con ella para que me dejase en paz. —Me mira y sonrío—. Esto lo negaré siempre, pero mi madre tenía razón: era la chica ideal para mí: culta, guapa, divertida y muy independiente. —Una punzada indeseada de celos se instala en mi interior—. Estuvimos dos años juntos y era la relación perfecta, de verdad. Pero un día, de la noche a la mañana, se le cruzó un cable. De repente quería casarse y tener hijos y se empezó a impacientar y a soltarme indirectas. No te digo más, que hasta mi madre acabó asustada por la obsesión que tenía, y eso que está deseando que le dé nietos. —Suspira y bebe un trago más—. Al final le solté una charla sobre mis prioridades, en las que no se incluía tener hijos. Le dije que tenía miedo de hacerla infeliz toda la vida porque no entraba en mis planes casarme siquiera, y fue ella la que me dejó.

—Vaya, que valiente fuiste.

—Era la mejor manera, créeme, si lo hubiese dejado yo, se habría vuelto loca.

—¿De verdad no quieres tener hijos?

—Pues, si te soy sincero, nunca me lo he planteado. Ahora, cuando veo que casi todos mis amigos empiezan a tener familia, me imagino que es algo natural. Pero la verdad es que me da pánico.

—¿Ser padre?

—No conseguir ser un buen padre. —Me mira sonriendo, pero en sus ojos hay una sombra de pena—. Supongo que me da miedo no estar a la altura.

No sé a qué viene esa cara de pena y me gustaría preguntarle, pero creo que la conversación se ha convertido en algo demasiado serio.

—¿Y tú? —Me pilla pensando en mis cosas y me sobresalta.

—¿Yo, qué?

—Eso, que si quieres niños, si tienes chicos (que espero que no) y todas las respuestas a las preguntas que me has hecho tú a mí.

—No hay mucho que contar.

—No me lo creo.

—En serio... —Me ruborizo por la manera en que me mira—. La verdad es que no he tenido muchas relaciones.

—Porque no habrás querido.

—No me aguantan, créeme. —Me mira con atención, y me doy por vencida—. Vale, vamos a ver: lo de Aiden ya lo sabes, durante la época de universidad no tuve ningún novio formal, y después...

—¿Qué significa eso de ningún novio formal?

—Pues eso... Que salí así con varios... Pero nada serio, la verdad.

—Vaya, vaya... Y parecía tonta... Mira qué calladito te lo tenías.

Nota que me molesta y enseguida pone cara de disculpa.

—Perdona, sigue.

—No, si ya no sé qué contarte... —No me apetece seguir con esa conversación, pero suspiro—. La verdad es que no fue nada serio y, lo creas o no, no soy una santa, pero tampoco una golfa. —Me río cuando veo su cara de culpa. —Solo intentaba pasármelo bien y supongo que lo que los demás, conocer a alguien especial.

No dice nada y sigo:

—El caso es que cuando me fui a Londres, al principio seguía igual, saliendo con mis amigos, conociendo a chicos, y sí, principalmente por la noche y de fiesta... Siendo un poco golfa... Conocí a Chris en un curso que daba mi editorial para profundizar en las traducciones. Y desde el primer momento nos hicimos buenos amigos. Teníamos muchas cosas en común y me sentía muy a gusto con él. Me enseñó Londres, me presentó a sus amigos de toda la vida y cuando ya estuve completamente metida en su círculo, me pidió una cita. —Me quedo pensando cómo seguir—. Si quieres que te diga la verdad, no era mi tipo físicamente, pero estaba muy a gusto con él y algo me decía que teníamos que intentarlo. —Veo que Caleb no sale de su asombro—. Me emocionó la forma en que me lo pidió, porque nunca nadie había sido tan atento conmigo... Y sentí que era lo que tenía que hacer.

Al ver que me quedo en silencio, Caleb duda.

—¿Qué pasó?

—Pues... No lo sé exactamente. Un día me desperté y todo estaba igual. Una amiga nuestra nos llamó porque había conseguido quedarse embarazada después de una larga espera. Un día fuimos a su casa a cenar y me quedé impresionada. Eran tan felices que era insoportable estar a su lado. —Me acuerdo de aquel momento y siento una pena infinita—. Cuando miré de nuevo a Chris, me di cuenta de que no quería que fuese el padre de mis hijos y, si me apuras, tampoco lo quería de marido. Ni siquiera había llamado a mi madre para contárselo, cuando debería haber sido lo más natural

del mundo y lo primero que habría hecho cualquiera en mi lugar.

Me quedo callada, pensando en el momento en que me di cuenta de todo eso. Es la primera vez que me sincero con alguien y soy capaz de expresar con palabras lo que sentí.

—Perdona, no debí preguntar.

—Es la primera vez que se lo cuento a alguien.

—¿Cuánto hace...?

—Un año y medio.

Caleb me mira silencioso.

—¿Aún... sientes algo por él?

Pienso la respuesta antes de contestar.

—Probablemente pienses que soy una miserable, pero me he hecho esa pregunta tantas veces... No siento nada por Chris. Es más, dudo que en algún momento sintiese por él algo más que cariño y amistad.

—No lo pienso. Creo que es más duro darse cuenta de eso.

—Lo fue, bastante. Pero me alegro de haberme dado cuenta. —Le sonrío, y me devuelve la sonrisa—. Chris sale con una amiga de toda la vida ahora. Le irá perfectamente.

—¿Y tú, quieres tener hijos?

—No tengo un instinto de madre obsesivo, pero... Sí, sí quiero serlo en algún momento no muy lejano. También me da miedo no estar a la altura, y el parto, y perder libertad, y que tenga algún problema... Pero creo que con la persona ideal debe ser una experiencia única.

—No lo dudo.

Nos quedamos en silencio, mirando el horizonte, y cómo la luna se refleja en el mar.

—¿Y qué hay de lo otro?

—¿Cómo?

—Ya sabes... —Mira hacia la playa y me mira de nuevo, levantando una ceja—. Eso del bañito que me debes...

Noto como me pongo roja por segundos.

—No me digas que me estabas tomando el pelo...

—¿Yo?! —Ya me estoy arrepintiendo de mi osadía—. En absoluto.

Miro hacia la playa y no sé qué excusa poner.

—¿Entonces?

Me levanto muy segura y lo cojo de la mano.

—Vamos. Pero si hay gente, ni lo sueñes.

Para mi mala suerte, la playa está desierta. No hay ni un triste pescador en la orilla y el paseo está demasiado alejado para que alguien nos vea. Al notar la mirada inquisitiva de Caleb, comienzo a descalzarme y voy hacia el agua.

—Eh, quedamos en que sería sin ropa...

—Calma, calma, solo voy a probar el agua. —Un escalofrío me corre el cuerpo cuando entro en contacto con el agua.

—¿Y bien?

—Está un poco fría... —Cuando me doy la vuelta, veo la cara de cachondeo de Caleb—. Vamos mejor hacia el rompeolas, estaremos más protegidos.

Cuando llegamos al extremo de la playa, ya estoy convencida de que no me voy a poder librar. Suspiro mientras me quito la ropa, intentando no sentir la brisa fresca. Cuando me quedo en ropa interior, Caleb se acerca con deseo. Me acaricia la piel de los hombros, provocando un escalofrío por todo mi cuerpo.

—¿Tienes frío?

—Un poco... —La boca de Caleb rueda por mi cuello, poniéndome la piel de gallina.

—Vas a pasar mucho frío en el agua, Cloe. —Su dedo índice resbala sinuoso por mi cuerpo—. ¿Estás segura? No pasa nada por echarte atrás. Yo te puedo calentar...

Si hay algo que odio en la vida, es perder un reto. Me pongo de puntillas, besando suavemente sus labios.

—¿Sabes dónde quiero que me calientes? —susurro sugerente.

—¿Dónde?

Me separo de él lentamente mientras espera expectante.

—¡Allí dentro! —De una carrera, me lanzo al agua con lo poco que llevo puesto. Está realmente congelada, pero la sensación de triunfo evita que me ponga a tiritar.

—¡Ehh! —Desde la lejanía, me imagino la cara de estupor de Caleb—. ¡Eso no vale! Aún llevas ropa.

—¡Ven aquí a quitármela! Si te atreves, claro.

Observo cómo se quita la ropa rápidamente y se mete en el agua en calzoncillos. No recordaba lo rápido que nadaba, pero en unos segundos llega a mi altura.

—¿Qué decías?

—Que me lo quites tú... Si puedes...

Sin darme tiempo a reaccionar, me subo encima de él y con una llave muy efectiva le hago una aguadilla y huyo lo más rápido que puedo. Caleb me agarra de un pie y también me hundo. Trago un montón de agua y cuando saco la cabeza, lo oigo reírse

como un loco.

—Ten cuidado... A ver si te vas a poner malita con tanta agua...

—Eres idiota —digo entre risas cuando consigo parar de toser. Esta vez me abrazo a su cintura con las piernas.

—¿Qué pasa, que no haces pie, listilla?

—No, es que me da repelús bañarme por la noche en el mar.

Caleb suelta una carcajada.

—¿Y por qué lo has hecho?

—Ya sabes... No me gusta perder ni al parchís.

Lo beso suavemente, tirando de su pelo, mientras me pego más a su cuerpo. Caleb me abraza, acariciando mi espalda, mientras nos dejamos mecer por las olas. Lo miro sin decir nada, acariciando su cara tiernamente. De repente me doy cuenta de que este es uno de los momentos especiales de la vida que después, ya salgan bien o mal las cosas, recuerdas durante años. Sonrío sorprendida por haber tenido ese pensamiento, y Caleb me sonrío también, besándome tiernamente.

—¿De qué te ríes?

—No me río, sonrío.

—Ah, perdone usted.

Le sonrío de nuevo y le doy pequeños y tiernos besos en la comisura de los labios. Caleb me abraza más fuerte y seguimos besándonos dulcemente. Cuando le vuelvo a mirar a los ojos, Caleb frunce el ceño.

—¿En qué piensas?

—Cosas mías...

—¿Pero buenas?

—Buenísimas.

—Ah, entonces me quedo más tranquilo. —Me pego más a él y lo abrazo. Lo que estoy pensando puede que sea una locura, pero creo que estoy empezando a sentir algo especial por Caleb. Y lo que más me asusta es que, en vez de darme miedo, me siento en una paz absoluta.

—¿Cloe?

—¿Mmmm?

—¿Y si...? —Me mira, apoyando su frente contra mi frente—. A riesgo de quedar como un viejuno... ¿Si nos salimos y vamos al hotel? ¿No estaríamos más cómodos?

—¿Te estás rajando?

Caleb suelta una carcajada.

—Más bien me estoy congelando...

Me río sin soltarme de él.

—Yo también. Venga, vamos.

Cuando llegamos a la orilla y veo nuestro montón de ropa, me río al pensar que no tenemos nada para secarnos.

—¿Y ahora qué pasa? ¿No te gustan mis pintas?

—No es eso... —Me seco las lágrimas de la risa que me ha entrado—. Es que en las películas parece tan fácil eso de bañarse de noche en el mar, así, sin planearlo... Pero imagino que al cortar la escena los tapan con albornoces y no hay problema. —Caleb me mira sin entender—. ¿Has probado a vestirte mojado? —Veo que empieza a caer del guindo—. Pues eso, que tendremos que esperar un ratillo.

—¿Sabes que hay una solución? —Caleb empieza a hacer el tonto, corriendo alrededor mío—. Si corres conmigo, nos secaremos pronto.

Suspiro, poniendo los ojos en blanco. Cojo mi vestido y me lo meto por la cabeza, sacándome el sujetador hábilmente por las mangas para que no se me vea nada. Me quito las bragas también y lo escurro todo, metiéndolas en el bolso.

—Qué técnica tenéis las mujeres para hacer eso.

—¿Y si pruebas tú a hacer lo mismo?

—No sé si me va a dar un poco de corte...

—Anda, no seas bobo. ¿No te apetecía llegar a la habitación?

—Me has convencido. —Rápidamente se quita los calzoncillos y me los tira sonriente. No puedo apartar los ojos de él mientras se viste—. Vámonos, anda.

Me coge de la mano y tira de mí hasta el paseo. Cuando me siento en el borde para ponerme las sandalias, me ayuda a quitarme la arena de los pies y a abrocharme las hebillas.

—¿Sabes? —Lo miro anonadada—. Con cosas así cada vez me gustas un poquito más.

Sonríe juguetón.

—Entonces, tendré que pensar en más cosas de estas para enamorarte.

«Si tú supieras...», pienso, sin dejar de mirarlo. Me coge de la cintura y así, muy juntos, vamos paseando hacia el hotel.

XV

Me entran ganas de llorar cuando despierto y veo que ya es por la mañana. El fin de semana se ha acabado definitivamente y toca volver a la rutina y, al contrario de lo que pensaba, no tengo ninguna gana de hacerlo.

Miro cómo la luz ilumina la piel morena de Caleb y sonrío atontada. Tengo ganas de abrazarlo, de besarlo, de sentir el calor de su cuerpo y quedarme así durante horas. Y lo peor de todo es que pagaría por tenerlo todas las mañanas. Su cara de placidez mientras duermo es tan relajante que cierro de nuevo los ojos y me acurruco en su pecho.

Cuando siento la mano de Caleb acariciando mi pelo, me doy cuenta de que me he quedado dormida.

—Buenos días...

Me acurruco un poco más contra su pecho, aspirando su aroma.

—¿Qué pasa, Cloe? ¿Aún con sueño? —Trata de verme la cara, pero la hundo más en su pecho.

—Mmmm... no me quiero levantar.

Caleb ríe alegremente.

—¿Y si te traigo un café?

—No, ni hablar... —Me agarro más a él, disfrutando del momento—. No quiero que te muevas.

Caleb me abraza, recorriendo suavemente mi espalda con sus dedos.

—Estamos un poco mimosas esta mañana, ¿no?

Sonrío por la frase, sin abrir los ojos.

—Solo estoy intentando atesorar este momento en mi mente.

—¿Y eso cómo se hace?

—Fácil. —Me despego de él y lo miro a los ojos, aún somnolienta—. Cierras los ojos y recuerdas todo lo que estás viendo, lo que hueles y lo que oyes. —Rozo sus labios con los míos y sonrío—. Luego lo conviertes en recuerdo y lo guardas en lo más profundo de tu mente.

—¿Y luego?

—Algún día te sorprenderás sonriendo como un tonto mientras recuerdas uno de estos recuerdos, que tendrás tan nítido como si aún estuvieses allí.

Caleb me mira en silencio. No sonrío. Acaricia con sus manos mi rostro delicadamente, pasa un dedo por mis labios y por mi cuello, enredando sus manos en

mi pelo.

—Pues espero que al menos este momento lo recordemos juntos.

Antes de derretirme completamente, pego mi cuerpo al suyo, sintiendo todo su calor. Ahora mismo no hay nada que desee más en el mundo que sus besos. Caleb me besa, me abraza, se pone sobre mí y me mira fijamente.

—Aunque no haga eso que me dices, nunca podría olvidar cómo es estar contigo.

Busco su boca desesperada, juntando mis caderas con las suyas, notando su erección contra mi piel. Me abrazo a él con las piernas y dejo que entre en mí lentamente, sintiendo cada centímetro de su piel. Hacemos el amor despacio, sonriéndonos, besándonos, disfrutando de cada segundo juntos, deseando que nunca se acabe.

Cuando llegamos a la puerta de mi casa, Caleb para el coche y me besa.

—Bonito sitio.

—Gracias.

—Vamos, te ayudo a llevar las cosas. —Me mira de manera indescifrable—. Si me dejas subir, claro.

—¡Estás tonto! Venga, pasa.

Entre bromas, metemos las cosas en el ascensor. Aunque intento disimular, ya no estoy tan contenta como antes y no lo puedo evitar. Se ha acabado la magia del fin de semana. Es como si hubiese explotado la burbuja en la que solo estábamos los dos, y volver a mi casa me lanza de golpe a la realidad.

Le enseño el piso a Caleb, y él sonríe encantado, mirando todos los rincones.

—Tienes suerte. Es difícil encontrar un piso así.

—¿Dónde vives tú? —Es algo que no se me había ocurrido preguntar hasta ahora, pero necesito ubicarlo en el mundo.

—Al lado de la zona empresarial. ¿Conoces el edificio Nuba?

—Uohh, qué nivel.

—No te creas... Excesivamente fríos para mi gusto, pero al menos no tuve que preocuparme de la decoración.

Sonríó tristemente, porque ya no sé qué decir.

—¿Quieres tomar algo?

—Claro.

Vamos a la cocina y le saco una cerveza bien fría. Bebe con gusto a morro y me mira interrogante.

—¿No bebes nada?

—Creo que he tenido suficiente para una temporada. —Saco un vaso, y agua fría

del frigorífico—. Tengo que recuperar toda la hidratación que he perdido.

Bebemos en silencio. Intento evitar mirarlo, porque no tengo ni idea de qué decir.

—Bueno... —comienzo titubeante—. ¿Qué vas a hacer hoy?

—Debería hacer algunas llamadas, deshacer la maleta, ponerme en contacto con la oficina, ya sabes... ¿Y tú?

—Algo así, además de comenzar a escribir un libro al que le han puesto plazo de publicación, pero creo que lo dejaré para mañana.

Antes de que me diga nada más, me acerco y lo beso dulcemente.

—Por si se me olvida decírtelo, lo he pasado muy bien contigo.

Me acaricia con ternura el pelo.

—Yo también. —Esta vez es él el que me besa, y yo lo sigo, sin separarnos en un buen rato.

—¿Qué te parece si...? Bueno, había pensado que a lo mejor, después de esas llamadas y todo lo que tengas que hacer, te gustaría cenar conmigo. Puedo preparar algo.

—¿Sabes cocinar? —dice, poniendo cara de sorpresa.

—No te ilusiones demasiado... No se me da mal, pero tampoco hago nada muy complicado. Pero sí muy rico.

Caleb sonríe, besándome el cuello.

—¿Más rico que esto?

—Mucho más... —consigo articular.

Sin darme tiempo a decir nada más, me sube en la encimera y me besa apasionadamente.

—Me encantan tus besos, Cloe...

Sonrío sin dejar de besarlo y noto como todo su cuerpo se contrae.

—Cloe... Espera. —Paramos de besarnos—. Si seguimos así, no podré hacer las llamadas ni nada de nada, te lo aseguro.

—Tienes razón. —Me separo de él e intento bajarme de la encimera, pero me agarra de nuevo por la cintura—. Caleb...

—Vale, vale, es verdad. —Me guiña un ojo y me suelta suavemente—. Pero no te creas que te vas a librar de mí mucho tiempo... Volveré en un rato muy corto.

Entre juegos y cosquillas llegamos a la puerta.

—¿Y tú qué harás?

—Nada del otro mundo. Deshacer la maleta, mirar si tengo cosas para hacer la cenita a un amigo especial, darme una ducha...

—Mmmm... No me tientes con la ducha o no me iré.

Nos despedimos con un beso nada casto y cuando cierro la puerta, me sorprendo sonriendo como una tonta, como no he dejado de hacerlo en las últimas horas. Es curioso que la persona que más problemas me causaba hace unos años sea la que ahora me hace tan feliz.

Descarto llamar a Moira para decirle que ya he llegado. Sé que querrá saber cosas del fin de semana y aunque tarde o temprano le contaré todo con pelos y señales, aún no estoy preparada para hablar de esto en el mundo real. Sería como unir los dos mundos y no sé si es buena idea, al menos de momento.

Como le he dicho a Caleb y aunque me da mucha pereza, lo primero que hago es sacar todo de la maleta y poner una lavadora. Cuando veo la camiseta del equipo no lo puedo evitar. Le hago una foto y se la envío.

CLOE: ESTO ES LO ÚNICO QUE VOY A LLEVAR ESTA NOCHE.

Me responde al momento, como si hubiese estado esperando impaciente con el teléfono en la mano.

CALEB: UOHH... PREFIERO QUE ME LA MANDES PUESTA... QUITADA.

CLOE: PARA ESO TENDRÁS QUE VENIR.

CALEB: CREO QUE VOY A TERMINAR MUY PRONTITO.

Sonrío y reviso la cocina en busca de algo mínimamente comestible. Me decido por una ensalada de manzana y pasta a la *rabiatta*, y comienzo a preparar la salsa para invertir menos tiempo esta noche. Recibo noticias de Nel, que parece contenta por cómo ha acabado el fin de semana.

NEL: ¿QUEDAMOS Y TE LO CUENTO?

CLOE: HOY NO PUEDO...

NEL: NO ME LO DIGAS... SEGUÍS EN LA CAMA.

CLOE: JA, JA, JA... CASI ACIERTAS.

NEL: ¿OS HE PILLADO ENTONCES?

—No seas tonta, Nel. —Me río mientras oigo sus carcajadas al otro lado del teléfono—. He quedado a cenar con él esta noche, pero si quieres, mañana soy toda tuya.

—*Ya, eso dices ahora. Luego seguro que cambias de idea, que si me voy al cine, que si tal... Al final me dejarás abandonada...*

—Te lo juro. —Repaso mentalmente mis planes para mañana—. ¿Quedamos para comer?

—*Hecho, pero por la noche tengo que estar en Barcelona, así que ingéniatelas*

para coger la tarde libre y así me ayudas a hacer la maleta.

—A sus órdenes.

Me despido de ella entre risas. No sé qué es lo que habrá hecho cuando nos fuimos, pero seguro que me lo paso bien escuchándola.

Me doy una relajante ducha, disfrutando de la tranquilidad de estar sola. Utilizo todos los potingues que tengo a mi alcance para ser la más guapa del reino, y cuando por fin salgo, no sé si seré la más bella, pero si la más olorosa. Me envuelvo en mi mullido albornoz y busco en el cajón de la ropa interior algún conjunto sugerente que Caleb aún no me haya visto.

CALEB: ¿ROSADO, BLANCO O TINTO?

CLOE: ROSADO ME GUSTA MÁS, PERO COMO QUIERAS.

CALEB: LLEVO DE TODOS.

CLOE: ¿QUÉ QUIERES, EMBORRACHARME?

CALEB: NO LLEVO TEQUILA, PERO SI QUIERES, COMPRO...

Me río yo sola al recordar la apuesta del tequila, pero en cuanto miro de nuevo la hora, decido dejarme de tonterías y ponerme manos a la obra. Antes de que llegue Caleb, milagrosamente consigo recoger algo la casa, ponerme guapa y preparar una mesa y una cena casi perfectas. Como aún continua la ola de calor, decido preparar todo para cenar en la pequeña terraza del salón a la luz de las velas.

—Guapísima. —Caleb me sube en brazos en cuanto le abro la puerta y me besa ávido en los labios.

—Tú tampoco estás mal. —Le hago la ficha completa sin ningún disimulo, paseando mi vista por su polo blanco impoluto, sus vaqueros de talla perfecta y unas zapatillas de deporte que parecen recién compradas. Me sonrío de medio lado y aprovecha para comenzar a besar mi cuello sensualmente.

—De eso nada... Me he pasado toda la tarde cocinando, así que me gustaría al menos que probases la cena antes de que se enfríe.

—Vale, vale, me comportaré.

Lo cojo de la mano y lo guío hasta la terraza. He bajado la luz y las velas crean una atmósfera muy íntima. La mesa está completamente arreglada hasta el último detalle y, gracias a la mano que tengo para las plantas, heredada de mi madre, he convertido una sosa terraza en un rincón mágico.

—Está todo precioso. —Caleb huele el jazmín y sonrío—. Hacía tiempo que no lo olía. Pensaba que era de climas más cálidos.

—Solo hay que darle cariño y muchos mimos.

Caleb sonrío y me besa.

—Cada minuto descubro algo de ti que me deja sin palabras.

Vuelvo a la cocina para que no vea que me he sonrojado, y mientras va abriendo el vino, sirvo la pasta en dos platos de la vajilla que aún no había estrenado.

Cuando nos sentamos a la mesa, Caleb se acerca al plato y sonrío.

—Huele fenomenal.

—Pues sabe mejor. Pruébalo.

Se lanza sobre el plato y engulle con ganas, sonriendo.

—¿En serio lo has hecho tú?

—Es solo pasta. —Me encojo de hombros, quitándole importancia.

—No le quites mérito. Yo solo sé hacer macarrones con tomate y es más una comida de supervivencia que algo mínimamente presentable.

Mientras damos cuenta de la pasta y la ensalada de manzana, me cuenta que ha hablado con Julen.

—No sé qué habrán hecho él y tu amiguita, pero no se lo han pasado mal sin nosotros.

—Con el cariño que Nel le tiene a Alice, seguro que no se ha quedado tranquila hasta que no la ha dejado en el más absoluto ridículo.

—No tengo ni idea, pero parece que se llevan bien esos dos.

—Bueno, no es tan raro...

—Sí, después de lo nuestro, cualquier cosa es posible.

Bebo un poco del vino que ha traído mientras aguanto su mirada.

—¿Quieres postre?

—¿Hay más?

—No te hagas ilusiones, es solo helado.

Vuelvo con dos copas de helado de chocolate y nata, con una guinda cada una.

—Mmmm... Se me ocurre una idea para esa nata... ¿Tienes más?

—Sí, pero para lo que creo que estás imaginando tendré que quitarme el vestido.

—No tengo ninguna objeción al respecto.

Pasamos al salón, y mientras dejo a Caleb curioseando entre mis libros, paso a la habitación. Me refresco un poco y me quito el vestido, cogiendo la camiseta de Caleb. Cuando ya la tengo puesta, me hago una cola de caballo y me miro en el espejo de cuerpo entero. La camiseta me llega un pelín por debajo de la cadera, dejando ver perfectamente mi culote de encaje. En otro momento me habría sentido muy incómoda paseándome casi desnuda ante un hombre, pero al pensar en la mirada que pondrá Caleb solo logro excitarme.

Cuando salgo al salón veo a Caleb de espaldas. Sostiene en las manos uno de mis

álbumes de fotos y está absorto mirando con mucha atención. Cuando llego por detrás, intuye mi presencia y se gira, con una sonrisa deslumbrante.

—¿Sabes que ahora mismo eres la imagen de todas mis fantasías sexuales?

Le quito el álbum de las manos y, sin importarme lo más mínimo, lo dejo caer al suelo. Me cuelgo de su cuerpo y lo beso con unas ganas increíbles.

XVI

Una hora después me levanto extenuada del sofá. No me quiero separar de él, pero tengo que ir al baño. Mientras recojo la camiseta, sé que Caleb me está observando, recostado entre almohadones, y disfruto secretamente enseñando mi desnudez. Después de una sesión de sexo como esta, solo puedo sentirme sexy y deseada. Me pongo la camiseta, mirándolo en la penumbra.

—No te pongas nada.

—Voy al baño. Cuando vuelva, ¿me la quitarás otra vez?

Intuyo la sonrisa juguetona de Caleb y corro al baño a refrescarme. Cuando vuelvo, sigue en la misma posición en que lo he dejado, y cruzo despacio el salón, conteniendo las ganas de lanzarme sobre él y comérmelo entero.

—¿Qué estabas mirando? —Le pregunto cuando tropiezo con el álbum de fotos y lo recojo del suelo. Cuando observo la página por la que está abierto, me encuentro con fotos del colegio, del viaje de fin de curso.

—Estabas muy seria en esas fotos.

Tiene razón. Mientras los demás aparecen en todas haciendo el payaso, yo estoy apartada del resto, con expresión ausente.

—Me imagino que ya entonces sospechaba algo. —Recuerdo que cuando se hicieron alguna de esas fotografías yo ya notaba a Aiden un poco raro.

Caleb se incorpora y se pone los calzoncillos.

—Es curioso, nunca había visto vuestras fotos. Las que yo tengo no tienen nada que ver. Creo que la mayoría salían borrosas porque no éramos capaces de estarnos quietos.

—Estas no son mérito nuestro. Robert hace unas fotos increíbles. —Sonrío al descubrir otra foto en la que todas vamos con unas gafas de sol muy horteras—. Algún día tendrás que enseñarme las tuyas. Vosotros no salís en ninguna de estas.

—Será por lo bien que nos llevábamos.

—Vale, Caleb, no sigas o harás que me sienta culpable. —Sonrío disculpándome, pero veo que de pronto se ha puesto serio—. ¿Qué pasa?

Caleb sacude la cabeza y sonrío sin ganas. Me acerco al sofá y me siento, poniendo las piernas sobre las suyas, juguetona.

—¿Me lo vas a contar?

—La verdad es que no me apetece.

Me acaricia las piernas despistado, sumido en sus pensamientos. El corazón

empieza a latirme a mil por hora.

—En serio, Caleb, sea lo que sea, creo que deberías contármelo.

En sus ojos veo una expresión indescifrable, mezcla de culpa y algo que no entiendo y que me da mucho miedo. Quito las piernas de encima suyo y me acerco más a él.

—Cloe, si te cuento esto, es porque me interesas desde hace mucho tiempo. Me he pasado todo el día pensando en ti, mirando el reloj a cada minuto y deseando volver a verte. Y no quiero perderte más de vista, porque creo que he perdido muchos años siendo un cobarde, cuando en realidad debería haberle echado valor y salir a buscarte. —Me quita un mechón de pelo de la cara y me mira con ternura—. Estoy encantado de haberme decidido a ir este fin de semana a la reunión.

—Caleb...

—Escúchame. No te contaría todo esto por nada del mundo. De hecho, nadie lo sabe, solo una persona implicada, pero creo que no estoy siendo justo escondiéndolo, porque no quiero que te enteres de esto un día por casualidad y me odies. —Un escalofrío me recorre la piel y me deja helada. Caleb, como si lo hubiese intuido, me coge las manos y las acaricia vigorosamente.

—Dímelo, por favor... —digo, sin saber realmente a lo que me voy a enfrentar. Creo que he tenido demasiadas confesiones para un solo fin de semana y estoy deseando que lo suelte de una vez. Veo cómo duda, y mi miedo comienza a transformarse en enfado—. Vale, déjame que te ayude. ¿Estás casado, tienes novia, familia o algún compromiso del que yo no sé nada? —Caleb niega con la cabeza, sorprendido—. ¿Eres un asesino? ¿Has hecho algo horrible que te impida estar conmigo de manera normal? —Niega de nuevo y me desespero—. ¿Pues qué es tan horrible que me lo tienes que contar ahora? Si no es algo así, creo que podré encajarlo.

Caleb suspira, apretándose las manos.

—Cuando Aiden te confesó que había otra persona... —Oh, no, por Dios, eso otra vez no... Y que tú eras demasiado para él...

—¿Qué tienes tú que ver con todo eso?

—Aiden no te dejó porque Alice lo presionara, o eso creo. Yo... Los pillé en los vestuarios y los seguí hasta la calle. —Mi corazón empieza de nuevo a latir desbocado—. Cuando volví a verlo y la situación era propicia, porque estábamos solos, le confesé que lo había visto todo. —Enmudece y me mira, pero no digo nada—. Cuando los vi juntos, sentí una rabia que no había sentido hasta entonces. Sé que no te demostraba aprecio en aquel tiempo, pero al contrario de lo que pensabas, ni era gay ni tonto. Siempre he pensado que eras una chica muy guapa y, desde luego,

demasiado para él. Cuando se lo conté, se encogió de hombros y me dijo que tú no me creerías, que pensarías que era otra de mis jugadas para hacerte daño y que le daba igual, porque me odiabas y jamás creerías nada que yo pudiese contarte. Estuvimos a punto de pegarnos aquel día, y tuvo la suerte de que apareciese el entrenador, porque le habría arrancado la cabeza. Así que al día siguiente lo amenacé.

—Sigue —consigo decir antes de que se me quiebre la voz.

—Lo amenacé con engatusar a Alice y que fuese ella la que te lo contase a ti. Sabía que si me acercaba a ella, estaría encantada y haría todo lo que le pidiese, porque siempre estuvo interesada en mi por la familia que tengo detrás. Y que de todas formas, tú acabarías dejándolo en cuanto salieses del colegio, porque no te iban a faltar tíos interesados que valiesen mucho más que él. Y que tú eras mucha tía para un desgraciado como él. —Suspira, intentando coger fuerzas—. Además, me había enterado por mi padre, que arreglaba el coche en el taller de su familia, que su padre había decidido que no siguiese estudiando y se pusiera a trabajar con él.

Me acaricia las manos, con lágrimas en los ojos.

—Mira, Cloe, sé que todo esto te lo tendría que haber contado en su momento, pero no es que tú y yo tuviésemos mucha confianza...

—Ya.

—He estado todo el fin de semana dándole vueltas al tema, y cuando lo vía tenía unas ganas terribles de contártelo para que no te dejases engañar otra vez por él...

—Pero no lo hiciste.

—Joder, Cloe, no quería romper la magia. Era nuestro momento, y él no pintaba nada aquí, ¿no lo entiendes?

No digo nada, pero quito mis manos de las tuyas y me aparto un poco de él.

—¿No vas a decir nada?

Me levanto y recojo mi ropa interior. Apago las velas y comienzo a encender todas las luces del salón, como si con eso consiguiese salir de una vez de esta pesadilla.

—Cuando no sé qué decir, prefiero estar calladita.

Recojo el álbum y lo meto de un empujón en su sitio de la estantería. Tengo unas ganas terribles de gritar, de llorar y de gritarle un montón de cosas, pero el enfado hace que me quede muda. Lo miro mientras se sienta recto en el sofá, mesándose el cabello con las dos manos, con gesto de dolor.

—Por eso tenías esa cara de circunstancias cuando te enteraste de lo que Aiden me había contado, ¿verdad? —Me mira triste, sin decir nada—. Pensabas que te había pillado.

—Sí.

—Y por eso, en vez de decírmelo, preferiste quedarte conmigo, meterte en mi cama

y hacerte el héroe, ¿no? Así seguro que el mazazo me dolía menos. —Me quedo mirándolo con rabia, pero rehúye mi mirada.

—Sinceramente, no sabía si tendría el valor de decírtelo algún día.

—Pues enhorabuena, lo has conseguido. Eres un valiente.

Voy a la habitación a ponerme unos vaqueros. Me siento estúpida llevando esa maldita camiseta, abriéndole mi casa y mi vida y lanzándome a sus brazos a cada momento. Me sigue y se queda en la puerta, evitando entrar.

—¿Tienes algo más que decirme o ya no tienes más secretitos que contar? Porque aún estás a tiempo. Tengo toda la noche, ¿sabes? Los planes que tenía se han ido a la mierda.

Se va al salón cabizbajo. Me pongo los vaqueros de un tirón y voy detrás de él como una loca. No consiento que me deje con la palabra en la boca.

—Al menos podrías quedarte mientras te hablo.

Lo miro mientras se viste rápidamente. Su gesto ya no es triste, y veo un pequeño resquicio de enfado en su mirada.

—No has escuchado nada de lo que te he dicho antes, ¿no? —Tira los almohadones, que se habían caído al suelo, sobre el sofá y se pone de pie ágilmente—. Tú me has importado siempre, a ver si te enteras, y no podía dejar que vivieses con esa mentira sin hacer nada.

—Claro, y tú te quedaste tranquilo y con el deber cumplido evitando que siguiese conmigo. Y dejaste que me dejase delante de todo el mundo y de la forma más cruel de la que fue capaz. Pero tú tan feliz.

Veo como la pena invade de nuevo su mirada.

—No lo vas a entender nunca, ¿verdad? Me parece que da lo mismo lo que diga.

Intenta acercarse a mí, pero lo rechazo.

—Para mí habría sido más fácil no contártelo. ¿Quién te lo iba a decir, Aiden? Pero sinceramente, creía que lo correcto, si quería que nos siguiésemos viendo, era asumirlo. Pero veo que he cometido un error.

—Y de los grandes.

Caleb suspira y me echa una mirada indescifrable.

—Me voy.

—Es lo más inteligente que has dicho últimamente.

Esta vez, cuando se acerca a mí, no me aparto y lo miro de frente.

—Cloe, yo te... —Suspira de nuevo y me acaricia la cara—. No quiero que esto se quede así, pero creo que es mejor que me vaya.

—Yo también lo creo.

Me besa suavemente en los labios mientras me quedo inmóvil.

—Creo que deberías pensar tranquilamente en todo esto esta noche.

Espera que le responda, pero ahora mismo estoy tan hecha un lío que no sé qué decir.

—Te llamaré mañana.

—Adiós, Caleb.

Cuando oigo como la puerta se cierra suavemente, voy hacia la terraza y me sirvo en la copa el vino de la botella que estaba abierta. Me lo bebo de un trago y, de espaldas a mi pequeño mundo, donde hasta hoy me sentí completamente segura, observo como las luces de la ciudad tintinean en la oscuridad.

Cuando llego al restaurante, Nel ya me está esperando en una de las mesas de la terraza, gesticulando mientras habla por teléfono. A pesar de que hoy ya se nota que las temperaturas están bajando, hace un día agradable y agradezco que haya reservado al aire libre, ahorrándonos el barullo de conversaciones que siempre se montan en el interior de este restaurante. Al acercarme a la mesa, Nel se levanta y me abraza con un brazo mientras sigue hablando por el móvil. Me siento en la silla de enfrente y le robo un cigarro de la pitillera. El camarero se acerca y le pido una botella de agua muy fría. Bebo un sorbo de la copa de cerveza de Nel y espero paciente a que acabe de hablar mientras me fumo el cigarro tranquilamente. Justo cuando cuelga, el camarero trae mi consumición y las cartas, que nos tiende amablemente.

—Perdona, pero tengo un lío que no veas. —Repara en el agua y me mira interrogante—. ¿Aún con resaca?

—No, pero he tenido suficiente alcohol para un tiempo. —Recuerdo la botella de vino que me bebí ayer de madrugada y se me revuelve el estómago—. Venga, desembucha. Sé que estás deseando contarme.

Consigo que Nel caiga en mi trampa y desvíe la conversación antes de que me pregunte por Caleb. Me cuenta con pelos y señales lo que pasó desde que nos fuimos, y no puedo evitar reírme a carcajadas.

—Mira que eres mala, Nel.

El camarero vuelve y le pedimos dos ensaladas sin dejar de reírnos.

—¿Mala yo? Tenías que haber visto a Sofía. —Bebe un poco de su cerveza y vuelve a reírse—. De verdad, yo que siempre había pensado que era demasiado buena para este mundo...

—¿Qué hizo?

—Creó un grupo de *whatsapp* con todos los presentes y fue contándoles todos los trapos sucios de Alice.

—¿Incluido lo que pasó?

Nel pone cara de disculpa.

—Empezó con lo de que la habías pillado con Jonás desnudos a la luz de la luna, y se fue emocionando. —Intento enfadarme con ella, pero no puedo—. Todo el mundo preguntaba por vosotros y se olían que había pasado algo grave. El caso es que cuando les contó lo que te había hecho, se quedaron indignados. Y entonces comenzaron a salir todas las putadas que les había hecho a los demás y de las que nosotras nunca nos enteramos. —Coge el móvil y revisa la conversación—. A Rebeca la engañó asegurándole que su novio había estado con Ana a escondidas, y provocó que se dejasen de hablar, se lió con Jonás y con todos sus amigos simultáneamente a pesar de que casi todos tenían novia... Y un largo etcétera de cosas semejantes.

—Menuda joyita. Nunca pensé que lo suyo fuese tan grave.

—Ni nadie. Pero si alguien de los presentes vuelve a hablarle, será un milagro.

—¿Y ella se ha enterado de todo eso?

—Calla, calla, ¡que aún hay más! Sofia no se quedó contenta con todo eso. Hablé con los del hotel, que amablemente nos cedieron la impresora de la oficina. Y pacientemente fue imprimiendo toda la conversación, y después la colgamos por todos los rincones del hotel y le dimos la sorpresita a Alice.

—Vaya... Me parece hasta un poco cruel.

—Anda, por favor, Cloe, cruel es ella, deja de compadecerla. Tenías que haber visto la cara que se le puso. Lástima de foto.

—¿No dijo nada?

—Aparte de llamarnos desagradecidos, muertos de hambre, horteras y no sé cuántas linduras más, se quedó con las ganas de dar un discursito de los suyos, porque nos largamos todos a celebrarlo al pueblo. Cuando volvimos al hotel, Rubén nos informó de que Alice se había marchado y, en resumen, que nos las apañásemos como quisiéramos. Y créeme, la comida más relajada del fin de semana. Hasta al personal del hotel se le notaba que se habían quitado un peso de encima.

—¿Y qué ha pasado con Rubén? Porque con el lío que tuvimos se me olvidó preguntarte.

—Nada. Es un buen tío y todo eso, pero él se ha quedado allí, y aquí estoy yo.

—¿Y Julen? Porque parecíais muy amiguitos... —Aunque no lo quiero ni nombrar, recuerdo que Caleb me dijo anoche que los dos la liaron buena.

—En fin... Admito que es más interesante de lo que esperaba. No sabes cómo me

defendió delante de Alice...

—¿Tú te dejaste defender?

—Hija, que soy humana. —El camarero nos trae la comida, y Nel y yo comenzamos a mezclar las ensaladas—. La verdad es que nunca había encontrado un defensor tan borde como yo. No sabes la mala leche que se gasta, maja. —Sonríe y toma algo de ensalada—. Qué quieres que te diga, tiene un punto así que me atrae, pero no te hagas ilusiones.

—¿Habéis quedado en algo?

—No te hagas líos, que te veo venir. Hemos quedado en llamarnos algún día, pero sin compromiso. Me reconoció que aún está intentando poner en orden su vida con todo eso del divorcio, y que no busca una relación seria. —Pincha un poco más de ensalada y deja el tenedor en el plato—. Y eso me viene de perlas, porque no necesito a nadie detrás de mí dándome la lata con citas ni nada por el estilo.

Intento comer algo de mi ensalada César, pero tengo el estómago totalmente cerrado. Nel me mira interrogante.

—¿Y tú? Porque me interesan más tus líos que los míos, qué quieres que te diga...

Suspiro y me trago un trozo de pollo con desgana.

—Pues la verdad, no sé qué contarte.

Nel me mira extrañada.

—Quitando los detalles escabrosos, que tampoco me importa que me los cuentes, porque no me voy a asustar, me contento con que me cuentes qué tal lo pasasteis. Porque se os veía pletóricos.

—Y así estábamos, al menos yo.

Nel aparta el plato y apoya los codos en la mesa.

—¿Qué es lo que me he perdido?

—Pues qué va a ser... Lo de siempre. Un engaño manifiesto.

—¡¿Cómo?!

—Pues que era demasiado bonito para ser verdad. —Yo también retiro a un lado el plato, y el camarero se los lleva al instante. Al darse cuenta de la atmósfera que se ha creado en la mesa, no dice una palabra y desaparece discretamente.

—A ver, a ver... Dime qué ha pasado exactamente y no exageres, que nos conocemos.

Le cuento con detalle lo bien que lo pasamos y lo felices que estábamos juntos, sin importarme reconocer que ahí había algo más intenso que una simple atracción. Cuando llego a la parte de la confesión, los ojos de Nel se abren como platos.

—Espera, espera... —Llama al camarero y sin consultarme, pide dos cafés solos con hielo, que traen de inmediato. Me tiende un cigarro y el mechero, y ella se

enciende otro a continuación.

—¿De verdad que hizo todo eso?

—Eso es al menos lo que me ha contado.

Le da una calada al cigarro, pensativa.

—No me negarás que tiene huevos el muchacho... —Sonríe de medio lado al camarero, que nos trae un cenicero limpio—. Yo no sé si habría sido capaz de hacer todo eso, y menos aún de contártelo.

—No le veo la gracia, la verdad.

—Venga ya, Cloe, no es tan grave. Me habías asustado. Pensé que su mujer os había pillado en la cama y que tú estabas completamente enamorada de él y dispuesta a ser su amante eterna.

No le contesto. Paso el café de la taza al vaso con hielo, tirando más de la mitad en el plato de la taza.

—Y en eso no voy tan desencaminada, ¿verdad?

La miro a los ojos con la expresión más neutra de la que soy capaz.

—Vale, lo capto. —Aplasta el cigarro en el cenicero y me aprieta la mano—. Mira, Cloe, sé que para ti es muy grave lo que me has contado, pero intenta analizar la situación desde una perspectiva adulta, ¡por Dios! Ya vale de lamentarse por el imbécil de Aiden...

—Esto no tiene nada que ver con él...

—Toda tu vida gira en torno a lo que te hizo el capullo de Aiden hace mil años, y me tienes más que harta, la verdad. —Me mira de nuevo e intenta suavizar su voz—. Mira, Cloe, Caleb tiene razón. Podría haberse callado y tú no lo habrías sabido nunca, pero dice mucho de él que te lo haya contado, y más con lo bien que dices que estabais.

—¿Me estás diciendo que no le dé importancia?

—Pues sí, la verdad. —La miro con enfado, pero ella no parece darse cuenta—. Ayer ya te enfadaste con él, ¿no? Pues hoy lo llamas, habláis sin volver a profundizar en el tema y hacéis las paces, que es la mejor parte en estos casos. Y, por favor, olvida de una vez toda esta historia...

—No es tan fácil, cuando todo el mundo tiene detalles que no me ha contado y decide compartir justo ahora.

Nel suspira, se toma su café de un trago y se enciende un nuevo cigarro.

—Mira, hija, así es como yo lo veo: No sé si Caleb siente lo mismo por ti que tú por él, pero si te contó todo eso es porque no solo quiere un rollito fugaz contigo. Y, sinceramente, yo creo que el tío ya sentía algo especial por ti entonces, porque si te hubiese odiado tanto como tú pensabas, habría utilizado esa información para burlarse

de ti y habría sido su golpe definitivo. Y, sin embargo, te hizo el favor de tu vida y te separó de ese inútil. Y nos hizo un favor a todos, ya de paso.

—Estoy harta de que habléis de Aiden así. Si nada de eso hubiese pasado, no sé si seguiríamos juntos...

—Ah, perfecto... ¿seguirías al lado de un tío que te habría estado engañando con todo bicho viviente con la estúpida excusa de que se sentía inferior a ti? Yo te digo lo que habría pasado: que habrías acabado siendo una desgraciada y una fracasada, porque habrías tenido que estar tanto tiempo pendiente del acomplejado de tu novio que no habrías podido perseguir tus sueños. —La gente que ocupa la mesa de al lado nos mira con disimulo, pero a Nel le da lo mismo—. ¿Crees que podrías dedicarte a lo que te dedicas? Aiden no te habría dejado tener éxito, y no finjas que no lo sabes. Con un poco de suerte estarías cargada de hijos a los que su padre no haría ningún caso. ¿No lo has visto bien este fin de semana? Ahora me dirás que aún sientes algo por él solo por joderme.

Mi móvil suena dentro del bolso. Lo saco y corto la llamada de inmediato.

—Es Caleb, ¿verdad?

Asiento sin decir palabra.

—Chica, de verdad, estás tonta de remate.

No digo nada, y Nel se queda un rato mirándome.

—¿Y bien?

—No lo sé.

—Vale.

—Mira, Nel, a ti todo te parece tan fácil...

—Vale, no quiero discutir contigo, Cloe. Ya te he dicho lo que pienso.

Con gestos, le indica al camarero que nos traiga la cuenta.

—Ay, Nel, no te enfades conmigo, estoy hecha un lío, de verdad...

—Mira, cariño, llevas hecha un lío quince años y ya es hora de que lo soluciones.

—Niega con la cabeza y le tiende dinero al camarero—. El otro día fue la primera vez que te veía echarle valor a la vida, y ahora parece que te estás echando atrás...

—No es eso...

Mi móvil empieza a sonar de nuevo, y Nel me lanza otra mirada elocuente.

—Ahí lo tienes. ¿Vas a echar a perder eso? Yo al menos dejaría al chaval explicarse...

Caleb me ha dejado un mensaje en el buzón de voz. El camarero trae las vueltas y nos levantamos.

—Supongo que no te vienes a casa a ayudarme con la maleta...

Miro a Nel con tristeza.

—Prefiero irme a casa, no te lo tomes a mal.

—Claro que no, siempre que el tiempo que dediques a pensar en todo esto esté bien dirigido. —Me sonrío y me da un abrazo—. ¿Lo vas a llamar?

—Todavía no lo sé.

Nel suspira y revuelve en su bolso, tendiéndome una tarjeta.

—Este es el hotel en el que estaré en Barcelona. Si no puedes localizarme en el móvil, llámame allí, ¿vale? —Asiento con la cabeza, obediente—. Y si quieres venir a pasar unos días, estaré encantada de tenerte. Me quedo dos semanas, hasta que terminen las reuniones.

Asiento con la cabeza de nuevo, guardándome la tarjeta en el bolsillo del pantalón.

—No quiero excusas, ¿vale? Si te sientes mal, o sola, o simplemente quieres oír mi melodiosa voz, me llamas, ¿vale?

—Hecho.

Nel me vuelve a abrazar y nos damos dos besos cariñosos.

—Voy a coger un taxi, ¿quieres que te acerque?

—No, voy a comprar algunas cosillas de camino a casa.

—Vale, vale, te dejo a tu aire. —Levanta la mano derecha y un taxi se para frente a nosotras—. Te llamaré mañana, y no se te ocurra no cogérmelo, ¿vale?

Me despido con la mano hasta que el taxi se pierde al final de la calle, y pongo rumbo a ninguna parte, intentando no pensar en nada en concreto.

XVII

—Buenos días, Cloe, ¿cómo estás?

La dulce voz de Moira me llega desde el manos libres mientras aporreo el teclado del ordenador.

—Buenos días.

—Te acabo de mandar todas las llamadas que has recibido estos días. Algunas parecían importantes, te he apuntado todos los detalles.

—Gracias, Moira, ahora les echo un vistazo. ¿Hablaste con Isabel?

—No podrá quedar hasta media tarde.

—Perfecto. —Me levanto y cojo el móvil mientras voy a la cocina a prepararme otro café—. Voy a seguir con las llamadas desviadas durante toda la mañana. Estoy terminando los últimos capítulos, así que no puedo tener ninguna interrupción...

—Sin problemas.

—Gracias, de verdad.

—Si necesitas algo, avísame.

Asiento con la cabeza distraída, a pesar de que Moira no puede verme. Bebo un sorbo de café y agradezco de corazón contar con Moira para mi trabajo. Es tan habitual últimamente recibir más de veinte llamadas al día que sería imposible atenderlas todas sin su ayuda.

El correo que me ha mandado está lleno de detalles sobre las llamadas de esta mañana. Tres de ellas son de Caleb. Detrás de su nombre, la palabra urgente y una carita sonriente son los únicos detalles que me ha querido dar Moira. Me sorprende que hasta por teléfono cause esa grata impresión en las mujeres.

Devuelvo todas las llamadas excepto las de Caleb y mientras hablo con mi editora, tacho distraídamente su nombre de la lista. Al final hice caso a Nel. Cuando oí el mensaje de voz sentí una punzada de arrepentimiento y lo llamé, pero no respondió hasta casi veinticuatro horas después, y solo con un breve mensaje de *whatsapp* en el que se disculpaba por el lío que tenía en el trabajo y prometía llamarme más tarde. Si estaba tan preocupado por el tema que tardaba más de un día en llamarme, yo me preocuparía igual. Desde entonces habían pasado casi ocho días, y ante la falta de interés por quedar o acercarse a mi casa, perdí la ilusión de una reconciliación. Eso, unido a que la fecha de entrega de mi siguiente libro estaba cada vez más cercana, me había despejado las dudas de lo que tenía que hacer en mi tiempo libre. Además de aficionarme a las palomitas y a ver todas las películas de los ochenta y noventa que

había adorado en mi adolescencia, me dediqué a lo que mejor se me daba: escribir.

Cuando estoy pensando qué comer hoy, recibo otra llamada de Moira.

—Dime.

—Perona, Cloe, sé que no querías que te molestasen, pero me pareció muy importante...

—Tranquila, cuéntame.

—Ha llamado tu amigo Robert. Dice que va para el hospital, que Annie se ha puesto de parto.

—¿Qué dices? —Ahora no recuerdo la fecha en la que salía de cuentas, pero me parece muy temprano—. Justo hoy había quedado para cenar con ellos.

—Me ha dado la dirección de la clínica donde se la lleva.

—Sé cuál es.

—Vale, no te molesto más, me la dio por si no te podía coger el teléfono en un rato.

—Gracias, Moira, intentaré contactar con él.

—¿Quieres que llame a Isabel y anule vuestra reunión?

Menos mal que Moira está en todo.

—Sí, por favor, dile que le mando un correo con lo que tengo nuevo, que lo revise. La llamaré más tarde.

—Ahora mismo lo hago.

Cuelgo y consigo enviarle el correo en un tiempo récord. Mientras, intento contactar con Robert, pero me salta el buzón de voz. Aviso a Nel, a Anaïs y a Sofia y prometo tenerlas al tanto de las noticias que vayan surgiendo. Me arreglo lo mejor que puedo y cojo una bolsa de regalo gigante que tengo preparada desde hace meses.

Con una suerte impresionante a hora punta, consigo encontrar un taxi libre y mientras llego a la clínica, al fin escucho la voz de Robert.

—¿Cómo está?

—*No tengo ni idea, Cloe. Me acaban de echar, están haciéndole una revisión.*

Noto su voz de nerviosismo, y cuando consigo calmarlo, ya estoy llegando a la puerta de la clínica. Me cuelo en urgencias y con Robert al teléfono, lo encuentro enseguida. Me tiro a darle un abrazo y noto cómo tiembla.

—Venga, ánimo. —No sé qué se dice en estos casos, pero no estoy dispuesta a verlo con esa cara—. ¿Cómo está Annie?

—No sé, de verdad. Llevan un rato ahí dentro y aún no han salido... Le estar haciendo una exploración o algo por el estilo.

—Tranquilo, nos dirán algo enseguida, estoy segura.

En unos minutos me relajo al ver a Annie salir en una silla de ruedas. Aunque su cara es de dolor infinito, se la ve incluso más entera que a Robert.

—Cloe... —susurra con un hilillo de voz antes de que una nueva contracción le descomponga la cara.

—Aquí tienen todos los impresos de ingreso. —El celador le tiende a Robert un fajo de papeles sin el menor miramiento—. En cuanto tenga todo relleno, entréguelo en la ventilla, nos la llevamos al paritorio siete.

Veo que Robert está en trance y le arranco los papeles de las manos.

—Vete con ella, dejadme todos los documentos y yo los voy relleno.

—¿Es usted familiar?

—Mi hermana. —Annie me sorprende por su rapidez de reflejos dadas las circunstancias. El celador nos mira sin interés y asiente.

—En tal caso, que sea ella quien los rellene. Pase conmigo.

Les tiro un beso con la mano y me siento en los asientos de plástico de la sala de espera, extendiendo todos los impresos que tengo que rellenar. Me sorprende que algún padre sea capaz de escribir una sola letra en esas condiciones y me parece exagerado todos los datos que hay que repetir una y otra vez en cada hoja. Cuando consigo terminar todos y entregarlos en ventanilla, la persona que me atiende me devuelve con desgana copia de todo y me indica una sala al final del pasillo de paritorios.

—Puede esperar allí, la llamarán para que entregue la autorización para ponerle la epidural.

—De acuerdo, gracias.

Se me ponen los pelos de punta al pensar en la situación en la que se encuentra Annie. El estómago se me revuelve, a pesar de que no he comido nada aún. Saco una botella de agua de la máquina y me siento pacientemente. A los dos minutos, un Robert al que parece que le va a dar un ataque, me quita la hoja de la epidural y desaparece.

—¿Cómo está? —Le pregunto cuando lo veo salir de nuevo.

—Le van a poner la epidural. —Se derrumba en el asiento de al lado.

—¿Quieres una coca cola, un café, una... tila?

—Un favor. —Me tiende el móvil y me mira con gesto de disculpa—. Avisa a mis padres y a los de Annie. Con todo este lío no hemos podido avisarles, y Annie no para de preguntar por su madre.

Le avisan para que entre y me deja con el marrón a mi sola. Aviso primero a los padres de ella, que gritan de la emoción y apenas saben qué decir. Los padres de Robert son mucho más comedidos, y aviso a su madre, a la que conozco como si fuese

de mi familia, que yo estaré en la sala de espera en cuanto lleguen.

Cuando la madre de Annie entra como un vendaval, me presento lo mejor que puedo, y un enfermero le da permiso para entrar, no sin antes ataviarla como a Robert, con un gorro y una bata que la mujer no sabe ni cómo ponerse.

—¡Cloe, hija! —Los padres de Robert me ven desde el principio del pasillo y corro a saludarlos afectuosamente. Cuando ya todos los padres están reunidos en una animada y nerviosa conversación, decido retirarme un ratillo.

—Voy a comer algo. ¿Quieren que les traiga alguna cosa de la cafetería?

—No, hija, tranquila, de los nervios no creo que pueda comer nada.

Sonrío afectuosamente y les recuerdo que llevo el móvil de Robert por si se arrepienten y quieren que les lleve algo. Una vez en la cafetería, me siento en la barra con mi bocadillo y una coca cola, e informo a las chicas de cómo va el tema.

Intento comer con tranquilidad mientras la cafetería se va llenando de visitantes. Antes de volver a la sala de espera, decido comprar unas cuantas revistas para entretenernos un poco y vuelvo a reunirme con sus padres.

—¿Cómo va todo?

La madre de Annie está con ellos, con una expresión de nerviosismo que me dan ganas de abrazarla.

—Pues no sé, hija, parece que no acaba de dilatar bien... Pobre hija mía, como le tengan que hacer cesárea, lo va a pasar muy mal la pobre.

Como no hay ni rastro de Robert, decido no preocuparme y llamo a mi madre para contarle donde estoy. La madre de Robert me manda recuerdos para ella y decido ponerla al teléfono para que se distraiga un ratillo. Media hora después, cuando dan fin a la conversación, está mucho más tranquila.

—Recuérdame que le mande una foto de mi nieta. Le encantará recibirla.

Robert sale del paritorio con el gesto serio. Parece que se va a marear en cualquier momento, así que lo llevo a uno de los asientos y le doy mi botella de agua, que se bebe de un trago.

—Parece que el bebé está bien. Van a hacer un nuevo intento y si no lo consiguen, la preparan para la cesárea. —Mira a la madre de Annie—. Pasa tú un rato, me ha dicho que quería verte.

La madre corre de nuevo por el pasillo. Aprieto el brazo de Robert intentando darle ánimos.

—Ya queda menos, no te preocupes.

—Ufff, Cloe, esto es lo más duro que he visto en mi vida. Si no me mareo, va a ser un milagro.

—Venga ya, no exageres...

—Te lo digo en serio, no sé cómo sois capaces de todo eso.

—Por mí no lo digas, y no me cuentes detalles o te aseguro que serás padrino de una niña china.

Robert no puede evitar sonreír. La madre de Annie vuelve a salir.

—Te toca, hijo, a ver si hay suerte y no tarda mucho la pobre.

Todos le damos un abrazo y se interna de nuevo en el paritorio, que para mí se ha convertido en la habitación del terror.

Media hora después, un sonriente Robert sale casi flotando a nuestro encuentro. Todos nos levantamos sonrientes.

—Preciosa, preciosa... Dame el móvil, tengo que hacer mil fotos.

Antes de que podamos decir nada, sale disparado de nuevo. Al minuto vuelve a salir. Todos contemplamos extasiados las fotos de la pequeña, que es una verdadera preciosidad. Uno por uno, los padres van entrando, a pesar de las caras de descontento del personal de la clínica.

—Toma, ponte esto.

Robert me tiende el atuendo para poder entrar.

—No, Robert, enseguida la subirán a la habitación. Cuando esté más tranquila, de verdad.

—No seas tonta, lleva tiempo preguntando por ti, al fin y al cabo eres su tía. —Me sonrío encantado, y a pesar de que me da bastante reparo entrar allí, me pongo todo y lo sigo. Una sonriente Annie me recibe casi desnuda, con una pequeña bebida sobre su pecho.

—Mira, aquí viene tu tía...—Cuando me acerco para verlas mejor, mi corazón se derrite. La pequeña hija de Robert y Annie es la criatura más preciosa que he visto en mi vida... Siento deseos de abrazarla, e incluso de tener la mía propia.

—Oh, por favor, es una preciosidad... Hola, bebida... —Acaricio con delicadeza su suave espalda y se me saltan las lágrimas—. Enhorabuena, chicos, es perfecta.

—Pequeña Cloe, saluda a tu tía... —Annie coge una de sus manitas y simula un saludo.

—¿La vais a llamar como yo?

—Lo habíamos decidido hace mucho tiempo, pero era una sorpresa. —Veo que a Robert se le saltan las lágrimas—. Espero que algún día mi hija tenga a quien parecerse.

Estoy a punto de decir que eso sería injusto para ella y que ya me encargaré yo de que esta niña sea la más feliz del mundo, pero me contento al ver la cara de felicidad de los dos. Robert coge a la niña del pecho de su mujer y me la tiende envuelta en una pequeña toalla.

—Quiero que la cojas, Cloe.

No puedo disimular mi emoción al coger a ese ser tan pequeño y tan perfecto e inhalar su maravilloso aroma. Robert me hace una foto con ella y vuelve a ponerla con su madre.

—Chicos, deberíais salir, vamos a terminar ya.

No sé a lo que se refiere la doctora, pero antes de que me den más detalles, le doy un beso a Annie y a la niña y salgo rápidamente con Robert. En cuanto cerramos la puerta, los dos nos ponemos a llorar como tontos y nos abrazamos.

—Gracias, Cloe, te necesitaba aquí.

—No digas tonterías, ¿dónde iba a estar sino?

Seguimos abrazados hasta que noto como Robert va recobrando las energías.

—Anda, que vaya dos tontos que estamos hechos.

Cuando todo se tranquiliza y Annie ya está en planta con su bebé y su familia, les entrego la bolsa de regalo.

—Esto es para que te entretengas un rato. —Le guiño un ojo a Annie, que me mira asombrada.

—Te has pasado tres pueblos, Cloe.

—Todo lo mejor para mi tocaya. —Dejo a las mujeres de la familia disfrutando de cada paquetito y me acerco a Robert.

—¿Necesitas algo?

—No te preocupes. Me pasaré esta noche a recoger algunas cosas a casa y dormiré con ella aquí.

Le doy otro abrazo.

—Me voy entonces. Mañana te llamo y vengo a veros cuando estéis más tranquilos, ¿vale?

—Cuando quieras, sabes que eres de la familia.

Lo abrazo de nuevo y me despido de todos, declinando la invitación de los padres para cenar juntos.

Cuando llego a casa estoy completamente agotada. He pasado todo el día con una tensión absurda, pero estoy feliz de que todo haya salido bien. Hablo brevemente con mi madre y con las chicas y les mando una colección de fotos de la niña para que se les caiga la baba. Después de darme una ducha y prepararme una sopa caliente, me siento en el sofá y esta vez elijo *Los Goonies* y *Jóvenes Ocultos*. Aunque no se lo reconozca a casi nadie, son dos de mis películas preferidas y disfruto cada vez que las veo, fijándome en detalles que antes no había visto.

Antes de que la famosa pandilla llegue al barco de Willy el Tuerto, me he quedado profundamente dormida.

—¡Has podido venir! —Abrazo a Nel en la entrada del hospital. Como yo el día anterior, va cargada con una bolsa de regalos digna del mismísimo Papá Noel.

—Tengo que volver esta noche, pero no podía perderme esto por nada del mundo.

Avanzamos por los pasillos del hospital poniéndonos al día de todo lo referente a la niña.

—¿No ha nacido demasiado pronto?

—Faltaba casi un mes para salir de cuentas, pero los médicos consideran que está muy sana y bien de peso, así que se la podrán llevar a casa enseguida.

—Te veo muy puesta.

—Es que soy la tía.

Mientras estamos en la habitación agasajando a los papás y a la preciosidad de la niña, veo como la habitación se ha llenado de regalos.

—No sé dónde vamos a meter todo esto, la verdad.

Sofía y Anaïs se han pasado esta misma mañana y ambas se han quedado encantadas con la criatura. Observo con curiosidad uno de los regalos, que ocupa un gran hueco en la repisa de la ventana.

—¿Qué es esto? ¡Qué original! —Es una tarta hecha de pañales y decorada con lazos rosa chicle—. ¿Quién te lo ha traído?

Robert me mira avergonzado.

—Ha sido Caleb. Ha venido hace un rato a darme la enhorabuena.

Me abstengo de hacer comentarios. Como pasó hace tiempo con Aiden, Caleb se ha convertido en un tema tabú entre nosotros, y aunque Robert sabe toda la historia, me consta que han hecho buenas migas. No puedo culparlo. Miro con tristeza la tarta y pienso, secretamente, que me habría gustado encontrarme con él.

Aunque pasamos una tarde muy divertida viendo las monerías de la niña, no puedo evitar sentirme un poco desinflada. Hace días que no me permito pensar en Caleb, y ahora me doy cuenta de que hace tiempo que no recibo ninguna llamada suya. Cuando Nel y yo nos despedimos y decidimos tomar algo antes de que vuelva a Barcelona, noto su mirada inquisitoria.

—¿Ahora qué pasa?

—Mira, guapa, puede que hayas intentado engañar a Robert, pero conmigo no cuela. Quiero saber ya por qué aún no has hablado con él.

Suspiro y pido una cerveza.

—Ni yo misma lo sé.

—¿Y a qué esperas? Porque un bombonazo como ese no te va a esperar toda la vida.

—De hecho no me ha esperado nada. Hace tiempo que no me llama.

—¿Tú qué pretendes, chica? ¿Qué te persiga y te implore tu perdón? —Bebe un trago y me mira. Sé que está muy enfadada conmigo—. Sal de tus libros de una vez. Nadie en el mundo real hace esas cosas, seguramente él también tendrá su orgullo, como tú.

Tomamos las consumiciones en silencio y nos vamos hacia la salida.

—¿Cuándo vuelves?

—En unos días —responde secamente—. Te llamaré cuando esté en casa.

Nos damos dos besos breves. Me duele que esté así conmigo, pero no consigo reaccionar con este tema. Ahora que ha pasado tiempo me da hasta corte llamarlo y no sé por dónde coger la historia.

Cuando llego a casa, recuerdo que tengo que vaciar el buzón. Moira me ha acostumbrado muy mal y ya he perdido la costumbre, pero desde que se pidió unos días de vacaciones se me acumulan las tareas.

El buzón, como me suponía, está lleno de correspondencia. Descarto en el ascensor algunos sobres del banco y facturas de los suministros de la casa, y descubro un sobre acolchado entre medias. No lleva remite ni ningún logo de publicidad, y me temo que sea algún seguidor enloquecido que ha conseguido mi dirección. No me pasa muy a menudo, pero ya me he encontrado regalitos de tarados que deciden manifestar todo lo que sienten por mis libros.

Abro con cuidado el sobre en cuanto llego a casa. Solo hay un pequeño papel, y algo que pesa en el fondo. Cuando vuelco el contenido encima de la mesa, me quedo anonadada.

Quédatelos. Era un regalo especial para una persona especial, y no quiero que nadie más que tú los lleve.

Sobre la mesa brillan los pendientes que me quería comprar en el mercadillo el fin de semana de la reunión, y que alguien se me adelantó y compró. Miro la nota una y otra vez, con lágrimas en los ojos, y cojo el móvil inmediatamente.

XVIII

—Me da igual que no me pueda atender en estos momentos. Esperaré aquí.

Una mujer de unos cincuenta años me mira con el ceño fruncido mientras me siento frente a ella, sin quitarle la vista de encima. No puedo evitar bostezar. Me he quedado en vela toda la noche intentando sin éxito hablar con Caleb.

Al cabo de unos minutos, la mujer recibe una llamada y habla discretamente, sin que pueda entender nada.

—¿Y bien?

Me vuelvo a acercar a su mesa, ignorando sus miradas de rechazo.

—Ya se lo he dicho, no la pueden atender en estos momentos.

—¿Lo ha llamado? ¿Le ha dicho que estoy aquí?

La mujer suspira impaciente.

—Creo que sé cómo hacer mi trabajo, muchas gracias.

Un mensajero llega con un montón de paquetes que la mujer tiene que firmar y pasa de mí ampliamente. Sé que esta es mi única oportunidad, así que corro por el pasillo, leyendo los nombres de las puertas mientras oigo como la mujer se acerca corriendo. Cuando veo el nombre en la última, abro sin llamar y cierro tras de mí, echando el pestillo.

Caleb está sentado en una mesa al fondo, hablando por teléfono. Por su cara, veo que para él no es una sorpresa encontrarme allí. Se disculpa con su interlocutor y cuelga el teléfono. Se levanta y llega hasta la puerta y ante mi asombrada mirada, abre el pestillo y atiende los golpes de la amargada mujer.

—Lo siento, se ha colado...

—Gracias, Marta. Está todo bien.

Vuelve a cerrar de nuevo la puerta, como si yo fuera invisible, y se sienta de nuevo en su sitio.

—¿En qué te puedo ayudar? —pregunta fríamente.

Tengo ganas de llorar y de tirarle todo lo que tiene encima de la mesa a la cabeza, pero la sorpresa de su frase me deja helada.

—¿Que en qué me puedes ayudar?

Me mira como si me viese por primera vez. Las lágrimas empiezan a escaparse de mis ojos y sé con seguridad que no podré parar.

—Recibí los pendientes.

—Me habría bastado con una nota de agradecimiento.

—Caleb, yo... ¿Por qué no contestas a mis llamadas?

—Pensé que no querías saber nada de mí. No me diste ninguna señal de lo contrario, y no me gusta estar donde no me quieren.

—Pero ¿qué coño estás diciendo? —exploto—. Ni que hubiesen pasado años...

—Escucha, Cloe...

—No, escúchame tú a mí. —Veo su cara de sorpresa cuando subo el tono y me acerco a su mesa como una fiera—. Siento ser una lenta a la hora de pensar las cosas de mi vida, y siento haber estado unos días ausente, pero necesitaba pensar, ¿vale? Y siento haber tardado tanto en abrir el buzón, pero hago otras cosas en el día a día además de lamentarme por cosas que pasaron hace tiempo y que nadie me contó.

Caleb me mira en silencio, y mi enfado va a más.

—¿No vas a decir nada?

—Cuando no sé qué decir, prefiero quedarme calladito. —Sé que me ha copiado la frase de la última noche que nos vimos, pero no me hace ninguna gracia.

Me arranco los pendientes de las orejas y se los tiro a la mesa.

—Pues me han encantado, ¿vale? Y pensé sinceramente que te gustaría que viniese a verte, ya que no te dignas a cogerme el teléfono. Y que te gustaría saber que no me importa una mierda lo que no me contases, porque la verdad es que me gustaría... —La voz se me quiebra y me quito con furia las lágrimas de la cara—. Me gustaría verte todos los días que fuese posible, si son todos, mucho mejor. Me gustaría intentarlo contigo porque me gustas y creo, para mi desgracia, que me he enamorado de ti. —Veo cómo Caleb intenta disimular la sorpresa—. Pero no te preocupes, dile al *rottweiler* que tienes en la puerta que no volveré a molestarte.

Intento decir algo más, pero no puedo seguir ni un segundo más aquí. Empujo los pendientes con rabia hasta que caen de la mesa y me doy la vuelta furiosa para salir de allí lo más rápido que pueda. Cuando voy a abrirla, me quedo helada.

A los lados de la puerta, como si fuesen las mejores obras de arte del mundo, están enmarcadas mis medallas de natación, perfectamente colocadas, con fechas y fotos de las competiciones en que las gané. Más abajo, con una enmarcación algo más sencillas, las tuyas ocupan un lugar mucho más humilde.

—Si me dejas hablar, te diré que lo que acabas de decirme es lo más bonito que me han dicho en la vida. —La voz de Caleb retumba en mi pecho. A pesar de que no me toca, está tan cerca de mí que puedo sentir el calor de su cuerpo. Cuando las lágrimas se me escapan de nuevo, me abraza de la cintura y me atrae hacia él. Con mucho cuidado, vuelve a ponerme los pendientes, y siento que voy a desmallarme al notar de nuevo sus caricias. Lentamente, me da la vuelta, hasta que los dos quedamos cara a cara, muy juntos—. Así está mejor.

—¿Qué es esto, Caleb? —consigo decir, intentando girarme de nuevo para ver mis medallas.

—Son mis obras de arte. Lo más especial que tengo en mi despacho. Antes de que tú entrases, claro.

Aún temblando y llorando, lo miro a los ojos. La frialdad se ha ido de su mirada y solo me mira a mí. Y con eso ya me vale.

Me besa los labios con delicadeza, mordiéndome el inferior, acariciando todo mi cuerpo. Me cuelgo de su cuello, con un escalofrío recorriendo toda mi piel. Lo último que recuerdo es cómo echa el pestillo a mis espaldas.

EPÍLOGO

Cuando el taxi llega a la puerta del hotel, un botones ataviado con casaca y sombrero de copa me abre la puerta y me tiende la mano para que salga.

—Buenas noches, señorita. Bienvenida.

Le sonrío como puedo. Los nervios me están matando y lucho por subir elegantemente las escaleras, a pesar de los tacones que llevo. Al instante de ponérmelos, me he arrepentido de habérmelos comprado, pero ya no hay vuelta atrás. Me abanico con la mano para que nos me noten los sudores fríos y, lo más profesionalmente que puedo, me dirijo a la sala de donde viene la música.

Antes de entrar, mi editora me abraza y me dice una serie de cosas de las que no soy capaz de entender ni una sola palabra. Me deshago de ella entre sonrisas y entro, eclipsada por lo que veo.

Es la primera vez que voy a un evento de los que organiza Caleb. Todo está perfecto, de colores perfecto, con la situación y la luz perfectas. Varias personas se percatan de mi presencia y me sonríen, pero estoy demasiado extasiada por lo que veo para hacerles caso.

—Dime que te gusta, por favor. —Las manos de Caleb me agarran por la espalda y me apoyo en su cuerpo, inhalando su aroma.

—Es perfecto.

Me doy la vuelta y solo puedo ver su perfecta sonrisa.

—Tú sí que eres perfecta.

Intento besarlo lo más castamente de lo que soy capaz y aunque intenta apretarme más a él, me contengo como puedo.

—Luego...

—Echaré a toda esta gente en cuanto pueda, pero tú y yo nos quedamos en el hotel esta noche.

Intento prestar atención a toda la gente que quiere saludarme, pero solo tengo ojos para él. Mis padres me abrazan y felicitan brevemente, y una cariñosa Nel me comenta que hay un camarero muy mono, aunque instantes después la veo riendo a carcajadas con Julen.

—Solo tengo una pregunta. —Caleb se acerca a mi oído, sigiloso—. ¿Por qué ese título?

Me río coqueta, acercándome a su oído.

—¿*El que faltaba*? Ese eres tú, claro.

Me mira sin entender, y esta vez soy yo la que lo atraigo hacia mí.

—El que faltaba... en mi vida, cariño. Ya no se me ocurre nada más que pueda necesitar.

Los ojos de Caleb se oscurecen, y me doy cuenta de un fugaz brillo dorado en sus pupilas que nunca antes había visto. De nuevo, las mariposas revolotean en mi estómago, y esta vez amenazan con quedarse.

AGRADECIMIENTOS

A ti, mamá, gracias por creer en mí siempre, hasta cuando era casi imposible hacerlo. Gracias por animarme a perseguir los sueños sin dejar de pisar el cielo. Nunca seré capaz de demostrarte cuanto te quiero.

Gracias, papá, por compartir conmigo tu amor por la música y los libros. Aunque me vuelvan loca tus extraños repertorios... Te quiero.

Gracias, Jaime, por ser el mejor hermano del mundo. Y el más paciente. Te quiero, enano.

A ti, Álvaro, ¿qué más te puedo decir? Gracias por darme los dos mejores regalos de mi vida y por aguantar mis silencios. Gracias por la paciencia que has tenido... Y por la que tendrás, porque me temo que tengo más historias que contar.

Gracias, Paula, por ser como eres. Por hacer que todos los días me ría como una niña con tus ocurrencias. Te adoro, mi niña.

Gracias, Jacobo, porque mientras escribo estas líneas estas haciéndome compañía.

A mi familia, y en especial al Aquelarre, porque siempre estáis ahí. Es un orgullo formar parte de este clan de locos.

A todos los que me preguntáis que tal lo llevo... Aquí podréis saber lo que pasa al final.

Y un enorme agradecimiento a RNR y Ediciones B, que habéis hecho posible todo esto. Cuando Ilu Vilchez y Lola se pusieron en contacto conmigo para publicarme esta novela me dejaron sin habla... Y eso no lo consigue cualquiera.

Coco, nunca te enterarás de esto... Pero gracias por tu compañía.